ERLE STANLEY GARDNER



# PERRY MASON





# EL CASO DE LA CAMARERA PREOCUPADA

Almorzando con su secretaria, Perry Mason conoce a una camarera que está preocupada con mucho más que el menú. Katherine Ellis era joven, huérfana, hermosa y desesperadamente intranquila. Cuando Perry Mason la escucha hablar sobre su excéntrica tía Sofía, vio que tenía más problemas de los que ella creía. «Cuando sean las 9 en punto, váyase a casa, empaque sus cosas, y ¡Salga rápidamente de allí! Es peligroso», fue su consejo urgente.

Silvia, muchacha de buena familia, debido a unas deudas de juego cae en manos de unos chantajistas, dueños de un casino flotante instalado en un barco. La abuela de Silvia, una anciana viuda, contrata los servicios de Perry Masón, pues desea satisfacer la deuda sin que nadie sepa que ella es quien la liquida. Pero uno de los acreedores aparece muerto en su propio despacho, en el barco.

Varias personas están interesadas en recuperar los pagarés que acreditan la deuda de Silvia. No obstante, estos pagarés se hallan sobre la mesa de la víctima en el momento en que se descubre el cadáver. El propio Masón se ve muy directamente comprometido en el caso. Pero ¿quién pudo matar a Sam? ¿Fueron los pagarés el auténtico móvil?



Erle Stanley Gardner

# El caso de la camarera preocupada

**Perry Mason - 77**

**ePUB r1.1**
**Titivillus** 23.12.2014

Título original: *The case of the worried waitress*
Erle Stanley Gardner, 1966
Traducción: C. Peraire del Molino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0



# Guía del Lector

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:*

**ATWOOD Sofía**: El dinero tenía mucha importancia para ella y para los que la rodeaban, menos su sobrina Ellis.
**BAXLEY Stuart**: «Amigo de la familia» de Sofía Atwood.
**BERNICE**: Una dama ansiosa, divorciada del difunto Atwood.
**BURGER Hamilton**: Fiscal general de la causa contra Katherine Ellis.
**CHURCHILL**: Juez en la vista que se sigue a Katherine Ellis.
**DEERING Hubert**: Hijo de Bernice, y «manejador» de los asuntos de las manufacturas Gillco.
**ELLIS Katherine**: La camarera preocupada; sobrina de Sofía Atwood.
**GILLMAN Edith**: Ciega, con un doble juego que puede resultarle peligroso.
**GOODING Minerva**: Encargada de los apartamentos en los que vive la ciega Gillman.
**JORDAN**: Investigador privado, contratado por Stuart Baxley.
**MADISON**: Propietario del restaurante donde trabaja Ellis.
**MASON Perry**: Famoso abogado e investigador criminalista.
**STREET Della**: La bella y eficiente secretaria de Mason.

# Prólogo

Mi viejo amigo Marshall Houts, editor de la publicación técnica Trauma, lanzada por Matthew Bender & Company, es un experto en medicina legal.

Marshall Houts ha tenido una carrera muy variada. Durante años fue agente del FBI, luego realizó trabajos confidenciales para el Gobierno en países extranjeros, y después comenzó a ejercer la ley en Minnesota.

Houts se interesó por el Tribunal Supremo, abandonando el lucrativo ejercicio de la ley para poder convertirse en investigador de dicho Tribunal, haciendo considerables sacrificios económicos para promover la causa de la justicia. Investigó varios casos de asesinato en los que hombres inocentes habían sido hallados convictos, llevando dichos casos a una solución satisfactoria. Observando su trabajo, fui adquiriendo un profundo respeto por la habilidad e inteligencia de este hombre.

Luego, Houts tuvo la idea de una publicación relacionada con el trauma en el campo de la medicina legal, y durante años ha estado editando dicha publicación para la Compañía Matthew Bender.

Hace algún tiempo Marshall Houts me escribió acerca de Don Harper Mills, M.D.LL.B., que practica la medicina forense en Los Ángeles.

He sido autorizado por Marshall Houts para reproducir el contenido de su carta y yo la incluyo aquí como Prólogo por creer que encaja admirablemente:

Houts dice en su misiva:

> «La mayoría de la gente cree que el campo de la medicina legal y forense se limita primariamente a la práctica de la ley

criminal y a la administración de justicia criminal. Esto es debido a que los hombres que alcanzan publicidad en este campo han sobresalido por haber investigado un caso de asesinato espectacular que requiere buenos titulares en la prensa. En realidad, la medicina forense tiene una aplicación mucho más amplia en el campo de la ligitación civil que la que tiene en el campo criminal. La Asociación Médica Americana y la Asociación Americana de Abogados estiman que, entre el sesenta y cinco y ochenta por ciento de casos que llegan al tribunal hoy en día se deben, en algún grado, a un problema relacionado con la medicina. Por ejemplo, el pasajero de un automóvil que termina con un "hombro dislocado" debe ver su caso legal examinado por doctores y abogados competentes que estén bien versados en el campo de la medicina para determinar si la dolencia de su hombro fue realmente causada por el accidente de automóvil, y cuál es la naturaleza y extensión de su incapacidad. En el análisis final, doctores y abogados expertos en el campo de la medicina legal deberán llegar a una difícil decisión respecto a lo que su dolencia equivale en dólares y centavos, para que el demandado que lo ocasionó o la compañía aseguradora puedan ser obligados a pagar los daños. Don Mills representa un nuevo tipo de médico-legal o forense especialista que combina ambas cosas, un grado médico y un grado legal en su esfuerzo por rendir un servicio valioso en los casos que comprenden daños compensables. El trabajo de Don Mills comprende la evaluación y proceso de todos los tipos de pleitos por daños personales. Algunos son procedimientos legales seguidos contra doctores, otros comprenden lesiones cerebrales derivadas de accidentes de automóvil; otros se refieren a las vértebras dislocadas o rotas de resultas de este tipo de accidentes; otras a lesiones ocasionadas durante el trabajo que quedan cubiertas por las leyes de los Montepíos Laborales, etc. Nunca conocí al padre de Don, pero durante un buen número de años ha sido considerado como la primera autoridad en los Estados Unidos sobre la medicina ambiental. Como resultado, fue invitado por varios

Gobiernos de países extranjeros para investigar el clima de un país determinado y apreciar su efecto sobre las gentes».

Yo creo que los anteriores comentarios hechos por Marshall Houts son todo lo comprensibles que uno pudiera desear.

Muy pocas personas comprenden la creciente importancia del campo de la medicina legal. Muchos médicos no caen en la cuenta del alcance e importancia que ha logrado la medicina legal durante la última década.

Y porque conozco tan bien a Marshall Houts, y sé que su entusiástica aprobación del doctor Mills significa que el médico es una figura sobresaliente en el campo de la medicina legal, dedico este libro a:

DON HARPER MILLS, M.D.LL.B.

*Erle Stanley Gardner*

# Capítulo 1

Perry Mason y Della Street se hallaban comiendo en Madison's Mildtown Milestone.

Mason se disponía a decir algo a su secretaria cuando observó una sombra sobre la mesa y alzó la cabeza para ver los ojos sonrientes de Kelsey Madison, el propietario.

—¿Cómo va todo, señor Mason? —le preguntó Madison.

—Espléndido —repuso Mason—. La comida mantiene su acostumbrada calidad.

—¿Qué tal el servicio?

—¡Maravilloso!

Madison echó una rápida ojeada por encima del hombro y luego bajó la voz.

—Me refiero a esto último, Perry ¿Cómo está el servicio?

Mason sonrió al parecer sorprendido.

—La razón por la que se lo he preguntado es que acabo de enterarme de que la camarera que le atiende acaba de comprarle su turno a otra camarera —explicó Madison.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Mason.

—No sé si habrá reparado que la muchacha que les trajo la mantequilla, el agua, los cubiertos y antes les entregó los menús no es la misma que vino a traerles lo pedido.

—No me había fijado —repuso Mason—. A decir verdad, Della y yo estábamos preocupados.

—Eso he notado —dijo Madison—, y me disgusta interrumpirlos; pero no nos gusta que se compren mesas.

—¿Y qué es lo que quiere decir con eso? —quiso saber Mason.

—Es costumbre en algunos restaurantes —explicó Madison— que la camarera jefe asigne a cada camarera las mesas que ha de

servir. Si el cliente es considerado generoso en las propinas o tiene especial predilección por una camarera determinada, ésta puede desear comprar la mesa.

»Por ejemplo, si ese hombre acostumbra dejar un veinte por ciento de propina y su cuenta va a ser de unos cinco dólares o más… lo cual casi asegura una propina de un dólar… otra camarera puede ofrecerse a comprar la mesa hasta por cincuenta centavos.

»La camarera que vende la mesa se embolsa los cincuenta centavos y tiene oportunidad de dar descanso a sus piernas por un rato. La muchacha que ha comprado la mesa tiene trabajo extra, pero saca cincuenta centavos de beneficio. Esto depende de la falta que les haga el dinero a las chicas.

—¿Y se supone que yo doy buenas propinas? —preguntó Mason.

—Acostumbra darlas con frecuencia, Perry. Si una muchacha le sirve bien le da el veinticinco por ciento… y algunas veces más. Pero no sé por qué tengo la impresión de que a Kit le interesa algo más aparte de la propina, y ahí es donde yo intervengo.

—¿A qué se refiere?

—Si ella tratase de conseguir algún consejo legal de usted, le agradecería lo pusiera en mi conocimiento. Ya sabe lo que ocurre con médicos y abogados. Constantemente se ven asediados por personas que desean un favor especial sin tener que retribuirlo.

—No, pierda cuidado —prometió Mason.

—Da la casualidad de que Kit es nueva aquí y desearía saber lo que se trae entre manos.

—¿Kit? —preguntó Mason.

—Katherine Ellis. La llaman Kit, y algunas veces Kitten. No lleva mucho tiempo aquí y no es enteramente una camarera profesional. Es su primer trabajo en esta profesión.

—Bien, gracias por la advertencia —agradeció Mason.

—Es más que una advertencia, Perry. Si trata de conseguir algo de usted, ¿querrá decírmelo?

Mason estuvo observando detenidamente al propietario del restaurante por espacio de unos segundos, y luego de pronto sonrió.

—No —fue su respuesta.

—¿No?

—No —repitió Mason—. No soy chismoso. Le agradezco su

advertencia, y estar prevenido es estar armado; pero si usted quiere averiguar si Kit trata de conseguir información profesional de sus clientes tendrá que buscar a otro que se lo diga.

—Está bien —se conformó Madison—, pero estaré observándolos. Aquí llega con lo pedido.

Madison se alejó con naturalidad, y al parecer sin prestar la menor atención a la camarera que portaba dos bocadillos de filete a la plancha, un vaso de leche y una taza de café.

Dejó los platos delante de Mason y Della Street a quien preguntó:

—¿Crema y azúcar con el café?

Della Street meneó la cabeza.

—No, gracias. Lo tomaré solo.

La camarera dejó la bandeja de cartón con el vaso de leche ante Mason y permaneció unos instantes mirando la mesa.

—¿Desean algo más? —preguntó.

—Creo que no —respondió Mason.

De nuevo vaciló.

Della Street dirigió una mirada significativa a Mason y luego volvió los ojos hacia la cocina donde estaba Madison con los brazos cruzados, aparentemente vigilando el comedor, pero en realidad observando con mucha atención a la camarera.

—Todo está perfectamente —dijo Mason.

—Gracias —murmuró Kit antes de marcharse.

Mason volvióse a Della Street.

—¿Qué dices a esto, Della?

—Es evidente —repuso Della—. Ella tiene algo entre manos, pero no sabe cómo decírtelo.

—O tal vez se haya dado cuenta de que Madison la estaba observando con ojos de águila —aclaró Mason.

El abogado pasó el tarro de mostaza especial a Della, y luego se sirvió a su vez… untando generosamente el filete.

—¿Tienes alguna de mis tarjetas a mano? —le preguntó Mason.

Della Street asintió con la cabeza y alargó el brazo para coger su bolso y sacar una tarjeta.

—¿Por qué? —preguntó.

Mason sonrió al decir:

—Tengo una corazonada. Pásame la tarjeta por debajo de la mesa.

El abogado con disimulo escribió en la tarjeta: «La tarifa acostumbrada por una consulta en mi oficina es de diez dólares. La propina que dejo debajo del plato es de once dólares».

El abogado sacó de su bolsillo un billete de diez dólares y otro de uno, colocando los once dólares y la tarjeta debajo de la bandeja ovalada donde le habían servido el bocadillo.

Della Street lo observaba divertida, y opinó así:

—Supongamos que no es ésa la intención de esa chica y que lo único que desea es un autógrafo…

—En ese caso —replicó Mason— ya tiene el autógrafo y el Colegio de Abogados podría acusarme de utilizar procedimientos poco éticos para conseguir clientes.

Riendo continuaron la comida, concluyeron sus bocadillos, y casi al instante Kit volvía junto a su mesa.

—¿Desean algo más? —les preguntó.

—Nada, gracias —respondió Mason.

Kit permaneció allí escribiendo la nota, que según pudo observar Mason ya había sido escrita.

—¿Podría hacerle una pregunta, señor Mason?

—Si —contestó el abogado—, en mi oficina.

Se levantó y se acercó a separar la silla de Della para que ésta pudiera levantarse.

Su sonrisa desarmaba.

El rostro de Kit se ensombreció.

—Oh —dijo alargándole la nota.

—La propina está debajo del plato —aclaró Mason.

—¡Gracias! —respondió la muchacha con frialdad.

Mason tomando a Della del brazo se dirigió hacia la caja.

Della Street se volvió a mirar por encima de su hombro.

—¿Enfadada? —preguntó Mason.

—Furiosa —repuso Della Street—. ¡Oh, oh! ¡Ahora ha mirado debajo del plato!

—¿Reacción? —preguntó Mason.

—No lo sé. Ahora está de espaldas a nosotros —fue la contestación de la secretaria.

—Bien —dijo Mason—. Si Kelsey Madison estaba observando para saber si una de sus camareras intentaba conseguir opiniones legales gratuitamente, ahora puede descansar. ¿Cuál es su nombre, Della?

—Katherine Ellis —repuso Della—. Lo he anotado.

—Si acude a la oficina, avísame.

—¿La recibirás? —le preguntó su secretaria.

—A cualquier hora, pero cóbrale diez dólares por la visita.

# Capítulo 2

Al día siguiente, poco después de las diez, Della Street recibió una llamada telefónica desde la oficina exterior y dijo a su jefe:

—Perry, la señorita Ellis está aquí.

—¿Ellis? —preguntó Mason tratando de hacer memoria.

—Kit Ellis, la camarera.

—Bien. Hazla pasar, Della.

Della fue a la oficina exterior y pocos minutos después regresaba acompañada de una radiante Kit Ellis.

—¡Señor Mason, no sé cómo darle las gracias! Es usted tan comprensivo.

Mason sonrió.

—Confío en que la propina fue suficiente… —dijo Mason.

Kit Ellis sacó diez dólares de su bolso y al entregárselos a Della Street manifestó:

—Voy a pagar ahora a su secretaria por la consulta. No sé decirle lo mucho que le agradezco su delicadeza demostrada en este asunto. Me temo que el señor Madison sospechaba que yo iba abordarle y… bueno, es maravilloso que lo haya solucionado de este modo.

—Siéntese, señorita Ellis, y cuénteme lo que le preocupa —la invitó el abogado.

Ella respondió:

—Es mi tía Sofía.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Mason.

—Es un misterio.

—Muchas mujeres lo son, pero supongo que en este caso, puesto que desea consultar a un abogado, tendrá usted algún motivo de alarma…

—De alarma exactamente no —dijo—, pero sí de preocupación.

—Tal vez será mejor que me exponga los hechos.

—Tengo veintidós años —comenzó Kit—. Vivíamos en el este. Mis padres murieron hace seis meses en un accidente de automóvil. Sólo había visto un par de veces a tía Sofía cuando era pequeña, pero tenía la costumbre de escribirle un par de veces al mes… cartas simpáticas dándole noticias de lo que estaba haciendo y demás.

—¿Y qué es lo que hacía usted? —quiso saber Mason.

—Principalmente estudiar. Mi padre había hecho mucho dinero y, como luego resultó, gastaba tanto como ganaba. Siempre he deseado ser abogado y él quería darme una buena educación. Yo estaba estudiando el curso preparatorio en la universidad en el momento de su muerte.

»Su muerte no fue sólo un gran golpe en el aspecto moral, sino también en la cuestión económica.

»Al parecer papá gozaba de un buen sueldo a juzgar por el tren de vida que llevábamos; esa renta terminó con su muerte. La casa tenía una primera hipoteca, y una segunda escritura de crédito. Los nuevos automóviles habían sido adquiridos a crédito, y todo lo de la casa a plazos. Así era como vivía papá… con la misma facilidad que entraba el dinero, se iba. Era un auténtico vendedor que podía convencer hasta los mismos pájaros. Pero no sólo gastaba sus comisiones con la misma velocidad que las ganaba, sino que las pedía anticipadas tan pronto estaban en tratos… Bueno, el caso es que cuando examiné las cuentas comprobé que estaba sin un céntimo…

—¿Su madre no pudo salvar nada? —le preguntó Mason.

Kit meneó la cabeza.

—Mamá adoraba el suelo que él pisaba, y le dejaba tomar las decisiones sin pensar que pudiera equivocarse. Y yo creo que así ha de ser. En lo único que se equivocó fue en el seguro de vida. No creía en eso. Él creía en la vida, en vivir y dejar vivir, ése era su modo de expresarlo.

»De todas formas, todo esto se aparta de la cuestión, señor Mason.

—La cuestión es, según me imagino —manifestó Mason—; que

su tía Sofía le pidió que viniera a vivir con ella y usted decidió aceptar.

Kit Ellis asintió.

—¿Por qué? —le preguntó Mason—. Puesto que era evidente que usted tendría que trabajar, yo creo que usted debió preferir quedarse en su ciudad, compartir un apartamento con una o dos jóvenes de su misma edad y…

Ella meneó la cabeza para interrumpirlo.

—No hubiera podido enfrentarme con mis amigas, señor Mason. Papá siempre fue generoso conmigo. Yo tenía una renta propia, coche, y carecía de preocupaciones económicas… era la de más posición entre las muchachas de mi localidad y… bueno, no pude soportar un cambio tan radical… Estas calamidades tal vez tendrán menos importancia dentro de un par de años, pero en el primer momento fueron los mayores problemas de mi vida, y ciertamente me parecieron mayores.

»Por encima de todo no quiero que la gente me compadezca. Por ejemplo, no podría soportar el servir a la mesa, teniendo a mi alrededor a mis amigas sonriendo compasivas y dejándome una propina excesivamente espléndida porque les daba lástima.

—¿Y por qué servir a la mesa? —le preguntó Mason.

—Porque es todo lo que sé hacer —respondió Kit—. Yo quería encontrar trabajo. De haber podido esperar un poco más, es probable que hubiera podido conseguir un buen empleo; pero carecía de experiencia… no sólo en el trabajo, sino en solicitarlo, y me temo que dije lo menos apropiado y en el peor momento.

»El caso es que tía Sofía me pidió que viniera aquí a vivir con ella, por lo menos durante una temporada. Ella estaba sola, tenía una casa con dos habitaciones libres y manifestó que se alegraría de tenerme con ella.

—¿De manera que se vino usted aquí? —preguntó Mason.

Kit Ellis asintió.

—¿Y su intención era ponerse a trabajar en cuanto llegara?

—No. Siempre habíamos pensado que tía Sofía tenía buena posición. En un tiempo la tuvo, pero ha vivido también su propia tragedia y al parecer un desastre económico.

—Continúe —animó Mason demostrando interés—. Cuénteme lo

que ocurrió.

—Pues me vine con mi tía pensando que tal vez pudiera continuar mis estudios… bien trabajando al mismo tiempo, o tal vez ocupando un empleo por espacio de un año para ahorrar dinero, o… Bueno, no seamos hipócritas, señor Mason. Yo pensé que quizá tía Sofía se ofrecería a sufragar mi educación.

—¿Y no lo hizo? —quiso saber Mason.

—No lo hizo. En vez de eso, ella… Apenas sé cómo decirlo.

—¿Ha venido a verme por su tía? —insistió Mason.

—En cierto modo, sí.

—¿Qué le ocurre?

—Es una larga historia —respondió Kit— y difícil de contar; pero le explicaré lo más importante. Mi tía era hermana de mi padre. Una mujer de carrera. Todos pensamos que gozaba de buena posición, y me figuro que así es. Tiene la casa donde vive y propiedades que yo consideraba más que suficientes para vivir bien.

»Gerald Atwood intervino en su vida hace dos años, y me hace el efecto, que si quiere hilar fino…, fue un escándalo.

»Atwood estaba casado con Bernice, aunque se había separado de ella. Bernice es una de esas brujas, si me perdona la expresión, frías y dominantes, y un ejemplo típico de ese refrán que dice que el infierno no tiene comparación con una mujer despreciada.

»Cuando Atwood y su mujer se separaron, él le dio dinero para que fuese a Nevada a conseguir el divorcio. Entonces Gerald conoció a Sofía y quiso casarse con ella. Pidió a Bernice los papeles del divorcio, pero ella iba dando largas al asunto, hasta que Gerald y tía Sofía se fueron a Méjico y dijeron que se habían casado; pero si en realidad se celebró alguna ceremonia aquí carecía de validez.

»Gerald fue a Palm Springs un fin de semana para arreglar algunos asuntos. Pensaba pasar allí varios días. La estación estaba bastante adelantada y comenzaba a hacer calor. Salió a jugar al golf, se acaloró y falleció en el campo.

»En los ficheros del club constaba que Bernice era su esposa, y puesto que vivía en Palm Springs el club de golf encontró su número de teléfono en la guía y le notificó la muerte de Gerald.

»Tía Sofía no supo nada de la muerte de Gerald hasta que alarmada al ver que no telefoneaba, llamó a la casa y se puso

Bernice al teléfono. Ésta le comunicó que ella se había hecho cargo de todo, que había dispuesto la celebración del entierro, y le sugirió que en interés de las conveniencias sociales no tratase de asistir al funeral.

—¿En realidad hubo o no divorcio? —preguntó Mason.

—Al parecer no. Bernice le había dicho que estaba tramitándolo en Nevada, pero parece ser que jamás presentó siquiera la solicitud.

—¿No hubo reparto de propiedades? —preguntó Mason.

—Oh, sí que hubo reparto de bienes, pero todo fue oral. Verá usted, Bernice lo tenía casi todo a su nombre, y así lo conservó, permitiendo que Gerald se llevase sus cosas. Él planeaba comenzar de nuevo.

»Tía Sofía le indujo a que olvidara lo que le correspondía de sus bienes puesto que ella le facilitaría la cantidad para volver a empezar. Entonces, es evidente que vendió casi todo lo que tenía, y entregó el dinero a Gerald.

—¿Y no puede recuperar nada? —inquirió Mason.

—Al parecer no… ahora que Gerald ha muerto y Bernice es su viuda. Tía Sofía entregó el dinero a Gerald sin mediar documentos y las inversiones que él hizo las puso a su nombre, y no en el de mi tía, la cual se muestra muy ambigua cuando alguien le habla de su matrimonio.

»En el tiempo en que se supone que se casaron, yo creo que Gerald había comenzado a sospechar que Bernice no había presentado la solicitud de divorcio en Nevada. Por consiguiente cualquier matrimonio que hubiese llevado a cabo hubiera sido un acto de bigamia y Bernice podía legalmente hacerlo encarcelar por ello. De manera que Gerald no quiso ser vulnerable por ese lado.

»Yo creo que él y tía Sofía hicieron un viaje a Méjico del que regresaron diciendo a sus amigos que se habían casado allí, y todo el mundo lo aceptó. Pero tía Sofía se muestra muy vaga, cuando le he preguntado por su matrimonio celebrado en Méjico, e incluso me ha confesado que probablemente ni siquiera fuese válido. Yo no creo que existiese semejante matrimonio jamás.

—En tales circunstancias —afirmó Mason— algunas veces es posible demostrar una empresa conjunta, una asociación comercial, y su tía tendría derecho a la mitad de las propiedades que Gerald

tuviera en el momento de su muerte. Es un truco legal y depende de cómo fue entregado el dinero; como un regalo, o bien como un depósito para una empresa conjunta. ¿Tiene alguna noticia de cómo se hizo?

—Nada en absoluto —repuso Kit—, exceptuando lo que le he contado. Por otra parte, tía Sofía se niega a tener trato alguno con Bernice. Dice que es sólo un parásito glotón, avariento y de sangre fría, y que si tanto desea el dinero que puede quedarse con él.

—¿Y eso deja sin blanca a su tía?

—De eso quería hablarle, señor Mason. Ése es uno de los motivos.

—Continúe —la invitó Mason.

—Al venir a vivir con ella descubrí que era toda su fortuna la que había entregado a Gerald, por lo tanto, tampoco podría costearme la carrera.

»Entonces comenzaron a ocurrir cosas que… bueno, con franqueza, señor Mason, yo no quiero vivir en esa casa por más tiempo; y para ello tengo que tener un empleo y ser independiente.

—¿Qué cosas ocurrieron? —quiso saber Mason.

—Cosas misteriosas —insistió Kit Ellis—. Cosas que me preocupan y… cosas que me asustan.

—Prosiga —la animó Mason.

—Tía Sofía es una de las mujeres más tacañas que conozco… en ciertos aspectos.

—¿En su trato con usted? —le preguntó Mason.

—En su trato conmigo y en su trato con otros. Yo tengo una habitación, un sitio donde cobijarme, eso es todo. No podría continuar estudiando porque no tengo para el transporte, ni otras ropas que las que traje conmigo. En otras palabras, sin ayuda económica, me era imposible continuar estudiando en la universidad.

»Bien, vine aquí pensando que tía Sofía gozaba de buena posición. Ciertamente la casa es espaciosa, cómoda y rodeada de un jardín. Mi tía se ocupa de los menesteres del hogar. No tiene servicio porque dice que la mitad del día no hacen nada de provecho.

—¿De manera que usted comenzó a ayudarla en las tareas de la

casa? —preguntó Mason.

Kit asintió con la cabeza.

—¿Y luego? —insistió Mason.

—Luego —siguió contando Kit—, casi me muero de hambre.

—¿Cómo fue eso?

—Tía Sofía cogía el periódico y estudiaba los anuncios especiales de los grandes mercados de alimentos. Si podía ahorrar tres centavos en una libra de mantequilla en una tienda, y cinco en una libra de tocino en otra, iba de un establecimiento a otro comprando únicamente los artículos que se anunciaban como oferta para aquel día.

»La comida que sacaba a la mesa era sólo suficiente para mantener vivo a un pájaro. La mayor parte del tiempo pasaba un hambre terrible.

—¿De modo que entonces se decidió a ponerse a trabajar? —preguntó Mason.

—Decidí salir a trabajar y así tener un pretexto para comer fuera, y por lo menos hacer una buena comida al día.

—Continúe —dijo Mason.

—Aquí me encontré con los mismos problemas que tuve en el este. Yo tengo una educación clásica, pero carezco de toda experiencia.

—La mayoría de muchachas mienten en cuanto se refiere a su experiencia para conseguir su primer empleo —comentó Mason observándola de cerca.

—Yo no miento, señor Mason.

—¿Dijo usted siempre la verdad cuando solicitaba un empleo?

Kit asintió con la cabeza.

—Les dije la verdad y no conseguí lo que quería. Les dije que estaba dispuesta a aprender, pero que necesitaba dinero para el autobús, la comida, y los gastos de costumbre… una muchacha necesita llevar el cabello bien arreglado, medias, trajes, zapatos… bueno, eso cuesta dinero.

Mason asintió.

—De modo que al fin lo único que conseguí fue un puesto de camarera en Madison y contentísima de haberlo logrado.

»Todavía no conozco todas las artes del oficio. No sé cómo

conseguir una buena propina del cliente habitual, pero trato de hacer bien mi trabajo, y que la gente vea que lo intento. Y, naturalmente, lo bueno es que me dan de comer. En realidad puedo hartarme cuanto quiera, y créame que los primeros días lo necesitaba. En mi vida había pasado tanta hambre.

—¿Madison está satisfecho con su trabajo? —le preguntó Mason.

—Cielos, ignoro si sabe que existo, pero la jefa de las camareras que dirige el comedor es agradable. Tengo el horrible presentimiento de que más pronto o más tarde él nos va a examinar y que mi éxito dependerá de la suerte que tenga, no del interés que haya puesto en mi labor y en aprender.

—Eso son azares del trabajo —comentó Mason con ojos brillantes—, en los que un abogado poco puede hacer. ¿Por qué ha acudido a mí, señorita Ellis?

—En realidad —respondió— lo hice llevada de un impulso momentáneo. Cuando usted y la señorita Street entraron ayer en el restaurante y una de las chicas le señaló como el abogado famoso, yo… bueno, le compré. Le di a la camarera que tenía su mesa setenta y cinco centavos por el privilegio de servirlo.

—¿Qué tenía entre manos?

—Nada, pero alguien se lo dijo al señor Madison y observé que me vigilaba como un halcón. Me figuro que porque las camareras no deben molestar a los clientes con problemas personales, y eso se comprende fácilmente.

Mason asintió.

—Pero —continuó Kit— fue usted tan intuitivo y maravilloso que no sé cómo podré darle nunca las gracias. Por mi parte puede estar seguro que no le hubiese pedido nada.

—No tiene importancia —dijo Mason—, pero me interesa la razón que se esconde detrás de todo esto.

—La razón es que tía Sofía es una especie de fraude, y eso me preocupa.

—¿Qué es lo que usted considera fraude?

—Se desplaza de un comercio alimenticio a otro como ya le he dicho para ahorrarse unos centavos en la cuenta diaria de la compra, pero el caso es que el desplazamiento lo hace en taxi y que el conductor la espera mientras realiza la compra. La tarifa del taxi

debe ser sencillamente enorme.

Los ojos de Mason se iluminaron con repentino interés.

—¿Aparte de esto ella parece normal? —le preguntó.

—No, no lo es —afirmó Kit—. Tiene un armario en su dormitorio y en el estante superior una hilera de sombrereras. Ella conserva ese armario cerrado y por nada del mundo permite que yo ponga en él las manos.

Mason sonrió.

—¿Quiere usted decir que se despertó su curiosidad y quiso ver lo que había en el interior de ese armario?

—Después de descubrir lo de los taxis —explicó—. Me entró una curiosidad terrible por ese armario. La cerradura es automática y siempre lo tiene cerrado.

»Hace un par de días, cuando yo ayudaba a hacer la limpieza, fui a limpiar su dormitorio mientras ella estaba fuera y encontré el armario abierto.

—¿De manera que curioseó?

—No curioseé. Fui directamente hasta él con el recogedor de basura en la mano. En la parte de abajo no vi nada de particular, pero había una hilera de sombrereras en el estante superior, y me pregunté por qué tía Sofía tendría toda aquella colección de sombreros.

»Ahí es donde mi curiosidad femenina me hizo abrir la sombrerera de un extremo y ver qué clase de sombrero era. La caja estaba llena de dinero.

—¿Cuánto dinero?

—No lo sé… mucho. Los billetes eran de cincuenta y de cien.

—¿Y las otras cajas?

—Lo ignoro. Puse la tapadera de la caja que había abierto y salí de allí, al tiempo que cerraba la puerta y como la cerradura es automática la puerta no se volvió a abrir.

»Ahora bien, señor Mason, eso es lo que me preocupa, por dos motivos: lo expuesto que es el tener una cantidad importante en metálico en esa casa, y si los ladrones lo descubrieran… bueno, dos mujeres viviendo solas… Y luego por lo que puede ocurrirle a tía Sofía. Ya sabe lo que sucede cuando una persona comienza a ahorrar dinero de esa manera. Por lo general significa tratar de

zafarse de los impuestos sobre la renta, y si tía Sofía goza de buena posición y ha estado amasando una suma de dinero por la que no paga impuestos, habrá que hacer algo más pronto o más tarde.

—Con una anciana —afirmó Mason—, creo que los del fisco serían indulgentes. Muchas personas de edad suelen…

—Pero no es vieja. Sólo tiene cincuenta y cinco años y es muy atractiva para su edad. Al ver su cara uno diría que sólo tiene cuarenta; pero se viste como si fuese una anciana.

—¿Cómo descubrió usted lo de los taxis? —preguntó Mason.

—La vi por casualidad. Pasaba un día cerca de un comercio cuya oferta se había anunciado en el periódico, cuando reparé que se paraba un taxi del que se apeó mi tía Sofía, diciéndole, al parecer, al chófer que aguardara.

—¿Y qué hizo usted?

—Me alejé un poco y esperé. Tía Sofía estuvo dentro unos buenos diez minutos y luego salió con un solo paquete, seguramente una libra de tocino. Subió al taxi y se alejó. El taxi pasó lo bastante cerca de mí para que pudiera darme cuenta de que encima del asiento había otros paquetes.

—¿No utiliza el taxi para ir y venir? —preguntó Mason.

—Cielos, no. Se marcha en el autobús y vuelve en el autobús con su ancho cesto de la compra lleno de gangas.

—¿Y es todo esto lo que la impulsó a hablar conmigo? —quiso saber Mason.

Kit respondió:

—Señor Mason, necesito su consejo. No deseo que tía Sofía piense que huyo de ella; pero no creo que deba quedarme en esa casa dadas las circunstancias.

—¿Por qué iba a pensar su tía que huía de su lado? —le preguntó Mason.

—Soy el único pariente que vive en la actualidad. Me da pena.

—¿Qué ha ocurrido con la casa de Palm Springs? —preguntó Mason de pronto.

—Bernice vive en ella. Solicitó el derecho de administración como viuda superviviente.

—¿No había testamento?

—Claro que había testamento —replicó Kit Ellis—. Estaba en el

despacho de la casa de Palm Springs, y Bernice se apoderó de él y lo quemó.

—¿Gerald Atwood no dejó otros parientes?

—No. Bernice tiene un hijo de un matrimonio anterior, Hubert Deering. No hay otros hijos, ni parientes. Bernice está decidida a quedarse con todo. Jura que las propiedades, que en realidad fueron adquiridas por Gerald con el dinero que Sofía le dio para invertir son bienes gananciales de su matrimonio.

—¿Ha contestado Sofía a las reclamaciones de Bernice?

—Sofía se está callada como un ratoncillo —manifestó Katherine —. Su proceder no me gusta nada. Actúa como si tuviese un as escondido en una manga, pero lleva una vida monótona, sin decir nada y viviendo en esa horrible casa encantada.

—¿Encantada? —preguntó Mason.

Katherine Ellis bajó los ojos.

—No pensaba decir nada de eso.

—Las casas encantadas son mi afición predilecta —afirmó Mason con interés—. Si la casa está encantada, me gustaría saberlo. ¿Qué ha oído usted… gemidos, lamentos, pasos por la noche o…?

—Pasos por la noche.

—¿Qué clase de pasos?

—Ruido de pisadas en donde una persona no podía estar andando.

—¿Por qué no?

—Subiendo y bajando la escalera —dijo Katherine— con paso firme y atravesando los corredores sin el menor destello de luz. Luego susurros sibilantes, luego más pasos y…

—Quizá su tía Sofía ha tenido algún visitante clandestino.

—No en plena noche y en la más completa oscuridad.

Mason reflexionó unos instantes y luego habló así:

—Con franqueza, Katherine, no me gusta. No me gusta ningún aspecto de la situación en que usted se encuentra. Creo que lo mejor será que se marche.

—¿Cuándo?

—Ahora —aconsejó Mason—. Márchese mientras todo va bien.

—¿Y qué le digo a tía Sofía? ¿Que he descubierto que guarda una enorme suma de dinero y…?

—No le diga nada de eso. Sencillamente dígale que ha decidido ocupar un apartamento con otra muchacha de su misma edad.

—Pero eso necesitará tiempo y tal vez me cueste más dinero del que gano. Al fin y al cabo, nuestro sueldo base es muy pequeño, la mayor parte de nuestros ingresos la sacamos de las propinas, y créame que conseguir una buena propina de un cliente es todo un arte y se necesita tiempo.

—Todo eso lo estudiaremos más tarde, pero ahora quiero que se marche.

—¿Qué quiere decir «ahora»?

—¿A qué hora entra a trabajar?

—Hoy tengo que trabajar desde las once y media hasta las tres y media; luego tengo libre hasta las cinco, ya que a esa hora reemprendo el trabajo hasta las nueve.

—¿Y no va a casa para el descanso de la tarde?

—No, hay una especie de salón de descanso para las camareras que no están de turno, donde una puede tenderse con los pies en alto, ducharse, relajarse o hacer la siesta en un sofá.

Mason dijo:

—Cuando salga a las nueve, vaya a su casa y recoja sus cosas. Luego márchese.

—¿Y adónde voy? No puedo…

—Vaya a un motel. Salga de esa casa —insistió Mason—. Es peligroso. No sólo es peligroso porque el dinero está ahí y puede atraer a extraños, sino que si algo ocurriera usted sería la primera sospechosa.

»Es evidente que su tía Sofía ha sido menos que franca con usted. Ha sido buena con usted, le debe usted cierta lealtad, pero creo que está usted dispensada de su obligación. De todas formas primero tiene que pensar en usted.

Kit manifestó:

—Yo estaba pensando en contratar a un detective para que siguiera a tía Sofía y conocer adónde va y tal vez descubrir…

Mason meneó la cabeza.

—Un detective le costaría cincuenta dólares diarios, aparte los gastos. No puede pagarlo ni tampoco exponerse a que su tía llegue a descubrir que usted la está… ¡No, márchese! Telefonee a su tía y

dígale que ha decidido organizar su vida de otra forma y que esta misma noche se muda. ¿Me figuro que no tendrá usted muchas cosas que llevarse?

—Muy pocas. Sólo la ropa que llevaba puesta y algunas cosas para el viaje. Tengo dos maletas y un bolso de mano. Deliberadamente prescindí de todo para poder viajar más ligera. Facturé un par de cajas en las que puse algunos objetos íntimos y documentos de la familia; cuando lleguen aquí ya podré pagar para dejarlas en depósito. He tomado la decisión de irme acostumbrando a vivir con poco dinero y con pocos lujos.

—Salga de esa casa inmediatamente. Déjele una nota a la señorita Street, con su nombre y dirección, y cuando tenga acomodo, seguramente en un motel para pasar la noche, telefonéeme y hágame saber dónde está.

—¿Puedo localizarle fuera de las horas de oficina?

Mason pensó unos momentos y luego dijo:

—Puede usted localizarme por medio de la Agencia de Detectives Drake. Está dirigida por Paul Drake. Es quien lleva a cabo todo mi trabajo de investigación. Está en el edificio en que trabajamos nosotros, en la misma planta y…

—Sí, he visto el nombre en la puerta al salir del ascensor. Eso fue lo que me dio la idea de tratar de averiguar lo que hay en realidad tras la conducta peculiar de tía Sofía.

—Olvídelo —recomendó Mason—. Usted me ha confiado su problema: tiene que seguir mis consejos. Telefonee a su tía, dígale que va a mudarse esta tarde, y cuando salga del trabajo recoja sus cosas, tome un taxi y vaya a un motel. ¿Cuál es la dirección de la casa de tía Sofía?

Katherine Ellis sacó una tarjeta de su bolsillo, que entregó a Mason.

—Me hice estas tarjetas cuando estaba buscando empleo —explicó Kit.

Mason estudió la dirección.

—Hay muy buenos moteles a medio kilómetro de distancia, y creo que llegan hasta allí los mismos autobuses. Pero no se moleste en tomar el autobús… llevará su equipaje y será de noche. No se quede por las calles aguardando el autobús. Tome un taxi. ¿Tienes

dinero bastante para eso?

—¡Oh, sí!

—¿Qué aspecto tiene su tía? —le preguntó Mason como por casualidad.

—Un metro setenta y cinco, de mediana edad, aunque podría pasar por cuarentona, buena figura; ojos gris acero, cabellos castaños, peso aproximado, cincuenta y ocho kilos… una mujer elegante cuando quiere vestirse; pero le gusta arreglarse como una vieja y hablar como si lo fuera.

—De acuerdo —replicó Mason—. Telefonéeme y dígame dónde se ha instalado para saber dónde está.

# Capítulo 3

Cuando Katherine Ellis hubo abandonado la oficina, Mason miró a Della Street con aire burlón y habló así:

—Vamos a ver, Della, ¿por qué diantres una mujer busca en los periódicos dónde puede ahorrar tres centavos en una libra de mantequilla, o cinco en una libra de tocino, y luego va de un mercado a otro utilizando un taxi, al que hace esperar, costándole de tres a cuatro dólares por hora, mientras ella realiza la compra de esas gangas? ¿Y por qué hace que el taxi la deje en la parada del autobús, aguarda a que éste llegue y termina la última parte de su viaje en él?

Della Street meneó la cabeza al decir:

—No lo comprendo.

—Para mí es del todo evidente —replicó Mason—. Es decir que Sofía Atwood está haciendo un juego bastante profundo. Llama a Paul Drake y dile que venga.

—Jefe —Della Street protestó—, no irás a intentar…

—Sí, voy a hacerlo —la interrumpió Mason—. Nuestra clienta está mezclada en algo peligroso en potencia. Por lo que sabemos el plan completo para hacerla ir a vivir con su tía Sofía puede haber sido para conseguir lo que los confidentes llaman un «pringue» o un «caído».

—Una de las cosas malas de la administración de la justicia es que se necesita dinero para hacer girar las ruedas. Katherine Ellis carece de dinero para hacer mover esas ruedas.

—Un abogado tiene deberes para con sus clientes. Yo puedo permitirme el lujo, que en este caso considero un deber, de alquilar a un detective; y Kit Ellis no.

—Jefe —Della Street lo acusó—. ¿Pensabas todo eso cuando le

pediste a Katherine Ellis que describiera a su tía con detalle?

Mason sonrió.

—Es inútil tratar de tener secretos con una secretaria lista. Estás en lo cierto, chiquilla; tú lees mi pensamiento. Dile a Paul que venga.

Della telefoneó a la Agencia de Detectives Drake, y pocos minutos más tarde Paul Drake llamaba con los nudillos a la puerta de la oficina de Mason.

Della lo hizo pasar.

—Hola, Perry. Hola, hermosa —saludó Paul Drake—. ¿Cómo va hoy el trabajo? ¿Hay algo para mí?

—Tengo un encargo —repuso Mason—. Quiero que se vigile a alguien y no quiero que tu empleado sea descubierto aunque ello le cueste perder el rastro.

—¿A quién hay que vigilar?

—A una tal Sofía Atwood —manifestó Mason—. Aquí está su dirección.

Y entregó a Paul Drake la tarjeta que Katherine Ellis le había dado.

—¿Es una casa de apartamentos? —preguntó Drake.

—Un edificio particular de dos plantas —aclaró Mason—. Probablemente la casa será bastante vieja y tendrá goteras, y el solar que ocupa valdrá cinco veces más que la casa.

—¿Descripción de la persona que he de seguir?

—Cincuenta y tantos, parece muchísimo más joven de cara, pero se viste como si fuese mayor. Buena figura; cabellos castaños; metro setenta y cinco; pesará unos cincuenta y ocho kilos, y ojos gris acero.

»Ahora voy a ayudarte un poco. Ella saldrá de la casa, hasta la próxima parada del autobús y subirá primero… ignoro hasta dónde… luego se apeará del autobús y tomará un taxi; hará varias compras utilizando el mismo vehículo; luego se hará conducir hasta la parada del autobús. Pagará el taxi, recogerá sus compras, subirá al atestado ómnibus, recorrerá varias manzanas, se apeará cerca de su casa y seguirá andando una manzana y media hasta llegar a su domicilio.

—Bueno, ¡que me aspen si lo entiendo! —exclamó Paul Drake.

—A mí me ocurre igual —dijo Mason.

—¿Cuál es el objeto de estas combinaciones?

—Eso es lo que me gustaría averiguar —aclaró el abogado.

—¿Puedes decirme algo de tu cliente?

—En esta parte del trabajo no tengo cliente —replicó Mason—. Estoy satisfaciendo mi curiosidad y lo pago de mi bolsillo, por lo que no quiero ninguna factura con adornos florales. Por otra parte, quiero un trabajo a conciencia y bien hecho, y no quiero que la interesada tenga la menor sospecha de que se la vigila.

—De acuerdo —aceptó Drake con una sonrisa—. Has acertado acudiendo a mí. ¿Tú crees que hoy continuarán esas tonterías?

—Si no continúan perderé lo que habré de pagarte —explicó Mason.

—Supongo que querrás acción inmediata.

—Empieza ahora mismo —fue la respuesta de Mason.

—Está bien —repuso Drake—. Tengo el hombre adecuado para ese trabajo. Estará sobre la pista en cuestión de minutos.

# Capítulo 4

Eran poco más de las cinco cuando Paul Drake llamó ruidosamente a la puerta de Mason.

Della Street le franqueó la entrada.

—Hola, Paul —saludó el abogado.

—Pensé que tal vez te pescase antes de irte —exclamó Drake—. He descubierto algo que me intriga.

—¿Qué es?

—Es referente a Sofía Atwood. Mi hombre descubrió algo extraño. Me informó por teléfono hace poco rato, y pensé que lo mejor sería venir a contártelo.

—¿Desde dónde te ha llamado? —quiso saber Mason.

—En realidad me ha llamado desde su automóvil —aclaró Drake —. Tenemos varios automóviles con teléfono y este hombre utiliza uno de ellos. Llamó desde donde estaba apostado, cerca de casa de la mujer que sigue.

—Está bien —dijo Mason—. ¿Qué es lo extraño?

—¿Adivinas qué es lo que hace esa mujer para vivir?

—¿Quieres decir que trabaja?

—Trabaja —replicó Drake.

—¿Y qué hace?

—Vende lápices.

—¿Lápices?

—Eso es. Tiene un cojín hinchable, una bata oscura, lentes ahumados, un surtido de lápices, y se instala frente a las oficinas de la Compañía de Manufacturas Gillco en la calle Alvareno.

—¿Va allí todos los días? —preguntó Mason.

—De cuando en cuando.

—¿Y ellos no protestan? —preguntó Mason.

—Al parecer no. Uno de los más influyentes accionistas de la compañía dio orden de que no se la molestase.

—¿Cuánto tiempo pasa vendiendo lápices? —siguió preguntando Mason.

—No tengo el informe completo —contestó Drake—. Mi hombre no quiso hacer demasiadas preguntas, pero a veces pasa allí casi todo el día. Otras sólo aparece durante una hora o dos.

—¿Cómo va y viene? —inquirió Mason.

—En taxi.

—¿Y no llama la atención que una vendedora de lápices llegue en taxi?

—Siempre es el mismo taxi —informó Drake— y parece ser que tienen una especie de convenio sobre una base mensual para conducirla a donde ella quiera ir.

—¿Comprobó sus compras? —preguntó Mason.

—Sí, va de un mercado a otro comprando el artículo del día. Utiliza el taxi, y al parecer a esta hora no es el mismo taxi siempre. Por lo menos no es el mismo que utiliza cuando va a ocupar su puesto frente a la Compañía de Manufacturas Gillco.

—¿Y qué hay de la Compañía de Manufacturas Gillco?

—Electrónica, chismes, material científico moderno. Fabrican por su cuenta y también actúan como único agente importador de una de las fábricas japonesas. Es…

Sonó el teléfono.

Della Street miró a Mason con aire interrogador.

El abogado, encogiéndose de hombros, dijo:

—Está bien, Della, contestaremos a esta última llamada.

Della, ahora que la operadora de la centralita se había marchado y su teléfono estaba conectado directamente al tablero, cogió el aparato y habló.

—Oficina de Perry Mason… Sí, soy la señorita Street… ¿Quién?… ¿De qué se trata?… ¡Ah, comprendo!, aguarde un momento. Veré si lo alcanzo. Acaba de salir de la oficina.

Della informó a Perry Mason después de tapar el auricular con la mano.

—Es tu cliente Kit Ellis y está en un serio apuro. Desea saber si te sería posible ponerte en contacto con ella enseguida.

Mason vaciló un momento y tras intercambiar una mirada con Paul Drake dijo:

—Está bien, Della. Hablaré con ella.

El abogado cogió el teléfono que había sobre su mesa.

—Señor Mason —le dijo Kit—. Lamento llamarlo a estas horas y en el término que lo hago; pero casi es un asunto de vida o muerte para mí. ¿Podría venir aquí?

—¿Dónde es aquí? —preguntó Mason.

—Donde vivo, la casa de tía Sofía. Usted tiene la dirección.

—¿Y cuál es su problema?

—He sido acusada de robo.

—¿Por quién? ¿Por su tía?

—Exactamente no. Por un elegante sujeto que dice ser «amigo de la familia». Su nombre es Stuart Baxley. Puede que alguien lo tomase a broma…

—No hable así —le advirtió Mason entrecerrando los ojos.

—Bueno, Baxley está aquí y apremia a tía Sofía para que me detengan, y aquí hay un detective y…

—¿Ha dicho usted algo? —preguntó Mason.

—¿Qué quiere decir eso de «si he dicho algo»? Les dije que están locos. Yo…

—¿Ha dicho usted algo de las cosas que me reveló?

—No.

Mason la orientó en estos términos:

—Tranquilícese y no se mueva. Afirme que no ha robado nada. Aparte de esto, no diga nada de nada a nadie. No responda a ninguna pregunta excepto para decir que su abogado está en camino y que él se encargará de todo. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Me imagino que su tía habrá sufrido una pérdida económica importante en algún negocio.

—Eso parece.

—Insisto —recomendó Mason—. No conteste preguntas. Diga que usted es inocente de cualquier crimen, pero que lo deja todo en mis manos. Cuando yo llegue, haga lo que yo le indique.

Mason dejó de nuevo el teléfono e hizo un gesto con la cabeza a Della Street.

—Vámonos, Della —y yendo hasta la puerta, la abrió volviéndose hacia Paul Drake para decirle—: Continúa tu trabajo, Paul. Te llamaré para ver lo que hay de nuevo; pero retira a tu empleado. Su presencia podría atraer la atención ahora.

Della cogió su bolso, y su abrigo de la percha. Mason la ayudó a ponérselo, y luego echaron a andar corredor adelante. Los tacones de Della repiqueteaban deprisa en su intento de seguir las largas zancadas de Mason. Drake salió tras ellos con paso más mesurado.

—Cielo santo, jefe —dijo Della a Mason mientras éste pulsaba el botón del ascensor—. Si la tía ha perdido todo el dinero que contienen esas sombrereras, debe de tratarse de una fortuna… ¿Y qué sabemos en realidad de nuestra cliente?

—Claro, nosotros ignoramos lo que hay en las sombrereras —dijo Mason—. Sólo podemos…

El ascensor se detuvo, la puerta se abrió, y Mason acompañó a Della Street hasta su interior en silencio.

Corrieron hacia el lugar de aparcamiento. Mason sacó su automóvil conduciéndolo hábilmente por las calles, ganando tiempo siempre que podía, hasta llegar ante el edificio de dos plantas y enfilar la avenida.

El abogado aparcó su automóvil, ayudó a apearse a Della, y ambos subieron los escalones del porche.

Mason hizo sonar el timbre, y casi inmediatamente la puerta le fue abierta por un individuo de anchos hombros y aspecto bélico, de unos cuarenta y pico años, que le dijo bruscamente:

—¡No puede pasar!

—Permítame que me presente. Soy Perry Mason, abogado. Represento a Katherine Ellis, la cual según tengo entendido está dentro. Ésta es la señorita Street, mi secretaria. Quiero ver a mi cliente.

—¡No puede usted entrar!

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo —anunció una voz, y el hombre de anchas espaldas se hizo a un lado para dar paso a un hombre de malas pulgas que bloqueaba la entrada y que al parecer trataba de hacerse cargo de la situación.

—Soy Stuart Baxley —manifestó aquel hombre—. Soy amigo de

la familia. Sofía ha sido víctima de un crimen atroz y miserable perpetrado por Katherine Ellis, y yo propongo que la señorita Ellis pague su delito.

»Si desea hablar con su cliente puede hacerlo después de que llegue a la comisaría.

—¿Han dado parte a la policía? —preguntó Mason.

—Estamos dando parte.

—¿Es usted policía?

—Desde luego que no. Ya le dije quién soy.

Mason alzó la voz:

—¡Vamos, salga, Katherine! —gritó—. Va a venir conmigo.

—Ella no va a ir con usted —dijo Baxley.

—Sí.

—¿Por la fuerza?

—Si es necesario. Este caballero que está detrás de mí es un detective privado, el señor Levering Jordan, de Moffatt y Jordan, Investigadores. Está completando su investigación. Cuando la complete, pensamos hacer un arresto formal, ya sea por medio de la policía o un arresto civil.

Mason dijo:

—No trataré de entrar por la fuerza en su casa o en la de Sofía Atwood, pero voy a hablar con mi cliente.

Mason oyó pasos apresurados y luego, desde el fondo, la voz de Katherine Ellis:

—Aquí estoy, señor Mason.

Stuart Baxley dio media vuelta para dirigirse hacia ella.

Mason alzó la voz:

—¡Si pone un solo dedo encima de mi cliente, Baxley, le romperé el cuello! Vamos, Katherine, véngase aquí.

—Usted no puede hacer esto —gruñó Baxley.

Levering Jordan intervino:

—Cálmese, señor Baxley. El señor Mason es un abogado muy conocido.

—Bueno, él no puede romper el cuello a nadie —exclamó Baxley.

Mason sonrió.

—Puedo intentarlo.

—Nosotros somos dos —dijo Baxley a Jordan— y usted es un individuo bastante corpulento.

—Hay también cuestiones legales —advirtió Jordan en tono grave.

Mason volvióse para enfrentarse con Katherine.

—Vamos, Katherine. Camine hacia mí. Si alguien intenta detenerla, trate de zafarse y déjeme que la ayude. Ahora, pasemos a las formalidades legales. ¿Hay alguien que esté realizando un arresto civil?

—Yo estoy realizando una detención civil —declaró Baxley.

—Será mejor que se tranquilice, señor Baxley —le advirtió Jordan.

—De acuerdo —prosiguió Mason—, usted es un civil, ha realizado una detención; pero su obligación ahora es llevarla inmediatamente ante el juez más próximo y accesible. Ahora bien, como se da la circunstancia de que la detenida es cliente mía, yo la acompañaré. Vamos, Katherine.

—Oiga, aguarde un minuto, aguarde un minuto —solicitó Jordan—. Todavía tenemos que realizar un pequeño detalle de la investigación. La señorita Ellis ha sido un verdadero problema.

—¿En qué sentido? —preguntó Mason.

—Se niega a facilitarnos sus huellas digitales. Le he hecho ver que podremos conseguirlas en cuanto lleguemos a una comisaría.

—Vamos, Katherine —ordenó Mason—. ¿A qué está usted esperando?

Baxley hizo un movimiento como si fuera a bloquear la salida, pero Katherine Ellis lo esquivó por un lado y echó a correr hacia la puerta.

Jordan no hizo el menor esfuerzo para detenerla.

—¡Maldita sea, Jordan! —bramó Baxley—. ¡Cójala! ¡Sujétela!

Mason rodeó con su brazo la cintura de Katherine y la pasó a Della Street; luego volvióse para encararse con Baxley y Jordan.

—La señorita Ellis está ahora bajo mi custodia.

Baxley corrió hasta la puerta congestionado.

—¡Bueno, no irá a llevársela de aquí!

—¿Quiere apostar? —invitó Mason.

—Haga algo, Jordan. Maldita sea, haga algo —rugió Baxley.

—El señor Jordan —explicó Mason— no se siente demasiado optimista en este momento.

Jordan retrocedió para decir unas palabras en voz baja a Baxley.

Mason ordenó:

—Vamos, Kit —y volviéndose escoltó a Della Street y Katherine Ellis hasta el lugar donde estaba aparcado su coche.

Katherine se lamentó:

—No puedo marcharme así, señor Mason. No he sacado nada de mi cuarto… ni siquiera el cepillo de dientes. Yo…

—Y eso ¿qué importa? —opinó el abogado—. Hay cosas más importantes que un cepillo de dientes. Veo que lleva su bolso.

—Sí, pude cogerlo en medio de la refriega.

—¿Ha habido refriega?

—Verbal.

—¿Y qué dijo usted?

—No dije nada excepto lo que usted me aconsejó. Que no había cogido ningún dinero, que no iba a contestar ninguna pregunta como no fuese en presencia de mi abogado, porque era inocente de todo crimen y que ellos no tenían el menor derecho a interrogarme. Lo repetí una y otra vez.

—¡Buena chica!

—Está temblando como una hoja —dijo Della Street rodeando con su brazo los hombros de Katherine Ellis.

—Ya me he dado cuenta. Vamos a donde podamos hablar.

—¿A dónde? —preguntó Katherine—. ¿A su oficina?

—Está demasiado lejos —repuso Mason—. Seguiremos la carretera hasta el primer motel que encontremos. La registraremos allí, y luego veremos de obtener sus pertenencias. ¿Hoy no tiene que trabajar, Katherine?

—Esta noche, no. Le dije al señor Madison que iba a mudarme y me concedió fiesta.

—Está bien, buscaremos un motel —dijo Mason—. Creo que hay algunos en el paseo principal, al otro lado de esta carretera.

Mason ayudó a Della Street y a Katherine Ellis a acomodarse en la parte delantera de su automóvil y habló así:

—Iremos los tres delante, porque mientras conduzco podré hablar. Escuchadme las dos con atención a fin de que no tenga que

repetir explicaciones.

Cerró la portezuela del lado derecho, y yendo a ocupar el asiento ante el volante, puso en marcha el coche y lo hizo avanzar lentamente por entre la corriente del tráfico.

—Tal vez no tenga tiempo de explicarme con detalle porque es posible que den parte a la Policía y nos alcance cualquier patrulla. Tenga en cuenta, señorita Ellis, que cualquier declaración que me haga como abogado suyo o a la señorita Street, como mi secretaria, es confidencial.

»Ahora bien, la razón por la que tuve que pedirle que se negase a hacer declaraciones es que nosotros… los tres… sabemos que usted es culpable de haber hecho algo que no debía. Su curiosidad ha podido más que usted misma, y estuvo curioseando en ese armario, cosa a la cual no tenía derecho.

»En el instante en que tocó esa sombrerera se hizo vulnerable. Ahora dígame, ¿cuánto dice su tía que le ha desaparecido?

—Cien dólares.

—¿Qué? —exclamó Mason sorprendido.

—Cien dólares.

—¿De una sombrerera que estaba llena de billetes?

—Señor Mason, hay algo extraño. Esa sombrerera ya no está llena de dinero. Está vacía.

—¿Y qué hay de las otras sombrereras que estaban en el estante?

—Han desaparecido todas.

—¿Y ante una pérdida que puede ser de varios cientos de miles de dólares su tía Sofía sólo dice perder cien?

—Sí.

—¡Bueno, que me aspen si lo entiendo! —murmuró Mason entre dientes.

—Stuart Baxley vino a verla esta tarde. Ella le invitó a cenar y también me invitó a mí. Parecía como si quisiera hacer de Cupido. Se fue a su cuarto dejándonos solos durante diez o quince minutos. Luego, de pronto, comenzó a chillar diciendo que le habían robado.

»Baxley subió corriendo para ver lo que ocurría. Yo le seguí con paso más mesurado.

»Ella estaba de pie ante la puerta de su armario señalando el estante vacío y repitiendo una y otra vez: «Me han robado».

»Por fin Stuart consiguió calmarla y… bueno, pueden imaginarse cómo me sentía. Estaba presa de pánico.

Mason detuvo el coche ante un semáforo y dijo:

—Continúe.

—Stuart le preguntó cuánto le habían robado y ella dijo inmediatamente que le habían desaparecido cien dólares, que esta mañana había puesto cien dólares en la caja y que la sombrerera ahora estaba vacía.

—¿Y qué dijo de las otras sombrereras?

—Nada.

—¿Y qué dijo Baxley?

—¡Oh, el bueno de Baxley! —estalló Katherine Ellis—. Evidentemente está resentido conmigo desde que me vine aquí, y fue el primero en insinuar que yo había estado en casa y que tuve oportunidad de abrir el armario y coger el dinero.

—¿Cuánto tiempo ha estado en casa?

—Tenía la tarde libre y empleé buena parte de ella haciendo algunas compras personales. Luego fui a casa y recogí mis cosas. Tía Sofía vino a invitarme para cenar y yo acepté.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Luego tía Sofía me dijo que Stuart Baxley iba a venir a cenar.

—¿Le había conocido anteriormente?

—Sí, en pocas y breves ocasiones.

—¿Y qué sabe de él?

—Absolutamente nada.

—Dice que es amigo de la familia.

—Bueno, no es amigo de la familia porque no hay familia. Es decir, no la hay ahora… desde que mis padres murieron en ese accidente de automóvil. Pero no creo que mis padres lo conocieran siquiera. A papá no le gustaba escribir cartas, y tía Sofía era sólo un nombre para nosotros.

»Yo le escribía a tía Sofía cada quince días… cartitas ingenuas contándole lo que pasaba, porque no quería que se sintiera sola. Y ella me contestaba con breves misivas, en las que siempre me decía lo mucho que le gustaba saber de mí y cuánto significaba yo para ella, y luego continuaba escribiéndome sobre varios temas… sobre la música que escuchaba por la radio y que le había impresionado.

En realidad, me hablaba poco de sí misma; pero incluso así, jamás mencionó el nombre de Stuart Baxley.

—¿Cuánto tiempo estuvo con él? —preguntó Mason.

—No mucho. Tuvimos diez o quince minutos de conversación mientras tía Sofía estaba arriba. Aunque, parecía bastante evasivo.

—¿Le dijo a qué se dedicaba?

—Dijo que hacía inversiones y pequeñas finanzas de cuando en cuando. Yo pensé que trataba de no especificar su profesión.

—¿No le preguntó desde cuándo conocía a su tía Sofía?

—¡Oh, no! No le hice ninguna pregunta demasiado personal. Nuestra conversación fue intrascendente. Me preguntó si me gustaba estar aquí y dijo que tenía entendido que había buscado un empleo. Respondí que así era, y quiso saber por qué, y yo le manifesté que para mantenerme. Pareció asimilar mi declaración como algo de suma importancia. Ignoro por qué.

—Creo —consideró Mason pensativo— que descubriremos un poco más respecto a ese Stuart Baxley. Sepa usted que cabe la posibilidad de que sea una especie de fisgón.

—¿Qué quiere decir con eso?

Mason repuso:

—Pudo haber descubierto que su tía a pesar del aspecto mezquino, tiene una fortuna. Después de todo, una mujer que va a la compra en un taxi y lo hace esperar mientras entra en una tienda para comprar un artículo rebajado es un blanco vulnerable para la gente que le gusta aprovecharse.

»Existen personas que dan informes secretos a Rentas Públicas, y sí como resultado de dichos informes se descubren fraudes en los impuestos, consiguen una recompensa.

—Bueno —convino Kit—, ésa es precisamente la impresión que me ha producido ese hombre. Hay algo furtivo en él… algo en el modo de soslayar todas las preguntas personales y luego cambiar de tema.

»Me preguntó si me agradaba la cocina de tía Sofía, y yo le respondí que era una magnífica cocinera; pero que comía fuera desde que encontré trabajo. Me parece que estaba tratando de averiguar qué clase de comida servía, pero yo me figuraba que había estado allí cenando en otra ocasión.

—¿Sabe usted si su tía había preparado algo especial para la cena?

—No, no lo sé. Llegó en el autobús con varias bolsas de papel. Había ido al mercado. Ignoro lo que traía.

—¿Qué tomaba normalmente para cenar?

—Todo era muy, muy escaso. Compraba tres salchichas, las calentaba, y a mí me daba dos porque estaba creciendo y necesitaba alimentarme. Ella tomaba sólo una. De pan comíamos una rebanada untada con mantequilla y algo de verdura en lata; y eso era todo. Jamás pasé tanta hambre en mi vida como algunas noches de las vividas en esa casa antes de conseguir mi empleo.

—Bien —Mason quiso saber—: Después de que su tía descubrió el robo y lo dijo, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Baxley insistió a tía Sofía para que llamase a la policía. Y luego al decir ella que no quería que la policía se mezclase en sus asuntos, Baxley sugirió que conocía un detective particular que podría sacar las huellas dactilares de las sombrereras.

—¿Las sombrereras habían desaparecido? —preguntó Mason.

—Todas menos una. En el suelo había una caja vacía.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Stuart llamó a esa agencia de detectives. Oí el nombre. Es Moffatt y Jordan. Traté de comunicarme con usted y la línea estaba ocupada. Después todo empezó a ocurrir con mucha rapidez. Ese hombre, Jordan, llegó mostrándose muy rudo y exigente. Quiso tomar mis huellas digitales y yo me negué. Les manifesté que iba a llamarlo a usted. Entonces me amenazaron con llamar a la policía, y les manifesté que adelante; luego conseguí hablar con usted por teléfono y… bueno, ya conoce el resto.

Mason, que había conducido lenta y cautelosamente después de enfilar el paseo principal, giró hacia el motel Wolverine. Hizo que Katherine Ellis firmase en el registro, se identificó ante el gerente, y declaró:

—La señorita Ellis es mi cliente. Ésta es mi secretaria, Della Street. Vamos a estar un rato con la señorita Ellis.

—Completamente de acuerdo —repuso el gerente—. Lo reconocí en cuanto entró, señor Mason. Es un placer poder ofrecerle mis servicios en relación con cualquiera de sus casos.

—Gracias.

Fueron a la habitación que le habían asignado a Katherine Ellis, y tras sentarse un tanto violentos, Mason explicó:

—Tengo algunas noticias para usted, Katherine. He averiguado algo respecto al pasado de su tía. Sin embargo, creo mejor que no sepa lo que he descubierto… por lo menos de momento.

»Es muy probable que logre saber más referente a su tía, pero como estoy convencido que la policía tomará cartas en el asunto más pronto o más tarde, y creo que usted será interrogada, no quiero que diga ni una mentira. Por lo tanto, hay algunas cosas que será mejor que usted las desconozca.

»Ahora bien, nuestro punto vulnerable es que usted descubrió una caja llena de dinero. En el momento que usted lo admita ante la policía o ante cualquier otra persona, llegarán a la conclusión de que usted robó el dinero que su tía tenía escondido.

»La policía cesará inmediatamente en sus investigaciones y la presentarán como culpable.

»Por consiguiente, no quiero que diga a nadie la forma en que descubrió lo que había en el armario y, no obstante, tampoco quiero que mienta.

»Eso la coloca en una situación muy seria. Tiene que declarar que no hará ninguna declaración excepto a través de mí y en mi presencia.

»Ahora bien, eso, claro está, resulta muy sospechoso; de manera que voy a hacer que resulte más lógico: diremos que es usted una mujer muy sensible; que tiene usted un pasado cultivado; que no está acostumbrada al lado ruin de la vida, y que ha sido acusada de robo por Stuart Baxley y por su agencia de detectives; que va a demandarlos a los dos por difamación, y que la razón de que no hayamos hecho la demanda hasta el momento presente y la razón por la que yo no quiero que haga declaración alguna, es que usted ignora si va a incluir o no a su tía como defensa en este proceso, y que hasta que no lleguemos a una decisión, yo le he aconsejado que no haga declaración alguna a nadie.

Ella asintió.

—¿Cree que podrá arreglárselas? —le preguntó Mason.

—Vaya, claro que sí. No soy tonta, señor Mason. Al fin y al cabo,

tengo cierta educación. Yo declararé sencillamente que el asunto está en sus manos; que tiene usted intención de demandarlos, pero que existen problemas técnicos relacionados con la demanda y que no sabemos todavía si mi tía será una parte, y que me ha dicho que no haga declaraciones de ninguna índole hasta que usted me autorice.

—¡Buena chica! —alabó Mason.

Mason dirigióse hacia el escritorio donde cogió papel y sobre diciendo a Katherine Ellis:

—Ahora escriba una carta a Sofía Atwood. Dígale que yo soy su abogado; que se ha marchado debido a las amenazas de que ha sido objeto; que está usted a mi cuidado; que Della Street está autorizada para ir a su habitación, recoger sus cosas y traérselas, y que, si no puede recogerlas todas hoy en un solo viaje, volverá en otro momento; pero que necesita urgentemente algunas de sus pertenencias para esta noche.

—¡Cielo santo! —exclamó Katherine—, la echarán a patadas. No le permitirán…

—No van a echarme —dijo Mason—. Puede que nos impidan entrar, aunque no creo que lo hagan.

Katherine Ellis tras vacilar unos instantes, comenzó a escribir en el papel. Cuando hubo concluido entregó la nota a Mason.

—¿Está bien así? —preguntó.

Mason leyó la nota con atención antes de asentir.

—Póngale la fecha —le rogó.

Ella obedeció.

—¿Ha cenado? —quiso saber el abogado.

—No.

Mason le entregó un billete de veinte dólares.

—Necesitará algún dinero para sus gastos —comentó—. Aquí tiene, en el motel hay restaurante. Vaya y cene.

—No podría comer, señor Mason. Estoy demasiado preocupada. Todo mi interior se ha trastornado.

—Esto es magnífico —exclamó Mason—. Es una reacción normal. Relájese, trate de descansar y calmar sus nervios. Nosotros volveremos dentro de una hora poco más o menos.

El abogado se puso en pie, hizo una seña a Della Street, y

salieron ambos.

Desde el primer teléfono, Mason llamó a Paul Drake.

—Ha habido acontecimientos en lacasa de Sofía Atwood, Paul —dijo Mason al detective—. También puedo decirte ahora que mi cliente, Katherine Ellis, ha sido acusada de coger dinero de una sombrerera que estaba en un armario del piso superior. Ahora, quiero alguna información.

—Dispara —lo ayudó Drake.

—¿Qué sabes de Moffatt y Jordan, Investigadores?

—Es una agencia de detectives conocida —contestó Drake—. Están un tanto por encima del término medio en habilidad.

—¿Y ese Jordan será lo bastante hábil como para sacar las huellas dactilares de una sombrerera, Paul?

—Lo dudo —respondió Drake—. No se pueden sacar huellas dactilares del papel… sin utilizar vapor de yodo, e incluso así hay que tener suerte. Se necesita un laboratorio para hacerlo.

—Tengo noticias para ti, Paul. La Sociedad Macdonell de Corning, Nueva York, ha descubierto una nueva técnica. Se aplica polvo negro magnético a una superficie con tanta suavidad, que nada, excepto el polvo, toca la superficie. Luego el polvo es retirado magnéticamente, y el proceso es tan ingenioso que deja ver todas las huellas dactilares identificables en cajas de cartón, en papel… o incluso en una servilleta de Kleenex.

—¡Al diablo si lo hace! —dijo Drake—. Esto es nuevo para mí, y estoy completamente convencido de que Jordan no sabe nada de este sistema.

—Estuvo tratando de conseguir las huellas de Katherine —aclaró Mason.

—Pura rutina… probablemente fue un intento para que ella se viese acorralada y admitiese haber tocado un objeto —explicó Drake—. Eso es lo que tiene Jordan, tiene la mano un poco pesada. Se toma el trabajo como un guardaespaldas, y me han dicho que algunas veces es un poco rudo.

—Está bien —dijo Mason—. Sólo quería conocer tu opinión. Tal vez tenga que reclamar a la agencia cien mil dólares por difamación.

—¿Quieres que haga algo más respecto a Sofía Atwood? —

preguntó Drake.

—Ahora no —contestó Mason—. Llama a tu hombre dondequiera que esté, envíalo a casa, y mándame la cuenta.

—Lo haré —respondió Drake antes de colgar.

Mason regresó al automóvil donde le aguardaba Della Street.

## Capítulo 5

Stuart Baxley abrió la puerta.

Se quedó mirando con incredulidad a Mason y Della Street.

—¡Ustedes, aquí otra vez! —exclamó.

Mason sonrió.

—En persona. Queremos ver a Sofía Atwood.

—Sofía Atwood no puede ver a nadie por el momento.

—¿La respresenta usted? —preguntó Mason.

—No verá a nadie.

—¿Entonces le ha dicho a usted que no desea ver a nadie?

—Naturalmente que me lo ha dicho.

—¿Entonces está usted en contacto con ella?

—Eso es. Estoy en contacto con ella.

Mason continuó:

—Della Street, mi secretaria, tiene un permiso de Katherine Ellis, un permiso autorizando a la señorita Street a recoger ciertos artículos de uso personal de la habitación ocupada por ella.

—No puede entrar en la casa —contestó Baxley.

—Me gustaría oír esa negativa de la propia señora Atwood —insistió Mason—. Yo no le reconozco a usted autoridad alguna.

—Trate de entrar en esta casa y descubrirá mi autoridad —replicó Baxley.

—¿Debo entender que va a hacer uso de la fuerza para impedir que la señorita Street recoja esas ropas?

—Utilizaré la fuerza —anunció Baxley en tono beligerante.

Jordan, el detective privado, atraído por el ruido de las voces se adelantó y dijo:

—Señor Baxley, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Mi cliente —siguió Mason— ha sido objeto de molestias y

humillaciones. Ha sido acusada falsamente de un delito. Ha tenido que salir de la casa que habita sin sus ropas. Quiere sus vestidos. Si no me permite retirar esos vestidos, será un acto que agravará los daños. Si me permite cogerlos, será una circunstancia atenuante que beneficiará a la señora Atwood. Creo que ésta debiera conocer nuestra visita.

—Aguarde un momento, aguarde un momento —intervino Jordan—. Espere un minuto —y cogiendo a Baxley por un brazo se lo llevó donde no pudieran oírlos. Estuvieron hablando en voz baja por espacio de dos o tres minutos. Luego Baxley, al parecer de muy mal talante, desapareció, y Jordan fue hasta la puerta.

—Usted y la señorita Street pueden pasar, señor Mason —anunció—. Si usted aguarda en la biblioteca, yo indicaré a la señorita Street dónde tiene su habitación la señorita Ellis. Puede llevarse todo lo que desee, con tal que la autorización esté conforme. Claro que nosotros no asumiremos ninguna responsabilidad sobre lo que ustedes se lleven.

—Conforme —respondió Mason—. Aquí está la autorización.

Jordan la estudió durante unos instantes y luego la introdujo en su bolsillo.

—Esta autorización es para la señora Sofía Atwood —objetó Mason.

—Nosotros la representamos —replicó Jordan—. Pasen.

—Supongo que cuando usted se muestra dispuesto a que la señorita Street coja lo que quiera es porque usted ya habrá registrado la habitación de Katherine Ellis —sugirió Mason.

El detective sonrió.

—Es usted libre de sacar sus propias conclusiones.

Entraron en la casa. Mason fue a sentarse en la biblioteca, y Jordan escoltó a Della Street por la antigua escalera con su pasamanos tallado. Baxley estaba en otra parte de la casa.

Pocos momentos más tarde se oyeron unos pasos ligeros por la escalera y Mason se puso en pie al ver entrar a una mujer atractiva.

—¿Es usted el señor Mason? —le preguntó.

El abogado se inclinó.

—Yo soy Sofía Atwood.

—Celebro mucho conocerla —contestó el abogado—. A pesar de

que representamos intereses contrarios y de ser abogado. Preferiría que estuvieran aquí sus representantes legales cuando yo…

—¡Oh, calle! —le dijo—. Siéntese, señor Mason. Quiero hablar con usted.

—Estoy aquí como abogado de Katherine Ellis —aclaró Mason.

—Lo, sé, lo sé, lo sé. Está usted dispuesto a demandarnos por daños y demás. No me haga responsable de nada de lo que Stuart Baxley haya dicho.

—¿No la representa? —preguntó Mason—. Es decir, ¿no es su agente en este asunto?

—Está tratando de ser mi agente. Me aconseja diciéndome lo que debo hacer y lo que no debo hacer; pero yo voy a hacer lo que quiera, no lo que me diga nadie.

—¿De veras cree que Katherine Ellis le ha robado dinero? —le preguntó Mason.

—Bueno, eso es lo que ustedes los abogados llaman una pregunta capciosa —dijo sonriendo—. No voy a contestarla ahora. De todas formas lo que yo crea no cambia las cosas.

—Claro que esto es cuestión de pruebas —insinuó Mason—. Y cada ciudadano tiene derechos constitucionales, particularmente en relación con una acusación de crimen.

—Bueno —confesó Sofía—. No me importa decirle una cosa. He vivido sola mucho tiempo y supongo que eso me ha hecho recelar un poco de la gente y tal vez me ha vuelto un poco desconfiada.

»Yo tenía cien dólares en el armario dentro de una sombrerera. Yo tenía ese armario cerrado con llave. Alguien lo abrió para coger los cien dólares de la sombrerera. Me temo que al principio acusé a Stuart Baxley. Y aclaro, se indignó y él fue quien sugirió que Katherine es la que tuvo más oportunidad.

—En otras palabras, ¿enfocó las sospechas hacia Katherine y formuló una acusación? —preguntó seguidamente Mason.

—Vamos, otra vez haciendo preguntas capciosas —soltó Sofía—. No sé si me importa discutir el asunto, pero quiero recuperar mis cien dólares. Para una mujer de mi posición, cien dólares son una gran suma de dinero.

Sus ojos grises y agudos estaban fijos en el abogado a través de sus lentes con montura de metal.

—Una gran suma de dinero —repitió.

—¿Eran exactamente cien dólares? —le preguntó Mason.

—Exactamente cien dólares.

—¿Ha estado usted ahorrando mucho tiempo? —quiso saber Mason.

—Ahora no voy a discutir mi economía personal, pero le diré que he estado ahorrando algún tiempo. Tengo una libreta de ahorro en mi banco. Meto cada mes cinco dólares a plazo fijo, y tengo unos doscientos cincuenta dólares en esa libreta. Decidí hacer algunas compras. Quería comprarme unos vestidos, y saqué cien dólares en un solo billete. No quería llevar esa suma de dinero en mi bolso, de manera que lo puse ahí donde yo pensé que podía estar seguro… en esa sombrerera del armario.

—¿Y esta noche cuando fue a mirar el dinero había desaparecido?

—Exactamente. Y la sombrerera estaba vacía en el suelo… Tengo entendido que ese detective de Stuart Baxley va a sacar las huellas digitales de esa caja. Es decir, lo está intentando.

—¿Cuántas personas han tocado la caja? —preguntó Mason.

—Yo la he tocado, si es eso lo que quiere decir.

—¿Y cuando usted le llamó la atención a Baxley por el robo, éste la tocó también?

—La cogió del suelo para examinarla y ver si encontraba alguna pista, sí.

—¿Y el detective Jordan, la ha tocado?

—No, el señor Jordan no. La levantó con unas pinzas.

—De manera que usted sabe que las huellas de Stuart Baxley están en la caja —afirmó Mason.

—Sí.

—Entonces, si encuentran las huellas de Katherine Ellis, ¿usted descartará el hecho de que las de Baxley también están en la caja?

—Bueno, claro que él tiene derecho a que estén porque la cogió, mientras que Katherine no tenía absolutamente nada que hacer en mi armario.

—¿Y si Katherine fuese la que hubiera levantado la caja en su presencia y luego encontrase las huellas de Stuart Baxley, hubiera pensado que Baxley era el ladrón?

Ella le estuvo mirando unos instantes con sus penetrantes ojos grises y luego echándose a reír exclamó:

—Ustedes los abogados saben confundir a la gente. Yo sólo deseaba que usted supiera que estoy tratando de ser justa, señor Mason. Y hasta ahora no he acusado a Katherine de nada. Sólo le he expuesto los hechos.

—¿Puedo preguntarle cómo es que la representa Stuart Baxley?

—No me representa.

—Él dijo que sí.

—Lo desea, eso es todo. Me represento yo misma.

—¿Supongo que lo conoce desde hace algún tiempo? —preguntó Mason.

—Sí, hace algún tiempo.

—¿Qué significa «algún tiempo»?

—Significa cierto tiempo.

—¿Un año?

—No tanto.

—¿Un mes?

—Quizás.

—¿Y le faltan sólo cien dólares?

—Sí.

—¿Está segura de que es exactamente esta cantidad? —volvió a preguntar Mason.

—Sí. Ya le he dicho antes que se trataba de un solo billete.

—Sí investigan acerca del banco donde tiene sus ahorros, ¿facilitarán la misma versión?

—Desde luego que sí. Cuanto le digo, señor Mason, es la pura verdad. Yo aborrezco la mentira.

Se oyeron pasos en la escalera, y apareció Della Street, seguida de Levering Jordan que llevaba una maleta. Della traía un bolso de mano.

Della Street dijo:

—He recogido algunas cosas que necesitará de momento, sus cosméticos, ropa de noche y lo bastante para unos pocos días.

—Bueno, ella puede venir a hacer balance de sus cosas en cualquier momento —ofreció Sofía Atwood.

—Ésa es mi secretaria, señorita Street. La señora Atwood.

Sofía Atwood se levantó y acercándose a Della Street la estudió de cerca.

—Celebro mucho conocerla, señorita Street —dijo tendiéndole la mano.

Della Street dejó el maletín en el suelo para poder estrechar la mano de Sofía Atwood.

—Gracias. El gusto es mío. Esperaba encontrarla… bueno, bastante alterada emocionalmente.

—Lo estoy —repuso la señora Atwood—, pero espero que eso no afecte mi juicio ni mis modales. Es usted una joven muy bonita, señorita Street. Buena apariencia y buen lenguaje.

—Gracias de nuevo, señora Atwood.

Ésta se volvió hacia el abogado.

—Señor Mason —inquirió—, ¿es usted el abogado de Katherine?

Mason asintió con la cabeza.

—No sabía que Katherine conociera a ningún abogado aquí.

—A mí me conoce.

—¿Antes de que usted viniera aquí?

—Oh, sí.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

—Algún tiempo.

La señora Atwood se echó a reír.

—Es usted muy listo. Ahora le preguntaré cuánto tiempo es «algún tiempo».

Mason dijo con sequedad:

—Cierto tiempo.

—Y ella le telefoneó inmediatamente… en cuanto tuvo oportunidad de llegar al teléfono.

—Mucha gente me telefonea, y a todas horas —repuso Mason.

—Me figuro que sí. Bueno, señor Mason, comprendo su posición. No quiere hablar conmigo por si puedo ser parte contraria en litigio cuando usted represente a Katherine, pero quiero decirle que en ningún momento he acusado a Katherine de ningún delito. Yo sólo he expuesto los hechos. Tenía cien dólares que retiré de mi libreta de ahorros en el banco, y los puse en la sombrerera en un estante de mi armario. Cuando fui a abrir el armario, la sombrerera estaba en el suelo y el dinero había desaparecido.

—¿Stuart Baxley no es su agente? —le preguntó Mason—. ¿No la representa?

—¡Cielos, no!

—Gracias —repuso Mason.

Ella sonrió.

—Bueno, ya le he hablado bastante, señor Mason, sólo quiero dejar bien claro que nada tuve que ver con los acontecimientos que impulsaron a Katherine a marcharse.

—Puede recoger sus cosas cuando quiera. ¿Confío en que le llevará usted lo suficiente para unos días, señorita Street?

—Creo que sí.

—Katherine tiene un empleo, y creo que es importante que lo conserve. En mi opinión, el trabajo es la mejor medicina de la tierra. Yo quería que encontrase algún trabajo. Puede que yo haya ejercido cierta presión para que lo buscase. Bueno, basta ya. Comprendo que esté usted ansioso por reunirse con su cliente y llevarle sus cosas. Me imagino cómo se sentirá la pobre Kit. Dígale que su tía Sofía le manda recuerdos y sus mejores deseos.

—¿Y puedo decirle también que está convencida de que no ha tenido nada que ver con el robo del dinero de la sombrerera?

—¡Eso no! —exclamó Sofía Atwood—. No estoy prejuzgando a nadie como culpable o inocente. Los hechos son los hechos, como siempre digo, y no se puede discutir con los hechos. Pero puede estar seguro de que no haré acusaciones. No haré ninguna acusación hasta tener pruebas para sustentarla.

—¿Stuart Baxley es el responsable de haber contratado a ese investigador privado? —preguntó Mason.

—Daré mi testimonio cuando esté ante el juez, joven —aclaró Sofía Atwood con ojos brillantes—. Entretanto ya le he dicho lo que puede decirle a Kit.

»Y ahora, excúseme, porque al fin y al cabo éste ha sido un día de prueba y ya no soy una mujer joven.

E inclinándose sonrió al tiempo que decía:

—Por aquí, por favor —y escoltó a Mason y Della Street hasta la puerta.

—¿Y bien? —preguntó Della Street mientras Mason subía la maleta al automóvil.

—Astuta como una zorra —afirmó Mason—. Puedes imaginarte lo ocurrido. Ella tenía una fortuna en metálico guardada en ese armario. O alguien la ha robado, o ella tiene razones para creer que Kit descubrió el dinero y quizá siente el temor de que la muchacha la denuncie al Departamento de Rentas Públicas.

»Por lo tanto, ¿qué hacer? Coge todo lo que tiene en casa y lo esconde, va al banco donde tiene en su libreta de ahorros doscientos cincuenta dólares, saca cien de ellos para que conste que los ha retirado, luego tira esa sombrerera al suelo y empieza a gritar que la han robado.

—¿Entonces no crees que alguien… tal vez Stuart Baxley… descubriera el dinero y lo robara?

—En ese caso —adujo Mason—, Sofía Atwood actuaría muy distintamente de como lo hace ahora. Una mujer no se resigna a perder todo su dinero sin llamar a gritos a la policía y tratar de localizar al culpable para recobrar por lo menos algo de su fortuna.

—¿Incluso aunque ello le traiga problemas con los inspectores? —preguntó Della Street.

—Aunque ello signifique muchos problemas con esa gente —sostuvo Mason—. Ella trataría primero de recuperar lo que pudiera, y luego discutiría los impuestos sobre la renta.

—Entonces en otras palabras. ¿Sofía está representando una comedia?

—La evidencia así lo indica —afirmó Mason—. Contando, claro está, con que Katherine Ellis nos haya dicho la verdad.

—Hemos tenido clientes que nos han mentido —observó Della Street.

—Lo han hecho —convino Mason con sequedad.

Regresaron al motel, y Mason repitió a Katherine la conversación sostenida con Sofía Atwood.

La joven le escuchó con atención mientras iba sacando sus cosas de la maleta.

De pronto se volvió a Della Street.

—¿No vio usted una falda plisada en un colgador con una blusa rosa?

—¿La quería? —inquirió Della Street—. ¿Debí haberla traído?

—Esperaba que lo hiciera. Estuve a punto de telefonearle, pero

no importa, tengo otras prendas. Y también me gustaría tener mis zapatos de piel de cocodrilo. Son mis zapatos de trabajo… No importa, iré con estos negros que ahora llevo puestos.

—Recuerde que tía Sofía se muestra muy cordial —le dijo Mason—. Dice que puede usted ir a buscar el resto de sus cosas cuando quiera. Aunque yo considero una buena idea el que tenga un testigo presente cuando vaya. Será mejor que la acompañe alguien.

»Me puede localizar a cualquier hora de la noche a través de la Agencia de Detectives Drake. Permanece abierta las veinticuatro horas del día.

»Ahora, olvide todo esto y trate de dormir.

—Trataré de dormir —afirmó la muchacha—. Pero nunca lo olvidaré.

—Haga lo que pueda —aconsejó Mason dándole una palmadita en el hombro—, y ténganos al corriente.

Y volviéndose a Della Street le hizo una seña con la cabeza.

# Capítulo 6

Al día siguiente, poco después de mediodía, Drake llamaba a la puerta de la oficina de Mason con su morse acostumbrado.

Della Street le abrió la puerta y Drake dijo:

—Tengo un par de informes que darte, Perry. Pensé que te interesarían y vengo para que los conozcas.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—Informe uno: Sofía Atwood decía la verdad. Retiró cien dólares del Banco Nacional Sunset donde tiene su libreta de ahorro. Los había ido depositando a razón de cinco dólares al mes. Luego fue allí y retiró cien dólares pidiendo que le entregasen un solo billete de cien.

Mason frunció el ceño.

—De modo —continuó Drake—, que podría parecer quizá que Sofía estaba preparando la escena para un robo, y deseaba que fuese un robo de una cantidad precisa.

—Ésa es una explicación —observó Mason—. ¿Cuál es la otra novedad, Paul?

—Bueno, esto puede que nada tenga que ver con este asunto — opinó Drake—. Tal vez sea sólo una opinión predispuesta, pero he estado hablando con la encargada de la Compañía de Manufacturas Gillco.

—Continúa.

—No es siempre la misma mujer —comentó Drake.

—¿Qué?

—Eso es lo que me dijo la encargada —se excusó Drake.

Mason se irguió en su butaca.

—Claro que —prosiguió Drake— mi informador puede que se equivoque; pero parece una persona bastante observadora. Dice que

hay dos mujeres que venden lápices; que las dos se parecen y visten igual, que usan gafas oscuras, simulando ser ciegas… y que se abren camino con la ayuda de un bastón, y que llegan a su trabajo en taxi. Pero esta joven insiste en que las descubren sus zapatos; que una de ellas tiene un juanete en la base del dedo gordo del pie derecho, y tiene que llevar un zapato hecho a medida. La otra tiene los pies perfectos y va perfectamente calzada.

»Ella las ha bautizado. A una la llama señora Juanete, y a la otra, señora Buen Pie.

—¿No ha comunicado a nadie sus observaciones? —preguntó Mason.

—A la telefonista que se ocupa de las llamadas de la centralita.

—¿Hablaste tú mismo con la telefonista?

—Cielos, no. Se prepara una reunión de mayoristas y alguno de ellos trata de armar jaleo. Las líneas del teléfono están muy ocupadas.

—Paul, quiero que envíes un hombre a la Compañía de Manufacturas Gillco y averigües lo de esa segunda persona. Conocemos a una de ellas. Ahora quiero conocer la identidad de la segunda.

»Sin embargo, no cometas el error de hablar con los conductores de los taxis, porque pueden dar parte. Creo que descubriremos que cada una de esas mujeres tienen un chófer regular que la lleva y la va a recoger al trabajo. Tal vez sea el mismo para las dos.

»Lo que yo quiero es tener a un buen empleado con coche y hacerle seguir al taxi cuando lleve a esa mujer a su casa. Si es que son dos descubriremos dónde vive la segunda… ¿Por qué sonríes?

Drake contestó:

—Eso ya está hecho.

—¿Cuándo? —preguntó Mason.

—Hace cosa de una hora.

—Buen trabajo, Paul.

—En cuanto descubrí que se trataba de dos mujeres, llamé a la oficina y pedí que viniera un empleado con coche. Le dije que se quedara allí hasta que la mendiga ciega apareciese, y que luego la siguiera hasta su casa.

»¿Esa joven que se hospeda en casa de la señora Atwood, una

sobrina suya que se llama Katherine Ellis, es nuestra cliente?

Mason reflexionó unos instantes y luego contestó:

—Katherine Ellis… Kit, para abreviar…, es una camarera de uno de los restaurantes de Madison Milestone. El Milestone de Midtown. Es mi cliente, pero no tuya. Yo me hago cargo de los gastos de este caso… por lo menos de momento.

—¿Clase? —preguntó Drake.

—Mucha —contestó Della Street.

Drake observó.

—Este caso puede ser más complicado de lo que parece, Perry. Sería mejor que conociera a tu cliente.

Mason sonrió.

—La conocerás, Paul… es decir, si hay nuevos acontecimientos.

Drake abandonó la oficina y Mason dijo a Della Street:

—Telefonea al Midtown Milestone de Madison, y pregunta por Kit Ellis. Diles que es una llamada de negocios y pregunta si puede ponerse al teléfono. Si no puede, déjale recado de que llame a la oficina de Mason.

Della Street hizo la llamada, formuló su petición y luego dijo:

—Comprendo. Gracias. Dígale que llame a la oficina del señor Mason, si es tan amable, haga el favor… No puede… Comprendo… Gracias.

Della Street dejando el teléfono se volvió a Mason y explicó:

—Está de servicio. Las camareras no pueden atender a las llamadas telefónicas cuando están de servicio ni pueden darles ningún recado.

Mason contestó:

—Te diré lo que vamos a hacer, Della; vamos allí a comer y le pedimos al maitre que le asigne nuestra mesa. Eso nos dará oportunidad de ver lo que está haciendo.

»Y tú puedes telefonear a Tracy, Della. Ya sabes, ese que tiene un establecimiento de coches usados. Dile que tengo un cliente que va a necesitar un medio de transporte; que probablemente comprará un automóvil dentro de los próximos treinta años, pero que me gustaría que le permitiera usar un automóvil usado durante cinco o seis días para que pueda ir de un lado a otro sin tener que tomar el autobús a todas las horas del día. No es demasiado seguro para una

mujer coger esos autobuses de medianoche.

Della Street asintió diciendo:

—El número de fichero de este caso es treinta y dos, veinticuatro, treinta y dos.

—¿Qué es eso? —preguntó Mason.

Della Street sonrió.

—Sólo observaba que unas personas tienen más suerte que otras.

—Oh —exclamó Mason—. Ahora te comprendo. Bueno, es posible que tengas razón, Della.

—Ya lo creo que tengo. ¿Quieres pedirle a Paul Drake que coma con nosotros?

Mason vaciló un momento y luego sonrió al decir:

—No, Della. Veamos si Drake está comiendo en el Milestone de Midtown. Creo que sería agradable encontrarnos allí con él.

—Treinta y dos, veinticuatro, treinta y dos —dijo Della Street marcando las cifras en el teléfono—. Vamos a ver si está el señor Tracy.

# Capítulo 7

Mason dijo al maître:

—Queremos comer. ¿Podemos ocupar una de las mesas de Kit Ellis?

El maître vacilaba.

—Ahora están todas llenas; si aguardan a que se desocupe alguna… ¿Es usted Perry Mason, verdad?

—Sí —afirmó el abogado.

—Lo sé —agregó el maître—. Amigo del dueño. Veré lo que puedo hacer, señor Mason; pero nosotros asignamos las mesas a las camareras, no las camareras a las mesas. De esa forma hacemos que el trabajo de una camarera se concentre en una zona determinada; así facilitamos la labor en beneficio del cliente y de la camarera. Aquí vienen a comer muchos hombres de negocios. Es muy importante para nosotros, pues a muchísima gente le gusta dejar la oficina, comer, y poder regresar a ella antes de una hora; de manera que procuramos organizamos sobre una base eficiente.

—Lo sé —repuso Mason—. ¿Cómo están las mesas de Ellis… todas ocupadas?

—Sí, todas. Hace pocos minutos entró un hombre que quiso una de sus mesas… la única que quedaba libre.

—Aguardaremos —decidió Mason.

—De acuerdo. Los acomodaré en cuanto quede la primera libre, pero tal vez sea dentro de diez o quince minutos.

—Iremos a sentarnos al bar. Avísenos cuando tenga la mesa.

—Está bien, así lo haré —replicó el maître.

Mason abrió la marcha hacia el bar.

—Nada de combinados —precisó Della Street meneando la cabeza con energía—, esta tarde me quedaré dormida con la cabeza

apoyada sobre la máquina de escribir.

Mason asintió.

—Es sólo un buen sitio para sentarnos y aguardar, Della. Tomaremos limonada.

Se sentaron en el bar. Mason hizo el pedido, y cuando estaban a mitad de sus limonadas, anunciaron por el altavoz:

—La mesa del señor Mason está lista.

Della Street se quedó mirando con pena su limonada… y luego, utilizando la pajita, pescó la guinda y la rodaja de naranja.

Mason terminó su bebida y luego escoltó a Della hasta el restaurante.

El maître los acompañó a una mesa.

Kit Ellis acudió a atenderlos.

—Buenas tardes —saludó y luego entregó a Della Street y Mason sendos menús.

—Las escalopas son muy buenas —aseveró Kit—. Se las recomiendo.

—Entonces escalopas —decidió Mason.

Della Street asintió con la cabeza.

Cuando Kit se hubo alejado, Della Street se acercó más a Mason para decirle:

—¿Has observado algo de particular, jefe?

—¿Como qué? —preguntó Mason.

—Los zapatos —aclaró Della Street.

—¿Qué pasa con sus zapatos?

—Que lleva zapatos de piel de cocodrilo —replicó Della—. Recuerda que la noche pasada llevaba zapatos de piel negra y me preguntó si le había llevado los zapatos de cocodrilo. Dijo que ésos eran los que usaba para trabajar. Yo no se los llevé. Acuérdate de lo que dijo, que se pondría los negros; pero que no eran tan cómodos. Debe haber pasado por la casa para recogerlos.

Mason frunció el ceño:

—Eso sería un nuevo acontecimiento. En ese caso debe de haber vuelto a ver a su tía, y eso pudiera tener un peso considerable en el caso.

—¿Quieres preguntárselo? —inquirió Della Street.

Mason frunció el ceño.

—Esperemos a que ella nos lo cuente —respondió.

Kit pasó apresuradamente junto a su mesa llevando una bandeja.

Los ojos de Mason estaban fijos en sus zapatos de cocodrilo mientras ella pasaba.

Della, leyendo sus pensamientos hizo este comentario:

—Es evidente que Madison les suministra las batas que llevan bordado el nombre del restaurante. Se las ponen encima de sus ropas de calle. Tiene una máquina que borda un retazo con sus nombres y que luego se cose a la bata.

Mason asintió.

—Claro que eso en cuanto a los uniformes se refiere —agregó Della Street—. Debajo de la bata pueden llevar su ropa o quitársela, pero las medias y los zapatos son los mismos que llevan por la calle.

—Opino que tendrán sus armarios para sus ropas —afirmó Mason—. Esas batas deben ser demasiado pesadas para llevarlas encima de un traje normal.

Della Street miró fijamente más allá de Mason exclamando:

—¡Fantástico! Ahí llega Paul. Apuesto a que está buscando nuestra ficha «Treinta y dos, veinticuatro treinta y dos».

Mason sonrió.

—No, nos busca a nosotros —sentenció Della Street—. Ya nos ha visto. Y viene hacia acá.

Paul Drake se acercó a su mesa.

—Hola, Paul —saludó Mason—. Siéntate. ¿Has comido?

—Todavía no —repuso Drake—. Me figuré que os encontraría aquí.

—¿Algo nuevo? —preguntó Mason.

—Hay un informe de mi empleado que está ahora en la Compañía Gillco —informó Drake—. Afirma que la vendedora de lápices ciega está ahora en su puesto. Yo le había dado instrucciones para que se fijara especialmente en sus pies. Dice que es la señora Juanete. Tiene un juanete muy pronunciado en el dedo gordo del pie derecho.

Della intervino:

—Entonces es otra mujer. Ayer tuve ocasión de fijarme en Sofía Atwood. Tiene unos pies y unos tobillos muy bonitos.

—Paul, ¿cómo te mantienes en contacto con tus hombres en un

trabajo de esta clase? —preguntó Mason.

—Como ya dije antes, algunos de los coches tienen teléfono. Así mis hombres pueden llamar directamente a la oficina. Pero, la mayoría de automóviles que utilizamos para seguir son corrientes y vulgares, que es el término medio que podemos conseguir. Adquirimos un coche popular que tenga tres o cuatro años de vida, sin marcas que lo distingan, lo conservamos un par de años, y luego lo cambiamos por otro. Los cambios los hacemos en Automóviles Tracy Mart.

—Quiero que mi amigo Tracy me proporcione un coche usado para mi cliente de este caso —solicitó Mason—. No quiero que vaya por la ciudad de noche tomando autobuses.

Drake interrumpió a Mason para decirle:

—Tratas muy bien a tus clientes. ¿Qué dirán los inspectores de tasas?

Mason sonrió.

—Deja que Della Street maneje esta parte del asunto, Paul. Tiene una ristra de cifras que utiliza para describir el estado de cuentas.

Drake alzó las cejas.

—Treinta y dos, veinticuatro, treinta y dos.

Drake echando la cabeza hacia atrás se puso a reír.

Kit trajo las escalopas y Mason dijo:

—Quiero un buen ketchup, Kit, no esa salsa sintética que acostumbran a servir con las escalopas… y éste es Paul Drake de la Agencia de Detectives Drake. Comerá con nosotros.

Durante la presentación Drake observaba a Kit Ellis con evidente aprobación.

—¿Qué es lo que tienen a punto que sea bueno? —preguntó.

—Yo le recomendaría las escalopas o un bocadillo de ternera caliente. Las dos cosas son buenas. El bocadillo es lo más rápido.

—Pues tráigame un bocadillo de ternera caliente, haga el favor —pidió Drake.

Cuando Kit regresó con la salsa ketchup, Mason le manifestó:

—Estoy en tratos para adquirir un coche para unos días, Kit. Tengo un amigo en un negocio de automóviles de segunda mano y trato de encontrar algo que le convenga. No será nada lujoso, pero sí un buen medio de transporte. Y mientras esté usted en el motel

quiero que lo utilice. Está demasiado lejos de la parada del autobús para mi gusto. Particularmente en los últimos viajes de la noche.

—Oh, señor Mason, cómo podré jamás… No creo que pueda permitirme el lujo de conducir mi propio automóvil. Yo…

—Éste no será suyo —replicó Mason—. El depósito estará lleno de gasolina. Este coche es un préstamo que le hago. ¿Sabe usted conducir, supongo?

—Oh, sí. Yo tenía coche hasta… bueno, hasta que tuve que venderlo —declaró dando media vuelta rápidamente para ir al mostrador de la cocina en busca del bocadillo de Drake; y una vez lo hubo servido se alejó.

Mason dirigiéndose al detective quiso saber:

—Los empleados tuyos que no tienen teléfono en el automóvil, Paul…, ¿cómo hacen para comunicarse con la oficina?

—Pues, un hombre no puede permanecer indefinidamente sentado en un automóvil —repuso Drake—. De cuando en cuando ha de atender a sus necesidades, y cuando esto ocurre, telefonea. Claro que corre el peligro de perder a su objetivo mientras tanto; pero es la única forma en que se puede hacer, siendo la naturaleza humana como es. Si uno desea una vigilancia auténtica y total, se necesitan dos hombres en sendos automóviles, y eso resulta caro.

»Sin embargo, le sorprendería las raras veces que se pierde a la persona vigilada. ¡Este solomillo está realmente bueno!

Mason asintió con la cabeza.

—Madison trabaja bien. Dice que rara vez tiene que cambiar de cocinero. Procura tenerlos contentos y satisfechos. ¿Ese empleado tuyo es el mismo que siguió ayer a Sofía Atwood?

—El mismo —repuso Drake.

—¿Tiene alguna sospecha de que no sea la misma persona?

—Se lo pregunté. Él cree que se trata de la misma persona, pero yo le advertí que observara los pies con atención. Lleva consigo unos prismáticos, y afirma que tiene un juanete en el pie derecho.

—Entonces no es Sofía Atwood —exclamó Della Street con seguridad.

—Está bien —decidió Mason—, envía otro hombre más, Paul. No podemos perder de vista a esa mujer. Pon a dos hombres tras ella para que podamos estar seguros de averiguar quién es y a

dónde va.

Drake terminó su bocadillo apresuradamente, al mismo tiempo que decía:

—Dejaré que pagues tú, Perry. Yo voy corriendo a la oficina a poner a otro hombre sobre la pista.

—Te despediremos de Kit —aseguró Della sonriente.

Drake extrajo de su bolsillo medio dólar y lo puso debajo de su plato.

—Le diré adiós de este modo y lo cargaré en la cuenta de gastos.

Della Street y Mason terminaron de comer, tomaron un sorbete de postre y regresaron a la oficina.

Poco después sonó en la puerta la llamada peculiar de Drake.

Della lo hizo pasar y Paul con el rostro grave dijo:

—Ha habido acontecimientos, Perry.

—¿Qué?

—Acabo de enterarme. Sofía Atwood está en el hospital en un estado bastante crítico.

—¿Cómo ha sido?

—Alguien entró anoche en la casa, quizás alrededor de medianoche, y la golpeó con una linterna… una de esas grandes de cinco lámparas… dejándola inconsciente. La policía descubrió el crimen hará cosa de media hora cuando Stuart Baxley fue a la casa.

»Como nadie respondía a las llamadas que hizo en la puerta principal, fue a la parte de atrás de la casa. Dice que encontró la puerta abierta de par en par. Esto despertó sus sospechas y entró descubriendo a la señora Atwood sin sentido en el suelo del dormitorio. La linterna que evidentemente había sido utilizada como arma, estaba caída a su lado con el cristal roto. Los médicos dicen que tiene hematoma interno.

—¿Sigue con vida? —preguntó Mason.

—Al parecer sigue con vida todavía, pero está sumida en un coma profundo.

—¿Cómo te enteraste? —quiso saber Mason.

—Tengo algo que confesarte, Perry —respondió Drake—. En cuanto llegué a la oficina, y sabiendo que la mujer de la Compañía de Manufacturas Gillco no era la señora Atwood, envié a un empleado para que vigilase a Sofía Atwood. Le dije que se llegara a

su casa fingiéndose un corredor ambulante, que dijese que una vecina le había dado el nombre de la señora Atwood y que tratase de venderle una enciclopedia o algo por el estilo. Todos nuestros hombres tienen una serie de libros y una fórmula explicativa para emplearla en ocasiones como ésta. Te sorprenderías, Perry. Algunas veces hasta conseguimos algún pedido.

—¿Y qué ocurrió?

—Mi hombre llegó en el momento en que acababa de marcharse la ambulancia. La policía estaba todavía allí, y él consiguió que le contasen lo que había ocurrido. Fue a un teléfono y me avisó.

—Está bien —manifestó Mason—. Este asunto es más profundo de lo que había imaginado. Debí comprenderlo cuando hubo esa discrepancia en la suma de dinero en efectivo…

El abogado se interrumpió de improviso.

—¿Algo que yo ignoro? —preguntó Drake.

—Algo que ignoras —asintió Mason— y que no quiero que sepas. Tengo el presentimiento en este caso de que nos aguardan muchos problemas.

»Paul, vayamos a la Compañía de Manufacturas Gillco para entrevistar a la mujer que está allí vendiendo lápices. ¿Tienes algún aviso de que se haya marchado?

Drake meneó la cabeza.

Mason se volvió a Della Street.

—Tú quédate aquí, Della. Telefonea a Tracy y dile que quiero que tenga el coche preparado para enviármelo a las siete y media de esta tarde. No menciones lo de los zapatos a nadie, y yo regresaré en cuanto pueda.

—¿Zapatos? —preguntó Drake—. ¿Qué zapatos?

—Herraduras, que son los zapatos de los caballos y traen buena suerte. Vamos, Paul.

# Capítulo 8

La Compañía de Manufacturas Gillco estaba ubicada en un distrito donde diversas factorías tenían espacio suficiente para proporcionar zonas cercadas de aparcamiento a sus empleados. El edificio era de tres plantas de estilo funcional. Drake encontró un lugar donde aparcar junto a la acera, y acompañado de Mason penetraron en el vestíbulo donde una mujer atractiva de unos treinta y tantos años se hallaba sentada ante el mostrador de recepción. Tras ella había una centralita donde un empleado desplegaba gran actividad moviendo clavijas para intercambiar líneas.

Drake exclamó:

—Hola, ya estoy aquí otra vez, y ahora traigo a un amigo.

Ella se echó a reír.

—¿Todavía sigue interesado en la ciega que vende lápices? ¿Quién es usted… un agente que trata de detenerla por mendigar o algo parecido?

—No —explicó Mason—, sólo somos curiosos.

—Sí, lo comprendo —repuso ella—. Sólo curiosidad ociosa trae aquí a dos altos ejecutores para… Oiga, ¿no es usted Perry Mason, el abogado?

Éste asintió.

—¡Vaya, esto me huele a chamusquina! ¡No me diga que esa mujer está complicada en un caso de asesinato!

—Puede ser un testigo —contraindicó Mason—. ¿Dónde está?

—¿No está ahí fuera?

Drake meneó la cabeza.

—No está en el lugar acostumbrado.

—Entonces debe haberse ido. Sé que estaba ahí hará cosa de

media hora.

—¿Dentro de esta propiedad? —preguntó Mason.

—Junto a la pared donde termina la compañía de manufacturas. En realidad está fuera de la jurisdicción de la ciudad y en una propiedad privada. El señor Gillman dijo que la dejara estar ahí… para que le trajese suerte.

—¿Cómo puede ganarse la vida vendiendo lápices aquí? —preguntó Mason.

—Es que son lápices buenos. También tiene algunos bolígrafos… de excelente calidad… bastantes empleados se detienen a comprarle. Se asombraría. Algunas veces creo que hace bastante negocio, pero, desde luego, no lo bastante para viajar en taxi.

—¿Y de qué otra manera conseguiría llegar hasta aquí? —preguntó Mason—. Difícilmente podría tomar el autobús. Siendo ciega no puede andar, y es más barato ir en taxi que alquilar un coche con chófer.

—Lo sé —aceptó la mujer—. Una vez le pregunté por qué venía en taxi y obtuve la misma respuesta. También me dijo que las compañías de taxis hacen un precio especial a los ciegos que tienen que trasladarse a distintos sitios… o lo hacen los taxistas o algo por el estilo. Sea como fuere dijo que le hacían un precio especial.

—¿Cuánto tiempo lleva viniendo aquí?

—Poco más de dos semanas.

—Me dijo el señor Drake que usted reparó en sus pies —observó Mason.

—Es cierto. En realidad se trata de dos mujeres. Una de ellas tiene los pies bonitos. La otra tiene el píe izquierdo bien, pero en el derecho tiene un juanete.

—¿Cuándo lo observó usted?

—Oh, yo suelo fijarme en todo. Dígame… le estoy dando muchas informaciones. No sé si le agradaría o no al señor Gillman…, ¿quieren hablar con él y preguntarle si está de acuerdo? No me gusta… Bueno, sé que al señor Gillman no le agradaría que yo dijese algo que atrajese una atención desmedida hacia la compañía.

—Quizá —dijo Mason—. ¿Podremos subir a su oficina?

—Aguarden un momento —dijo cogiendo el teléfono.

Estuvo aguardando unos treinta segundos antes de conseguir línea y luego pidió:

—Con la oficina del señor Gillman, por favor… Oiga, ¿podría el señor Gillman recibir al señor Perry Mason, el abogado?

Instantes después sonrió a Mason.

—Lo siento, el señor Gillman está ocupado, hay otras visitas que aguardan para verlo y tiene que hacer una serie de llamadas telefónicas durante las dos horas siguientes. En esta época del año está muy ocupado.

Dejó el teléfono en su sitio y miró interrogadoramente a Paul Drake.

—¿Y usted, señor Drake, también es abogado?

—Detective privado —replicó Mason—, y trabaja para mí en un asunto.

—¿En el que está complicada la mendiga ciega?

—No lo sabemos —puntualizó Mason—. Tenemos algunas pistas que señalan esa dirección. Esto es todo lo que sabemos y nos gustaría averiguar más cosas sobre ella. Pero por favor, no le diga que estamos investigando.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Qué misterioso!

Bruscamente miró hacia un joven que acababa de entrar corriendo y que llevaba un maletín.

—El señor Gill… —comenzó, pero la recepcionista le interrumpió.

—Adelante, señor Deering. Lo está esperando.

Se volvió hacia Mason mientras el joven iba hacia el ascensor.

—¿Es algo importante?

Mason sonrió inclinándose.

—Es sólo una cuestión de rutina. Muchísimas gracias. Nos ha sido de gran ayuda.

—Me dejan ustedes en el limbo —protestó.

Mason rió de buena gana.

—No se preocupe. La citaremos como testigo.

Ella hizo una exagerada mueca de disgusto.

—Hágalo y lo mato —amenazó.

Mason y Drake salieron del vestíbulo intercambiando miradas significativas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Drake.

—Es evidente que se ha marchado y que tus dos empleados la están siguiendo. Vamos a una cabina telefónica, Paul, y veamos si han dado algún informe.

—Bien, las cosas ciertamente toman un cariz especial —opinó Drake—. Mira, Perry, tú sabes algo que yo ignoro respecto a este caso. Referente a cierta suma de dinero.

—Es posible —repuso Mason.

—¿Vas a decírmelo?

—No.

—¿Por qué?

—Es mejor que sepas sólo lo que yo te diga respecto a este caso —argumentó Mason pensando sus palabras con sumo cuidado—. Voy a decirte esto… la recepcionista se ha dirigido a ese joven que ha entrado llamándolo Deering. Si por casualidad su primer nombre es Hubert, podría ser muy significativo. De manera que tú y yo vamos a anotar los números de las matrículas de los automóviles aparcados ahí delante; luego, más tarde, tú comprobarás quiénes son los propietarios de esos automóviles. En cuanto tengamos los números de las matrículas, buscaremos un teléfono, llamaremos inmediatamente a tu oficina, y veremos qué hay de nuevo.

Había una docena de coches aparcados junto a la acera. Mason empezó por un extremo, y Drake por el otro. Rápidamente anotaron los números de las matrículas de los coches aparcados, y luego fueron a una estación de servicio que tenía cabina telefónica desde donde Drake telefoneó a su oficina.

Cuando Drake regresó al automóvil lo hizo pensativo.

—Hemos seguido a doña Juanete hasta el fin —dijo—. Hasta un piso del viejo distrito del camino de Santa Mónica. Es una ciega que vive allí desde hace más de dos años. Su nombre, por cierto, es Gillman.

—¿Gillman? —exclamó Mason—. ¿Tendrá alguna relación con Gillman de la Compañía Gillco?

—Voy a darte la información que tengo —se ofreció Drake—. Su nombre es Gillman. Está viviendo en ese piso. Es una excéntrica. Algunas veces la gente no la ve durante dos o tres días. Luego sale a la calle con su bastón para abrirse camino, y va hasta el mercado de

la esquina.

»En el mercado de la esquina la conocen bien. Paga en efectivo. Con frecuencia le llevan provisiones. Una mujer ciega, que vive sola, y hace su comida… representa un problema.

—Bien —propuso Mason—. Empezaremos a hacernos preguntas. ¿Qué harías tú, Paul, si fueses ciego y tuvieses una renta limitada? No comerías fuera, ni tendrías cocinera.

—En eso tienes razón —respondió Drake.

—Conservaremos a tus hombres en su puesto. Cuando la ciega salga quiero saber a dónde va. Quiero descubrir todo lo que pueda sobre ella.

—Mi empleado cree que ella ha sospechado que la seguían —observó Drake.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Mason—. Al fin y al cabo seguir a una ciega no debiera ser…

—No fue la mujer quien lo descubrió, sino el taxista —le interrumpió Drake—. Algunos de esos conductores son extremadamente hábiles, y ése es muy bueno. Mis hombres le tenían emparedado, es decir, uno de ellos le había pasado y miraba por el espejo retrovisor, y el otro seguía al taxi. Cambiaron de posición una o dos veces durante el trayecto. Es una buena técnica para seguir a un automóvil. Uno de los coches le pasa, el otro queda detrás, y de este modo el interesado no se da cuenta de que le vienen siguiendo.

—¿Pero este taxista sí se enteró? —quiso saber Mason.

—Este taxista sí. Es decir, mi empleado lo cree así porque se volvió a decir algo a su pasajera, y después la mujer se quedó muy quieta en el asiento.

»Mi empleado cree que el conductor descubrió que le seguían y se lo dijo a ella.

—Deja que tu hombre continúe en su puesto —decidió Mason—. Desde aquí iremos a mi oficina, pero quiero saber los nombres de los propietarios de los coches aparcados delante del edificio Gillco.

Drake dio instrucciones a su empleado, y luego volvieron a la oficina de Mason muy pensativos.

En la oficina Mason propuso:

—Telefonea a Kelsey Madison, del restaurante Madison de

Midtown Milestone, Della. Quiero hablar con él respecto a su camarera.

Della Street asintió y pocos minutos después le anunciaba:

—El señor Madison al aparato, jefe.

—Hola, Kelsey. ¿Cómo va el negocio?

—Como siempre —repuso Madison—. Se acercan las prisas de la hora de la comida. Tenemos ya mucha gente tomando aperitivos en el bar y varios clientes madrugadores.

—Tienes una camarera… Katherine Ellis —aclaró Mason—. Me gustaría hablar con ella. ¿Podrías darle una hora libre? Eso sería durante la calma.

—Para ti, abogado, lo haré con placer —respondió Madison—. ¿Dónde quieres que vaya?

—A mi oficina.

—Allí estará.

—¿No tienes ningún inconveniente?

—En absoluto: cuando termine la aglomeración del mediodía podemos arreglarnos perfectamente… Oye, ¿no es la misma camarera que te sirvió hará cosa de un par de días?

—Exactamente.

La voz de Madison se endureció de repente.

—¿No habrá sido cosa de ella, Perry?

—No —negó Mason—. Yo se lo propuse.

Madison rió.

—Entonces, de acuerdo. Eso es una prerrogativa del cliente. Le diré que vaya a verte.

—Gracias.

El abogado dejó el teléfono para levantarse de su escritorio, y acercándose a la ventana se puso a contemplar la calle. Al final se volvió y dijo:

—¿Estás segura respecto a esos zapatos, Della?

—Estoy segura.

—Cualquier cosa que oigas como mi secretaria es una confidencia. Lo que tú veas con tus propios ojos es algo distinto; te convierte en testigo. Lo que tú has visto es una prueba. Y es ilegal retener pruebas… pero tienes que estar completamente segura de que es una prueba.

El abogado abandonó la ventana comenzando a medir la estancia a grandes zancadas, con la cabeza un tanto inclinada y los ojos fijos en la alfombra.

Della Street… conociendo aquel síntoma de intensa concentración de su jefe… permaneció sentada completamente inmóvil, sin hacer nada que distrajera su atención.

# Capítulo 9

Eran las tres y media cuando Della, contestando al teléfono desde su escritorio, avisó a Mason:

—Katherine Ellis está aquí.

—Dile que pase —repuso Mason.

Katherine Ellis entró en el despacho dirigiendo una sonrisa a Della Street, y luego fue a situarse frente a Perry Mason.

—¿Qué ocurre, señor Mason? —preguntó—. El señor Madison me dijo que viniera.

Mason asintió con la cabeza.

—Siéntese, Katherine. Paul Drake y yo acabamos de regresar de un pequeño viaje de exploración.

—¿Se refiere a algo relacionado con el caso?

—Sí.

—¿Ha descubierto algo?

—Primero permítame que le haga algunas preguntas —rogó Mason—. ¿Ha sabido hoy algo de su tía?

Kit meneó la cabeza.

—¿No sabe nada de ella?

—¿De ella? ¿Por qué? ¿Es que hay algo que debiera saber?

—Su tía —reveló Mason— fue asaltada anoche… al parecer por un intruso que la golpeó en la cabeza con una gran linterna de cinco lámparas y…

—¡La linterna grande! —exclamó la joven—. ¡Vaya, esa linterna es mía!

Mason la observó pensativo.

—¿Cómo está, señor Mason? ¿Le han hecho mucho daño? ¡Cielo santo, debo ir a verla! ¿Está en su casa o…?

—Lo último que he sabido es que estaba en el hospital en estado

de coma —repuso Mason—. Al parecer ha estado inconsciente varias horas.

»Los médicos creen que hay un coágulo de sangre en el cerebro de un tipo conocido como hematoma subdural. Este coágulo suele ser fatal con frecuencia y puede producirse, particularmente en una persona de edad, por un golpe en la cabeza. El coágulo se forma debajo del cráneo y ejerce presión sobre el cerebro. Además, si la sangre del coágulo es venosa, la herida puede volver a abrirse de cuando en cuando, haciendo que se infiltre más sangre en el coágulo.

Ella miraba a Mason con los ojos muy abiertos.

—Bien —inquirió Mason—, ¿cuándo ha visto a su tía por última vez?

—Pues, ya lo sabe usted… cuando me marché de la casa.

Mason meneó la cabeza.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella.

—Nosotros la dejamos en el motel. Después de irnos usted volvió a casa de su tía.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Kit—. ¿Preguntó… acaso el taxi…?

—Lo sé —replicó Mason—, y probablemente la policía lo sabrá también, a causa de los zapatos y la ropa que lleva puesta… la falda plisada.

»Usted preguntó a Della Street si le había traído los zapatos de piel de cocodrilo. Esos eran sus zapatos de trabajo. Por tener que permanecer tanto tiempo de pie en el restaurante, y por no estar acostumbrada al trabajo de camarera, usted precisaba de aquellos zapatos para no cansarse tanto.

»Cuando Della Street fue a buscar sus cosas, usted no le hizo ninguna observación y ella no los trajo. No obstante este mediodía, cuando servía a las mesas, los llevaba puestos. Eso significa sin lugar a dudas que usted fue a la casa y recogió esos zapatos antes de ir a trabajar. Ahora dígame, ¿fue a primera hora de esta mañana o ayer noche?

—Fui anoche —replicó ella—. ¡Oh, señor Mason, esto es terrible!

—Está bien —insistió Mason—; ¿dice usted que fue anoche? ¿A

qué hora?

—Después de que ustedes se marcharan del motel… probablemente un par de horas después. Traté de dormir. No podía dejar de pensar en lo mal que lo iba a pasar sin mis cómodos zapatos. Recordé que tenía una llave de la casa y que podía entrar, recoger mis zapatos y marcharme, sólo en unos pocos minutos. Particularmente si tía Sofía estaba dormida.

—Será mejor que me dé usted esa llave, Katherine —ordenó Mason.

Ella abrió su bolso y le entregó la llave.

—Ahora cuénteme exactamente lo que hizo —prosiguió el abogado.

—Cogí algún dinero del que usted me había dejado para el taxi, llamé a uno, y le hice aguardar delante de la casa. Utilicé mi llave para entrar. La casa estaba oscura y silenciosa. Me quité los zapatos y subí descalza la escalera. No oí el menor ruido.

—¿Qué utilizó para alumbrarse?

—Fui a tientas por la escalera y el pasillo de arriba hasta encontrar mi cuarto. Entonces encendí la luz, cogí mis zapatos de cocodrilo, esta falda plisada y algunas ropas que pensé iban a hacerme falta, apagué la luz, salí al pasillo y luego bajé la escalera hasta la puerta de la calle. En conjunto no estuve en la casa más de tres o cuatro minutos.

—¿Dice usted que esa linterna grande es suya?

—Sí, yo tenía una linterna grande de cinco lámparas que alguien antes que yo había dejado en la habitación donde dormía. Quité las pilas viejas, puse otras nuevas y la utilizaba por la noche después que tía Sofía se había acostado. De esta forma no necesitaba encender las luces del pasillo cuando subía y despertar a tía Sofía. ¿Puede usted averiguar cómo está, señor Mason?

Se abrió la puerta de la oficina exterior para dar paso al teniente de policía Tragg.

—¿Cómo estás, Della? —saludó—. Hola, Perry. Perdonarás que entre así, sin anunciarme, pero existe siempre una tendencia por parte de los abogados a dejar que se me enfríen los pies ahí fuera si me anuncio. Los que pagan sus impuestos no les gusta que pierda mi tiempo, y no me gusta hablar con un sospechoso que ha sido

aleccionado. Deduzco por la descripción que tengo, que ésta es Katherine Ellis. Y lamento decirle que tengo una orden de arresto para usted, señorita Ellis. Deseo advertirle que cualquier declaración que haga puede ser tomada contra usted; que no se la requiere para que haga ninguna declaración, y que está autorizada a utilizar los servicios de un abogado durante todas las etapas del proceso.

—¿Y la naturaleza de los cargos? —preguntó Mason al policía.

El rostro del teniente Tragg se puso grave.

—Asalto con intento de asesinato, y dicho cargo puede ser cambiado por asesinato.

»Sofía Atwood ha empeorado. No es de esperar que viva —prosiguió el teniente Tragg.

Mason se volvió a Katherine Ellis.

—No diga usted absolutamente nada —le aconsejó—. No conteste ninguna pregunta, excepto cuando yo esté presente y le dé permiso para hablar. Éste es un asunto serio y hay algunos puntos que no quiero en absoluto que los comente.

—Si se trata del viaje nocturno que hizo anoche en taxi hasta la casa, Perry, ya lo sabemos —aclaró el teniente Tragg en tono jocoso —. Uno de los vecinos oyó llegar al taxi y permanecer allí con el motor en marcha. De modo, que sabiendo que había habido cierta conmoción en la casa a primera hora de la tarde, el vecino anotó el número de la matrícula del taxi.

»Pudimos encontrar al conductor que recordaba haber recogido a la señorita Katherine Ellis en el motel, para llevarla a la casa, y luego haber esperado mientras entraba en ella para recoger algunas cosas. Los informes demuestran que estuvo en la casa unos siete minutos.

»Eso fue poco después de medianoche, y hay muchas posibilidades de que Sofía Atwood fuese atacada precisamente mientras la señorita Katherine Ellis estaba allí, con el taxi aguardando fuera.

»Puedo decirle todo esto, Perry, porque lo leerá en el periódico.

»Hay otras circunstancias que no debo revelarlas de momento, pero que agravarán el caso. Ahora, lo lamento, señorita Ellis, pero tiene usted que acompañarme. Procuraremos que el arresto sea lo

menos penoso posible. Tendré que llevarla del brazo, pero no vamos a esposarla; trataremos de que haya la menor publicidad posible… aunque, claro está, los reporteros la estarán aguardando en la comisaría cuando lleguemos.

»Si quiere un consejo de un viejo, yo le sugeriría que no hiciera nada para tratar de zafarse de las cámaras, sino que alce su barbilla y eche los hombros hacia atrás, y no trate de ocultar su rostro. Dé oportunidad a los fotógrafos de que la saquen con el mayor parecido posible. Creo que Perry Mason estará de acuerdo conmigo. Es mejor tener relaciones públicas.

»Y ahora, si está dispuesta…

Mason admitió:

—Recuerde lo que le he dicho, Katherine. ¡No diga nada, absolutamente nada! No haga comentarios de ninguna índole. Ésta es una acusación seria y tendrá enemigos que harán todo cuanto les sea posible para que salga convicta.

Mason se puso a su lado y ella se agarró a su brazo presa de pánico.

—Pero, señor Mason. Yo… No puedo…

Mason se libró de su mano con suavidad.

—Sí, Katherine —dijo—, tiene que hacerlo. Estaremos en contacto con usted y no va a ser tan malo como se imagina si conserva el valor.

# Capítulo 10

Pocos minutos después de que el teniente Tragg se llevara a Katherine Ellis de la oficina, sonó el teléfono particular de Mason y Drake anunció:

—Al comprobar los números de las matrículas que tomamos, hemos encontrado que uno de los coches está registrado a nombre de Hubert Deering, Perry.

»La dirección es una casa de apartamentos de Hampsted, número novecientos sesenta y cinco. ¿Quieres hablar con él?

—Ahora no —replicó Mason—. Vamos a ver a doña Juanete. Te recogeré en tu oficina e iremos a comprobar lo que sabe.

»Mi cliente ha sido detenida acusada de asalto e intento de asesinato, y eso cambia mucho la situación. La rapidez se hace esencial.

»Tienes unos tres minutos antes de que vaya a buscarte. Utiliza ese tiempo en encargar a uno de tus hombres que investigue lo que pueda sobre una tal Bernice Atwood, que vive en Palm Springs. Es la primera esposa del difunto Gerald Atwood.

—¿Y Sofía es su segunda esposa? —preguntó Drake.

—Es de presumir —contestó Mason—. Pon a algunos de tus hombres a trabajar en ello, Paul, y yo iré a buscarte dentro de unos minutos.

Mason dejó el teléfono y un par de minutos más tarde recogía a Paul Drake ante las puertas de la Agencia de Detectives Drake.

Los dos hombres fueron en automóvil hasta el cochambroso distrito donde estaba el aposento de la ciega. El empleado que Drake había dejado vigilando el lugar, pisó brevemente el freno mientras ellos se acercaban, y la luz del freno indicó que los había visto.

Drake preguntó:

—¿Quieres arriesgarte y hablar con mi empleado, Perry?

Mason meneó la cabeza.

—Hablemos primero con la mujer, y luego ya interrogaremos a tu empleado.

—Está bien —dijo Drake y se detuvo para encender un cigarrillo —. Esto es una señal para mi empleado —explicó—. Para que continúe en su puesto sin moverse.

Los dos hombres se aproximaron al edificio de tres plantas. Mason presionó el timbre del apartamento situado en el primer piso y aguardó.

Arriba, a lo lejos, se oía un ligero zumbido, mas el tubo acústico situado al lado de la puerta permanecía silencioso.

Mason esperó unos instantes, y luego volvió a hacer sonar el timbre. Tampoco hubo respuesta y el abogado comentó:

—Paul, tal vez hayamos llegado demasiado tarde. Vamos a hablar con tu hombre.

Atravesaron la calle hasta el lugar donde el empleado de Drake se hallaba sentado en su coche.

—¿Ella ha salido? —preguntó Mason.

El hombre meneó la cabeza.

—Desde que yo estoy aquí, no.

—¿Ha entrado alguien?

—Nadie.

Mason y Drake intercambiaron miradas.

—Claro que es posible que no le interesen las visitas —observó Drake—. Al fin y al cabo, Perry, vive sola tras un tramo de escalones y deben molestarle hasta la saciedad los vendedores… corredores de libros, de seguros, gente solicitando fondos para esto, para aquello y para lo otro, y…

—Lo sé —le interrumpió Mason—, pero ella es parte del equipo. Trabaja con Sofía Atwood y Sofía Atwood ha sido atacada. Esa mujer puede correr peligro.

—¿Y si avisásemos a la policía? —preguntó Drake nervioso.

—Sólo como último recurso —replicó Mason—. Tal vez tengamos que hacerlo, pero primero hay que entrar en ese piso y echar un vistazo. Quiero hablar con ella si está viva… y si no lo

está, quiero echar un vistazo a sus pertenencias antes de que lo haga la policía.

—Eso es peligroso —le advirtió Drake.

—Muchísimas cosas que yo hago lo son —replicó Mason encaminándose de nuevo hacia la casa.

Otra vez volvió a presionar el timbre escuchando por el tubo acústico.

—Aquí está este tubo —observó Mason—. Ella puede preguntar quién está aquí y presionar un botón que libera el pestillo de la puerta para que cualquiera que ella desee ver pueda entrar. Y si desea que la visita sea corta, puede bajar, descorrer ese panel de la puerta y hablar a través de la mirilla de un palmo cuadrado.

—O sencillamente —apuntó Drake—, puede no hacer ninguna de esas cosas y permanecer quieta. ¿Qué harías tú si fueses ciego y vivieses solo en una ciudad?

Mason reflexionó antes de responder:

—Probablemente tampoco respondería a las llamadas.

El abogado acercó su boca a la abertura del tubo acústico.

—¡Eh, señora Gillman! —gritó—. Señora Gillman, deseamos verla para un asunto importante.

No hubo respuesta.

El abogado lanzó un agudo silbido y alzó la voz.

—Eh, señora Gillman. Tenemos que tratar de un asunto importante, señora Gillman.

De pronto la puerta del piso bajo se abrió diez o doce centímetros, hasta el extremo de una cadena de seguridad que quedó tensa.

Una voz autoritaria de mujer, aunque enervada por la emoción, dijo:

—¿Qué significa este alboroto? Yo soy la portera. ¿Qué ocurre?

Mason dijo:

—Lo siento. Queremos ver a la señora Gillman por un asunto de importancia. Creo que está en casa, pero no contesta a nuestras llamadas.

—Claro que no responde —repuso la mujer—. ¿Por qué iba a hacerlo? No tiene amigos que vengan a visitarla. ¿Y por qué iba a pasarse el día subiendo y bajando la escalera por gente que quieren

hablarle de cosas que no le interesan? A decir verdad, es ciega y vive sola. Ahora, márchense ustedes y dejen de armar alboroto.

—Lo lamento —exclamó el abogado—, mi nombre es Mason. Soy abogado.

—¿Perry Mason? —preguntó la mujer.

—Eso es.

—¡Vaya, quién iba a suponerlo! —exclamó la mujer y al cabo de unos instantes agregó—: ¡Caramba!

—Y éste es Paul Drake, que se ha unido a mí para realizar algunas investigaciones.

—¿Qué quiere decir con eso de «investigaciones»? —preguntó la mujer con astucia—. ¿Es un detective privado?

—Exactamente, señora —afirmó Drake.

—Bien, ¿y qué diantres quieren ustedes de la señora Gillman?

—Queremos hablar con ella —insistió Mason—. Es de vital importancia.

—¿Importante para quién, para ustedes o para ella?

—Puede ser muy importante para ella —repuso Mason.

—Sin duda que algo misterioso está ocurriendo. Ustedes han cruzado la calle para hablar con el hombre que está en ese coche. ¿Quién es ese hombre?

—Es uno de los ayudantes del señor Drake —aclaró Mason—. Tenemos el presentimiento de que la señora Gillman tal vez corra peligro, y quisiéramos prevenirla.

—¡Prevenirla! —la voz de la portera se hizo aguda—. ¿De qué sirve advertir a una ciega de que está en peligro? ¿De qué le serviría?

Mason guardó silencio.

—Póngase usted en su lugar —prosiguió la mujer—. Está completamente ciega, vive en una total oscuridad dentro de una gran urbe, y ustedes dos vienen a decirle que corre peligro. ¿Qué bien hace una advertencia así? Si ella está en peligro, acudan a la policía.

—Nosotros quizá podamos ayudarla —repuso Mason—. Podemos ponerle un guardaespaldas.

—¿Y quién va a pagar todo eso?

—Nosotros.

—Ya —exclamó incrédulamente la mujer.

—Ahora, díganos —rogó Mason con su sonrisa más convincente —, ¿cuál es el medio mejor para llegar a ella?

—Yo les llevaré —decidió la portera.

—Eso es magnífico. ¿Supongo que tiene usted una llave maestra?

—No la necesito. La llamaré por teléfono.

—¿Tiene teléfono? —preguntó Mason.

—Naturalmente que tiene teléfono. Una ciega, que vive sola, no podría pasar sin teléfono. Pero el número no viene en la guía, y yo soy casi la única que tiene ese número. Ahora esperen aquí, y yo iré a llamarla para preguntarle si quiere recibir al señor Perry Mason y… ¿cuál es el otro nombre?

—Paul Drake.

—Está bien, iré a ver si quiere hablar con ustedes.

La mujer hizo una pausa y agregó:

—Mi nombre es Minerva Gooding. Soy la encargada de estos pisos. Yo vivo en el piso bajo, y los dos de arriba son de alquiler. No hay niños; es una casa bonita y cómoda. Ahora esperen aquí donde están y yo iré a hablar con ella.

La señora Gooding estuvo ausente unos tres minutos y luego regresó a la puerta.

—Lo siento, pero la señora Gillman no contesta al teléfono.

—¡No contesta! —repitió Mason.

La señora Gooding meneó la cabeza.

—Bueno, tampoco contesta al timbre de la puerta —especificó Mason.

—Ésa es su costumbre, pero siempre contesta al teléfono cuando está en casa, porque sabe que yo soy casi la única que tiene su número. Hay otra mujer que la llama, pero ignoro quién es.

—¿Podría ser una tal señora Atwood? —preguntó Mason.

—Atwood… Atwood… Ese nombre me suena. La he oído hablar de una tal Atwood. ¿Acaso es Sofía su primer nombre?

Mason asintió.

—Pues bien, la he oído hablar mucho de una tal Sofía… pero ignoro si será o no, Sofía Atwood. Pero sea como fuere, no contesta al teléfono.

—Entonces ha ocurrido algo —insistió Mason—. Porque ella está en casa.

—¿Cómo sabe que está en casa?

—Estamos seguros. Ese hombre que está en el automóvil al otro lado de la calle ha estado vigilando este lugar —reveló Mason, apresurándose a añadir—, para que no corriera peligro hasta que pudiéramos advertirla.

—¿Qué clase de peligro? —preguntó la señora Gooding.

—Con franqueza —manifestó el abogado—, no lo sabemos, pero tenemos motivos para creer que quizá tiene algo que alguien desea… alguien que carece de escrúpulos, y que estaría dispuesto a asaltar una casa para conseguirlo.

La señora Gooding reflexionó.

—Bueno —accedió finalmente—. Cogeré la llave maestra y subiré a ver si está bien. Ustedes aguarden aquí.

—Quisiéramos ir con usted —indicó Mason—. Si ha ocurrido algo sería una buena idea para usted el tener testigos.

—¿Testigos de qué?

—Testigos de lo que encuentre.

—De acuerdo —aceptó la señora Gooding tras un momento de vacilación—. Vamos, pero no toquen nada, y no quiero que critiquen nada. Imagínense lo que es ser ciego y, vivir solo. Tiene uno que hacerse la comida y lavar los platos, recoger la ropa, hacer la cama, y todo sin ver nada. El trabajo consiste en tener las cosas de forma que uno sepa dónde está y no se confunda de dirección. De esta forma no se puede tener la casa ordenada. Sólo hay que llevarse la comida a la boca y tomar las cosas como vienen. Ahora quiero que ustedes lo comprendan así y no critiquen.

—No padezca en tal sentido —la animó el abogado—. No nos interesa su forma de gobernar la casa, ni tampoco su orden.

—Y cuando hablen con ella no la alarmen, ¿comprenden? —prosiguió la señora Gooding—. Ustedes pueden decirme a mí que corre peligro; pero no quiero que le den un susto de muerte. Piensen lo que es vivir en una noche perpetua. Cuando se despierta por la noche, no sabe si una persona se está arrastrando hasta su cama con un cuchillo en la mano. Hay muchísimas cosas a las que uno puede adaptarse, pero uno no puede acostumbrarse al miedo.

Ahora vengan los dos conmigo y quédense detrás de mí.

Abrió la puerta del piso bajo, sacó una llave de su monedero, la introdujo en la cerradura de la puerta que daba al segundo piso, y Drake y Mason la siguieron escalera arriba.

El lugar exhalaba un olor acre y húmedo que ofendió su olfato mientras subían la escalera. Se detuvieron en el rellano, y la señora Gooding dijo:

—Sólo Dios sabe si estas luces están encendidas o no lo están. Ella tiene dada la corriente porque la utiliza para guisar, pero la luz eléctrica no significa nada para ella, de manera que es posible que ni se encienda.

Mientras hablaba hizo girar el interruptor. Las luces se encendieron, iluminando un dormitorio dispuesto con espartana sencillez. Sobre el tocador no había ningún adorno, y las sillas estaban junto a la pared para dejar el centro de la habitación libre de obstáculos. La cama en la parte más alejada de la estancia, bajo la ventana, estaba sin hacer. Las sábanas revueltas, y las almohadas, formaban una masa compacta en la cabecera.

—Vean ustedes lo que quiero decir —dijo la señora Gooding—. No tuvo tiempo de hacerse la cama.

Alzó su voz.

—¡Oh, Edith, yu-uuuu! Soy Minerva. ¿Dónde estás?

Hizo una pausa aguardando una respuesta. Luego, al no oírla, frunció el ceño repitiendo la llamada, esta vez en tono más alto:

—¡Edith, y-uuu! ¡Yuu-uuuu!

La señora Gooding dijo:

—Ustedes, quédense aquí. Yo voy a echar un vistazo.

—¿No podemos ayudarla? —preguntó Mason.

—No. Este lugar no está en condiciones de recibir visitas, y Edith se va a poner furiosa conmigo por haberles subido. Salgan de este dormitorio. Vengan aquí y siéntense.

Los condujo hasta una salita en la que había una butaca y junto a ella una mesita con un aparato de radio.

—La pobrecilla no tiene otra cosa que hacer que sentarse ahí a escuchar la radio —explicó la señora Gooding—. Conoce todas las voces y a todos los actores. Y les sorprendería de veras… lo al tanto que está de las noticias.

»Y no toquen nada —volvió a advertirles la señora Gooding.

Drake y Mason quedaron en pie en el centro de la estancia. Oyeron cómo la señora Gooding se movía por el piso llamando de cuando en cuando: «Edith, yuu-uu, soy Minerva. ¿Dónde estás, Edith? ¿Estás bien?».

Al cabo de dos o tres minutos la señora Gooding volvió a entrar en la salita.

—Bueno —les dijo—. No está. Debe de haber salido.

—Lo siento —replicó Mason—. No puede haber salido. Tenemos a ese hombre vigilando delante de la casa.

—¿Y sabe quién es al verla? —preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—La ha visto varias veces antes —explicó Mason sin más comentarios—. Dígame, ¿hay alguna puerta trasera?

—Claro que la hay. No permitiría que nadie viviese en un piso en el que hubiera una sola salida. ¿Qué podría hacer en caso de incendio?

—¿Dónde está esa salida? —quiso saber Mason.

—Se baja por un tramo de escalones hasta el pasaje. Detrás hay un pequeño porche para el servicio.

—¿Ha mirado usted allí? —preguntó Mason.

—No —repuso—. No he mirado, pero miraré. Aguarden aquí.

Corrió apresuradamente por el piso; a los pocos momentos regresaba para decir:

—Bueno, les diré una cosa… la puerta de atrás estaba abierta. Al parecer salió por esa puerta y bajó los escalones hasta el pasaje.

—¿Y luego? —preguntó Mason.

—Pues… —la señora Gooding vacilaba.

—¿Sí? —le apremió Mason.

—Algunas veces telefonea a su amiga… esa a la que llama Sofía —explicó la señora Gooding—. Y Sofía viene a recogerla al pasaje.

—¿Por qué al pasaje? —preguntó Mason.

—Puede usted registrarme —repuso la señora Gooding—. No me gusta meterme en los asuntos de los demás, pero alguna vez por casualidad, cuando yo salía a mi porche para echar algo de basura al cubo, vi a Edith Gillman bajando la escalera de atrás a tientas, y

ese «Cadillac» estaba allí en el pasaje con el motor en marcha y su chófer. Yo creí que era un automóvil de alquiler, no sé si me comprenden; y esa mujer estaba en la escalera ayudando a Edith a bajarla. Y yo oí cómo Edith la saludaba: «¿Cómo estás, Sofía?». Y créame que eso fue todo lo que oí. No quise oír más. Si ella deseaba tener secretos respecto a algunas de sus amistades, por mí que lo hiciera.

—Comprendo —insistió Mason. Y al cabo de unos instantes agregó—: ¿Está completamente segura de que ahora no está en el piso?

—He mirado en todas partes excepto debajo de la cama.

—Entonces —propuso Mason en tono grave—, miremos debajo de la cama.

—¿Por qué diantre tendría que estar debajo de la cama?

—No lo sé —replicó el abogado—. ¿Pero por qué iba a llegar a su casa por la puerta principal, bajar la escalera de atrás que da al pasaje y largarse en un coche de alquiler?

—Bien, si lo ha hecho, es asunto suyo, no nuestro.

—Sin embargo —insistió Mason—, hemos de cerciorarnos de que no está aquí.

—Ella no puede haberse metido debajo de la cama.

—Alguien puede haberle dado un golpe en la cabeza y luego haber escondido su cuerpo debajo de la cama —sugirió Mason.

—¡Tonterías!

—Para que usted lo sepa —prosiguió Mason—, su amiga, Sofía Atwood, también vivía sola, y anoche alguien entró en la casa, le golpeó en la cabeza, y luego escapó dejándola tendida en el suelo.

La señora Gooding los miraba con ojos incrédulos y sobresaltados.

—¿Se refiere a la amiga de Edith Gillman?

—Lo ignoro —dijo Mason—. Estoy tratando de averiguarlo. Pero tenemos razones para creer que la señora Gillman era amiga de Sofía Atwood.

—Vaya, quién iba a decirlo —dijo la señora Gooding en tono bajo.

—¿Encontró abierta la puerta de atrás? —preguntó Mason.

—Sí, en la puerta hay una cerradura. No es un cierre de muelle.

Hay que hacer girar la llave en la cerradura. Ahora bien, debía tener mucha prisa cuando se marchó porque no se llevó la llave consigo. La llave de la puerta de atrás está en la parte interior de la puerta, y sin echar.

—¿Eso no es lo usual? —preguntó Mason.

Ella lo miró al decirle:

—Si usted fuese ciego, ¿viviría en un sitio con las puertas abiertas?

—No —repuso Mason brevemente.

—Claro que —intervino Paul Drake— alguien pudo haberla estado aguardando y haberla hecho salir apresuradamente por la puerta de atrás, diciéndole que era algo importante… alguien que ella conocía.

—O alguien que ella no conocía —agregó Mason—. ¿Quién ocupa el tercer piso, señora Gooding?

—De momento está vacante.

—¿Le importaría que lo viera? —preguntó Mason.

—En absoluto. Pero tendrán que bajar de nuevo hasta la planta, y luego subir otra vez dos pisos.

—Me gustaría echarle una mirada. ¿Está sin amueblar?

—Sí.

—Me gustaría hacerme una idea de cómo está distribuido. ¿Tiene la misma forma que éste?

—Sí.

—¿Podemos verlo?

La señora Gooding se limitó a decir:

—Síganme, por favor —y comenzó a bajar la escalera. Les abrió la puerta de la planta baja, que luego cerró cuando hubieron pasado, introdujo una llave en la puerta que conducía al tercer piso, y al abrirla dijo—: Aquí es donde empezamos a subir escaleras. ¿No les importa?

—En absoluto —replicó Mason.

El terceto subió los dos tramos de escalones y de nuevo la señora Gooding sacó una llave maestra con la que abrió la puerta que estaba en lo alto de la escalera.

Mason y Drake recorrieron el piso vacío, y luego se despidieron de la señora Gooding.

—Muchísimas gracias, señora Gooding —dijo Mason—. Nos vamos. Si regresara la señora Gillman, ¿le importaría telefonear a Paul Drake de la Agencia de Detectives Drake?

—No haré nada de eso —replicó Gooding—. No voy a espiar a mis inquilinos por…

—No quiero decir eso —objetó Mason—. Esa mujer es ciega. Es evidente que de nada serviría dejarle una tarjeta pidiéndole en ella que telefonease a la Agencia de Detectives Drake.

—Oh, ya entiendo —repuso la mujer—. Les diré lo que voy a hacer. Cuando venga le daré su número. Le diré que ustedes la andaban buscando… pero no voy a alarmar a la pobrecilla… y le pediré que les telefonee. Le daré su número.

—¿Y podrá recordarlo si usted se lo da? —preguntó Mason.

—¿Recordarlo? —exclamó la señora Gooding—. No sabe usted la memoria que tiene esa mujer. Puede recordar números de teléfono durante semanas. Tiene una habilidad mental tremenda para recordar… y es sorprendente que esté tan al corriente de todos los acontecimientos, noticias y todo cuanto ocurre.

—Muy bien —dijo Mason—. Hágalo así.

—Comprenden que no voy a alarmarla.

—No queremos que lo haga. Y muchísimas gracias por su cooperación.

—Creo que tal vez debiera dárselas yo… en nombre de Edith Gillman —dijo la señora Gooding—. Pero aguardaré a saber más de lo que sé ahora.

Mason y Paul Drake abandonaron el edificio para dirigirse a su automóvil.

—¿Bien? —preguntó Drake.

—O le ha sucedido algo —repuso Mason—. O está jugando a un juego muy complicado.

—¿Cuál será nuestra acción inmediata, Perry?

—Necesito dos hombres —indicó Mason, uno que vigile la parte de atrás de la casa, y otro la fachada, y que me avisen en cuanto ella regrese al piso. Mientras estuvimos arriba miré el número del teléfono ese que no consta en la guía y…

Drake se echó a reír.

—Será mejor que obremos de común acuerdo, Perry. Yo también

tuve el trabajo de copiar ese número.

—Está bien —dijo Mason—. Ambos lo tenemos. Ahora bien, si ella regresa a casa la llamaremos por teléfono para ver de concertar una entrevista. En cualquier caso podremos advertirla.

—¿Y entretanto? —preguntó Drake.

—Entretanto —dijo Mason—, estamos un paso más adelantados que la policía, por lo que respecta a dos mendigas ciegas. Trataremos de mantener esa delantera.

»Si la ciega del juanete, la señora Gillman, está en peligro, alguien irá a su casa a buscarla.

—A menos que alguien estuviera aguardando en su casa cuando llegó y la haya hecho salir por la puerta trasera —propuso Drake.

—Esa es siempre una posibilidad —aceptó Mason—. Pero en ese caso, ¿por qué lo hicieron?

Drake se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—Si hubieran querido matarla, la hubiesen golpeado dejando el cuerpo en el piso. Si alguien hubiera querido matar a Sofía Atwood, el asesino hubiese podido hacer un buen trabajo.

—Tal como están las cosas ahora, Sofía Atwood está luchando por su vida. Está en un estado de inconsciencia. Alguien la golpeó con una linterna.

—Y bien, ¿por qué utilizar una linterna y por qué darle un solo golpe?

—Continúa —dijo Drake—. Es evidente que tienes alguna idea.

—La razón de haber utilizado una linterna como arma es porque fue lo que estaba más a mano. Eso significa que alguien sostenía la linterna mientras registraba el lugar donde Sofía Atwood le sorprendió, y el resultado fue que el intruso no propinó un solo golpe con la linterna a Sofía Atwood, sino algo más.

»Ahora, si la señora Gillman ha sido secuestrada, es porque alguien desea volver y registrar el piso sin correr el riesgo de ser interrumpido. Es decir, es una buena suposición.

»Por consiguiente, Paul, alguien anda buscando algo… alguien que ignora dónde está escondido lo que busca.

»Quiero seguir adelante con este caso. Quiero que dos hombres vigilen el piso de la señora Gillman esta noche; que me informen si

va alguien a ese piso. Si alguien intentase registrar ese piso, quiero saber quién es. Quiero el número de la matrícula del automóvil y quiero que tus hombres telefoneen para pedir refuerzos. Y luego quiero pescar a los que registren con las manos en la masa.

»Si esta noche fuese alguien a la casa de Sofía Atwood, y yo creo que irá, quiero saber quién es. Y cuando el asaltante entre, quiero que tu empleado telefonee para que le envíen refuerzos y luego tú y yo lo entrevistaremos.

—Eso representa cuatro hombres, sin contar los refuerzos —argumentó Drake.

—Eso —repitió Mason—, representa cuatro hombres sin contar los refuerzos.

Drake sonrió.

—Es tu fiesta —afirmó Drake sonriendo.

# Capítulo 11

Perry Mason, Paul Drake y Della Street se reunieron en la oficina del abogado pocos minutos después de las nueve de la mañana.

Mason y Drake mostraban señales de no haber dormido gran cosa.

—¿Y bien, Paul? —preguntó Mason cuando el detective se hubo aposentado ante una taza de café que Della Street le había servido de la cafetera eléctrica.

Drake meneó la cabeza.

—Absolutamente nada. He interrogado a mis empleados.

—¿Siguen en sus puestos?

—Los mismos no… un nuevo relevo ha salido a las cinco de esta mañana. Trabajarán hasta la una de la tarde, si es que tú sigues pensando en pagar la cuenta.

—Quiero pagarla —repuso Mason—. Lo que no comprendo es por qué no ha ocurrido nada.

Sonó el teléfono de Mason, y Della Street contestó a la llamada. Luego un gesto a Drake con la cabeza.

—Es para ti, Paul. Te informan de tu oficina… dicen que es importante.

Drake depositó la taza de café sobre un periódico en un extremo del escritorio de Mason y cogiendo el teléfono preguntó con interés:

—Sí, ¿qué hay?

Guardó silencio por espacio de casi un minuto, y luego dijo lenta y pausadamente:

—Bueno, que me aspen.

De nuevo guardó silencio y luego agregó:

—No, nada. Diles que continúen en sus puestos.

Drake dejó el aparato y dijo:

—La ciega ha vuelto a trabajar.

—¿Dónde?

—En la Compañía de Manufacturas Gillco.

—Entonces debe ser doña Juanete —opinó Mason—. Hoy sólo hay una ciega. ¿Cómo lo has averiguado, Paul? Tus hombres estaban vigilando el piso, ¿verdad?

—Eso es —repuso Drake—. Doña Juanete salió por la puerta principal de su piso con su bastón en ristre. Se acercó a un taxi y el conductor bajó para ayudarla a subir al coche, y luego directamente a la Compañía de Manufacturas Gillco.

Mason dijo:

—¿Salió por la puerta principal del piso?

—Eso es.

—No es posible —replicó Mason—. ¿No lo estaban vigilando tus hombres?

—Mis hombres estuvieron vigilando toda la noche —afirmó Drake—; pero pudo hacerlo de una manera.

—¿Cómo?

—Por la puerta de atrás.

—¿Pero no pusiste a un hombre en el pasaje para que vigilase la puerta trasera?

—Después de nuestra visita hice marchar a mis hombres —dijo Drake.

»Ahora no me cabe duda de que esa mujer ciega fue a su piso, subió la escalera, atravesó el piso y bajó por la escalera de atrás donde alguien la recogió para llevarla a alguna parte. Luego regresó poco después de que nosotros terminásemos de registrar el piso, pero antes de que mi segundo hombre fuese a vigilar el pasaje. Cerró la puerta con llave, y pasó la noche en el piso sin saber que ocurriera nada extraño, y luego salió esta mañana en el taxi.

»Es la única forma en que pudo ocurrir, Perry. Y quiero advertirte que aunque yo te lo cuento a precio de coste, tu cuenta está siendo demasiado importante. Tu cliente nunca podrá pagarla y…

Mason le interrumpió para decir:

—No espero que la pague mi cliente, Paul. Lo hago para satisfacer mi propia curiosidad. Sencillamente tengo que saber lo

que hay detrás de todo esto.

—Pero tienes empleados demasiados hombres. Tratas de cubrir todos los ángulos, tapar todos los agujeros, y…

—Y de este modo obtendré resultados inmediatos —sentenció Mason—. No va a durar un largo período de tiempo. Tendré una cuenta elevada, pero sabré la respuesta dentro de veinticuatro horas.

—Ojalá pudiera compartir tu optimismo —dijo Drake—. Por lo menos ahora que sabemos dónde vive doña Juanete, no necesitamos poner dos hombres de vigilancia ante la Compañía de Manufacturas Gillco.

—No —convino Mason—. No creo que ahora necesitemos más de un hombre, pero cuando ella vaya a su piso quiero a dos hombres de vigilancia. Hemos de descubrir quién va a buscarla al pasaje y la recoge. Ahora no puede ser Sofía Atwood, y en caso de que sea alguien que diga actuar en nombre de Sofía Atwood, algún entrometido…

—¿Te refieres a Stuart Baxley? —intervino Drake.

Los ojos de Mason brillaron.

—Estaba pensando en Stuart Baxley.

Drake volvió a su café, y luego ofreció su taza a Della Street quien volvió a llenársela de café caliente.

Mason permanecía silencioso. De pronto exclamó:

—¡Ya lo tengo, Paul!

—¿Qué es lo que tienes? —preguntó Drake.

Mason sonrió.

—Tú y yo tendimos una trampa —explicó.

—Sí —convino Drake.

—Y hasta ahora no hemos cazado nada —observó Mason.

Drake asintió con la cabeza.

—Porque no hemos puesto cebo —continuó Mason—. Sólo hemos esperado que alguien la pisara, y solamente eso no sirve.

—Al precio que estás pagando los detectives privados por día, no sirve —manifestó Drake, y tras beber su café agregó—: ¿Cuál es el cebo, Perry?

Mason hizo una seña a Della Street.

—Coge tu cuaderno de taquigrafía, Della —le dijo—. Voy a

dictarte.

Della Street fue a instalarse ante su escritorio de secretaria, cruzó las piernas, puso la libreta de notas ante ellas y preparó el lápiz.

—Della, dirige esta carta a Gerald Atwood a la dirección de Hollywood, pero fechada tres o cuatro días antes de su muerte, y que vaya dirigida a él. Empiézala así: «Querido señor Atwood».

Drake dejó su taza de café para preguntar:

—¿Qué te propones, Perry? ¿Una carta para un muerto?

—Una carta para un muerto —asintió Mason.

—No lo entiendo —comentó Drake.

—Lo entenderás pronto.

El abogado se volvió a Della Street para seguirle dictando:

—Referente a la consulta que me hizo con respecto a la autenticidad de los testamentos redactados de puño y letra del testador, cúmpleme manifestarle que actualmente el Estado de California reconoce como válido el testamento hológrafo. Este testamento es el que está enteramente escrito y fechado y firmado a mano por el testador. Tal testamento no requiere testigos. Primero, el testamento, como ya le he dicho antes, debe estar totalmente escrito a mano por el testador. Eso significa que en el papel no puede aparecer ninguna palabra impresa como ocurre en algunos papeles de cartas que hay las fechas para rellenar. Luego en el documento tiene que constar que es la última voluntad y el último testamento. Asegúrese de que todos los testamentos anteriores sean revocados; por este testamento usted repartirá todas sus propiedades. Y, en cuanto a la persona que desee desheredar, asegúrese de que menciona su nombre, declarando que intencionadamente no deja nada para ella, o que le asigna una suma nominal, tal como un dólar o cien dólares.

»Luego firme el documento al final.

»Confío que esta carta aclare sus dudas y le haya proporcionado una idea exacta de cómo debe proceder, etcétera… Pásalo a máquina seguidamente, Della; y entrégamelo, que lo firmaré.

—Sigo sin entender —dijo Drake.

—Supongamos que tú andas buscando algo —explicó Mason—. ¿Qué harás cuando lo encuentres?

—Dejar de buscar —repuso Drake.

—Entonces supongamos que algo te hace pensar que no lo has encontrado.

—Entonces empezaría a buscar de nuevo —dedujo Drake—. Está bien, Perry, ahora lo entiendo.

—Si Bernice Atwood fue a la casa de Palm Springs y encontró un testamento fechado tal vez un año antes, en lo que dejaba todo a Sofía Atwood… Todo lo que tuvo que hacer fue echarlo al fuego, asegurarse de que se había consumido por completo No obstante, suponte que ella cree que Gerald iba a hacer un nuevo testamento enteramente escrito de su puño y letra, y que este testamento se hizo pocos días antes de su muerte; que por este testamento revocaba todas sus voluntades anteriores, disponía de su hacienda y dejaba a Bernice en la miseria…

Drake sonrió.

—La cosa es diabólicamente sencilla. Ahora bien, ¿cómo vas a hacer llegar esta carta a su poder sin despertar sus sospechas? Ya sabe que tú estás interesado en el caso.

Mason sonrió.

—Voy a tomar lecciones de golf.

—¿Lecciones de golf?

Mason asintió.

—Tú has estado investigando a Bernice. Dices que el club de golf le avisó cuando la muerte de Gerald. ¿Qué club era ése?

—El Club de Campo Cuatro Palmas —respondió Drake.

Mason hizo una seña a Della Street.

—Telefonea al Club de Campo Cuatro Palmas de Palm Springs y pregunta por el profesor, Della.

Della Street hizo la llamada y al cabo de unos instantes ya estaba al otro lado del hilo telefónico:

—Aquí lo tienes.

Mason cogió el teléfono.

—Hola —saludó—. ¿Es usted el profesor de golf del Club de Campo las Cuatro Palmas?

—Sí —dijo una voz masculina—. Soy Nevin Cortland. ¿Puedo saber con quién hablo, por favor?

Mason respondió sin dar su nombre:

—Soy un abogado de Los Ángeles, y quisiera saber si le permiten dar lecciones de golf a personas que no sean socios del club.

—Oh, sí. Yo puedo dar lecciones a cualquiera. Si usted desea jugar en el campo, necesita ser socio o poseer una tarjeta de visitante, pero en circunstancias ordinarias y cuando el campo no está demasiado concurrido, eso puede arreglarse. ¿Desea usted tomar clases?

—Quisiera empezar hoy —insistió Mason—. Mañana tengo que jugar una partida y estoy desentrenado. Hace años que no lo practico y no quiero quedar mal mañana. Mi consuelo es que los otros estén en tan baja forma como yo.

—Eso no será demasiado difícil —respondió Cortland—. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Mason —respondió el abogado—. ¿A qué hora está usted libre hoy?

—Estoy bastante ocupado, pero tengo tiempo después de las cuatro, sólo que me temo que no va a ser buena hora para usted.

—Magnífico —replicó Mason—. Apúnteme. Estaré ahí a las cuatro menos cinco. Y muchísimas gracias. Adiós.

El abogado colgó antes de que Cortland pudiera hacer más preguntas.

—Esto sí que me gustaría verlo —dijo Drake—. Tú en un club de golf dándole a la pelota, y luego caminando alegremente por el césped para volver a darle.

—Lo haré bien —sonrió Mason—. Apuesto a que consigo más de sesenta metros en mis tiradas y a que meto en todos los hoyos que estén a cosa de medio metro.

—Yo apuesto lo contrario —sentenció Drake sonriendo—. ¿Y luego qué esperas hacer?

—¿Qué ocurre cuando un hombre cae muerto en un campo de golf? —preguntó Mason.

—No lo sé —respondió Drake pensativo—. Nunca me he muerto en un campo de golf.

—Yo tampoco —confesó Mason—. Pero tengo una idea.

»Los jugadores acuden corriendo. Luego tratan de reanimarlo. No lo consiguen. Le recogen y lo sacan del campo para llevarlo a la sombra. Alguien llama a un médico. Probablemente hay alguno en

el campo. Se corre la voz. Acude el médico, examina a aquel hombre y dice: «Este hombre está muerto. Avisen a su familia y traigan al forense».

»Hay otras personas jugando en el campo de golf, y no quieren dejar a un muerto al borde del camino. Traen una camilla y lo llevan al pabellón del club. Algún caddy recoge los palos pertenecientes al difunto y los lleva también al pabellón.

»Ahora bien, el saco de golf con los palos o bien se guarda en el armario del fallecido, si lo tiene, o se deja en la tienda del profesor de golf.

»Sin embargo, después de que son avisados los parientes más próximos y el forense ha encargado que se entierre el cadáver después de la investigación, la así llamada viuda va a echar un vistazo al armario. Sobre todo revisa los bolsillos de las ropas que hay en el armario.

»Bien, la viuda no juega al golf con un juego de palos para hombre, ni desea continuar pagando la cuota del armario en el club.

—Continúa —lo alentó Drake—. Me interesas.

—Pensé que te interesaría —fue el comentario del abogado antes de proseguir—. La viuda recoge las cosas del armario. Entrega la bolsa de los palos de golf al profesor y le dice que los venda. De manera que probablemente los palos de golf de Gerald Atwood reposan en la tienda del profesor de golf del club de campo con una tarjeta indicadora del precio, y entendiendo que el profesor conseguirá su comisión si consigue venderlos.

—Me parece —dijo Drake—, por la mirada de tus ojos, que voy a ir a Palm Springs.

—Vas a salir enseguida hacia Palm Springs —confirmó Mason—. E irá contigo uno de tus hombres que simulará ser un caddy que busca empleo.

—¿Y cuándo lleguemos nosotros? —preguntó Drake.

—Cuando tú llegues allí, Paul, vas a poner esta carta en el saco de palos de golf de Atwood. La arrugaremos para dar la sensación de que Atwood la había recibido poco antes de salir al campo de golf. Arrojó el sobre, dobló la carta y la puso en el bolsillo lateral del saco, donde los jugadores guardan sus pelotas de golf.

—No te saldrá bien, Perry —dijo Drake al cabo de unos instantes

—. Ahora ya no hay medio de hacer que esta carta sea descubierta sin que Bernice Atwood sepa que ha sido puesta allí.

—¿Quieres apostar algo? —preguntó Mason.

Drake vaciló unos instantes y luego respondió a la pregunta.

—No.

# Capítulo 12

Exactamente a las cuatro menos cinco, Mason presentóse en el Club de Campo de las Cuatro Palmas, situado en un extenso valle y bordeado por el estuco blanco de casas lujosas y desiertas que destacaban en las montañas llenas de sombras.

—No he traído mis palos —anunció Mason al profesor de golf—. En realidad hace mucho tiempo que no juego y no sé dónde los tengo. No he logrado encontrarlos.

—Probablemente la madera se habrá secado —afirmó Nevin Cortland mirando a Mason con sus sagaces ojos grises.

—Es posible —aceptó Mason.

—Debiera usted jugar más —le dijo Cortland—. Necesita ejercicio.

—Eso intento.

Cortland, de mediana estatura, delgado, y tostado por el sol, dijo:

—Bueno, vamos a ponerlo a punto, señor Mason. ¿Va usted a jugar mañana?

Mason sonrió.

—Ha sido una especie de encerrona.

»Algunos de nosotros que no habíamos jugado al golf desde hace tiempo estábamos hablando, y sin que nadie supiera cómo, se organizó una partida con toda clase de premios absurdos en cada hoyo. No quisiera parecer demasiado torpe.

—¿Había jugado mucho?

—No mucho —confesó el abogado—. He estado demasiado ocupado.

—Ahora le reconozco por las fotografías. Ha salido muchísimas veces en los periódicos.

—He tenido algunos casos espectaculares —aceptó Mason sonriendo.

—Bien, vamos a probar, quiero ver qué tal estilo tiene —le dijo Cortland.

—Quiero comprar un juego de bastones —le anunció Mason—. No pienso molestarme en seguir buscando los viejos, y aunque los encontrase estarán seguramente en malas condiciones.

—Eso podemos arreglarlo perfectamente —dijo Cortland riendo —. Vender palos nuevos es algo que siempre me agrada. No tendrá que presionarme, señor Mason. Ahora, vamos a ver, es usted alto y tiene buenas muñecas. Veamos.

El profesor sacó un par de bastones de un saco, y luego un hierro del número cinco.

—En realidad, señor Mason, los juegos se ganan o se pierden entre los cincuenta y los cien metros de césped, pero supongo que lo que más le interesa a usted es su estilo en las tiradas.

—Una pelota larga desmoralizaría a mis contrarios —aclaró Mason— y preferiría desmoralizarlos que cualquier otra cosa en este momento.

—Comprendo. Veamos qué tal le salen un par de tiradas, señor Mason.

Obediente, Mason balanceó el bastón.

—Trate de mantener el brazo izquierdo algo más recto al hacer descender el palo. No mueva la muñeca tan de prisa. Apoye su peso en el momento de la tirada; pero nunca antes. Ahora, pruebe con la pelota.

Mason se balanceó consiguiendo darle.

—No está mal —dijo Cortland—. Pruebe algunas más. Quiero que mejore el balanceo.

Durante algunos minutos el profesor de golf estuvo entrenando a Mason y luego dijo:

—Va mejorando mucho, señor Mason. Creo que mañana lo hará perfectamente. ¿Le gustaría practicar un poco el juego corto?

—Sí —repuso Mason.

Pasaron a los hoyos donde Mason estuvo practicando otros veinte minutos.

—Es suficiente por hoy —afirmó el profesor.

—Y ahora, ¿qué hay de los bastones? —preguntó Mason.

—¡Ah, sí! —repuso Cortland—. No lo he olvidado. Tengo un juego muy bueno que le conviene, y puedo preparárselo.

—¿Tiene usted algunos ya preparados para la venta… o de segunda mano?

—Algunos —dijo Cortland—. Pero prefiero prepararle algunos palos nuevos que vayan bien a un hombre de su altura y constitución, señor Mason.

Entraron en la tienda del profesor y Cortland cogió un saco primero, y luego fue hasta donde tenía los bastones, y seleccionó uno.

—Bien, creo que esto es lo que necesita.

Mason contempló una media docena de sacos a medio llenar colgados de la pared.

—¿Y eso? —preguntó.

—Oh, son algunos palos que estoy arreglando —respondió el profesor— y otros están a la venta.

—¿Cómo llegaron a sus manos? —preguntó Mason.

—Pues, el propietario de uno de ellos tuvo un ataque al corazón y tuvo que dejar de jugar. Podría haber seguido jugando durante años siguiendo mis consejos, pero estaba algo grueso. Quiso rebajar de peso deprisa y comenzó a jugar demasiado fuerte y demasiado rato. Se cansó con exceso, y ahora ha tenido que abandonar el juego para siempre.

—¿Y ese saco tan bonito de cuero? —preguntó Mason.

—Ése era propiedad de un hombre que falleció en el campo de golf. Era un día muy caluroso, se había excedido en el trabajo y se hallaba bajo una tensión terrible. Salió por la mañana a hacer una partida, terminó dieciocho hoyos, y fue a descansar al pabellón del club, y luego tontamente, salió a jugar nueve hoyos más por una especie de apuesta, para que el perdedor tuviera oportunidad de igualar. Al golf se le achacan una serie de cosas, señor Mason, que en realidad son consecuencia de la falta de cuidado, estupidez e imprudencias.

—¿Y si comprase ese saco de bastones? —dijo Mason.

El profesor de golf meneó la cabeza.

—En él hay muchos palos que usted no necesitaría, señor

Mason, ni podría utilizar. Usted debe comprar un par de palos, cuatro hierros y un bastón para los hoyos. Más cosas le confundirían y tenderían a estropear su juego.

Mason no apartaba los ojos del saco de golf.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tiene? —preguntó.

—No mucho. Hace poco que estuvo aquí un hombre a verlo. Pensó comprarlo, pero su precio es algo mayor de lo que él pensaba pagar.

—¿Es para vender? —preguntó Mason.

—Está a la venta, pero de momento no tengo un precio fijado. La viuda me pidió que viera lo que podía conseguir.

—¿Qué cree usted que vale? —quiso saber Mason.

Cortland miró a Mason con aire pensativo y al fin decidió:

—¿Por qué lo quiere usted, señor Mason?

—Si apareciese en el campo de golf con ese saco —repuso Mason— causaría gran impresión en los otros.

—Sí, una impresión momentánea —concedió Cortland—. Pero yo quiero que gane la partida… o por lo menos que juegue lo mejor que le sea posible.

—Sí, supongo que sí —replicó Mason—. Bueno, de acuerdo. Me figuro que dejaré que usted me prepare lo que quiera, pero ese saco me interesa. ¿Cuál es su precio poco más o menos?

—Tal como están los palos —opinó Cortland—, creo que la viuda podría conseguir unos ciento setenta y cinco dólares.

—Yo le ofrezco ciento cuarenta y cinco dólares, pero tendrá que confiar en mí hasta que pueda ir a la oficina y extenderle un cheque.

—No tengo autoridad para aceptar semejante oferta —replicó Cortland—. Aguarde un momento. Quiero que pruebe este palo. Coja esta pelota y salga al campo de hoyos para dar unos cuantos golpes. Vea si le coge el ritmo. Señor Mason, lo hará mejor si se coloca bien detrás de la pelota. Apoye su peso más sobre el costado derecho que sobre el izquierdo, y dé un golpe suave, pero enérgico, en el centro de la pelota. Este palo tiene un equilibrio que creo le irá muy bien.

Mason tras darle las gracias, cogió la pelota y el bastón, y salió a practicar sobre el césped por espacio de cinco minutos, al cabo de

los cuales regresó y dijo:

—Creo que va perfectamente. Me parece que podré usarlo sin dificultad.

—Pensé que podría manejarlo.

—¿Qué me dice usted de los palos de golf? —preguntó Mason.

El profesor sonrió.

—Telefoneé a la viuda. Ha retirado la oferta.

—Bien —dijo Mason—. Quiero los palos. Subiré el precio. ¿Cuánto dijo ella que quería?

El profesor meneó la cabeza.

—Ha decidido no venderlos. Desea conservarlos como recuerdo de su difunto esposo. Él siempre los tenía en su estudio, en su casa, y ella dice que la habitación parece desnuda y solitaria sin ellos. Quiere que se los lleve esta noche cuando vaya a mi casa. Yo le prometí llevárselos.

Mason suspiró.

—Bien, me lo imagino, pero desde luego me gustan esos palos.

—Si ni siquiera los ha tenido en la mano —argumentó Cortland.

—Lo sé —admitió Mason—. Pero hay algo en su aspecto… en ese saco…

—Es bonito —declaró Cortland y luego continuó seleccionando los palos para el saco de Mason.

—He venido sin mi talonario de cheques —dijo Mason.

—No importa. Aquí tenemos cheques en blanco. Puede usted llenar uno, si quiere.

—Muchísimas gracias —agradeció Mason—. Voy a desempolvar mi golf y a tratar de hacer un poco de ejercicio.

—Aquí está todo —indicó Cortland—. Pero no se exceda.

Mason rellenó el cheque, cogió sus palos nuevos para llevarlos a su automóvil, y luego enfiló la carretera hacia Palm Springs.

En el cruce de la carretera principal le aguardaba Paul Drake en su automóvil, y tocó dos veces el claxon para advertirle.

Mason acercó su coche a la cuneta y lo detuvo.

—¿Qué tal el golf? —le preguntó Drake.

—Terrible —manifestó Mason—. Me duelen todas las articulaciones. Demasiadas salas de audiencia y poco ejercicio. ¿Conseguiste poner la carta en el saco de golf?

—Sí —respondió Drake—, y fue muy sencillo. Al entrar distraje la atención del profesor mientras el hombre que me acompañaba, y que es un auténtico entusiasta del golf, revolvía todo lo de la tienda.

—¿Tuviste dificultades en encontrar el saco en cuestión? —preguntó Mason.

—En absoluto —repuso Drake—. Gerald Atwood tenía su nombre marcado en la parte alta del saco. ¿Qué hiciste tú?

—Despertar las sospechas de la viuda —declaró Mason—. Creo que lo hice tan artísticamente que no sospechará que hayamos puesto la carta, sino que yo he acudido allí para comprar el saco de golf de su esposo.

Drake rió.

—De manera que, como puedes ver, ahora la trampa ya está tendida.

—¿Y podemos prescindir de algunos de mis hombres? —preguntó Drake.

—Despediremos a todo el mundo —decidió Mason—. Hemos conseguido dar con la ciega, de manera que eso hay que aprovecharlo, y no quiero que ningún detective vigile la casa de Atwood esta noche porque podría desbaratar nuestro plan.

—¿Quieres decir que vigilaremos nosotros mismos?

Mason meneó la cabeza.

—No es que vayamos a vigilar, sino que pasaremos la noche en la casa, Paul.

—¡Eh, aguarda un minuto! —protestó Drake—. No puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

—No tenemos derecho a estar allí. Nosotros…

—No seas tonto —le contradijo Mason—. Representamos a Katherine Ellis. Ella tiene una llave de la puerta principal. Todavía tiene cosas en su habitación y la señora Atwood aseguró que la señorita Ellis o sus representantes podían ir en cualquier momento a recogerlas.

—A recoger sus cosas, sí —replicó Drake—; pero eso es distinto a permanecer allí toda la noche.

Mason sonrió para tranquilizarlo.

—Es probable que no tengamos que estar más que hasta

medianoche, Paul.

—Anoche no dormí mucho —protestó Drake.

—Tampoco yo —le dijo Mason—. Tal vez podamos turnarnos esta noche.

—¿Podremos entrar fácilmente? —preguntó Drake.

—Seguro —fue la respuesta de Mason—. Tengo la llave de Katherine Ellis. Las autoridades han disminuido la vigilancia, y…

—¿Supongamos que han preparado una trampa? —dijo Drake.

—Entonces nosotros les hemos puesto el cebo —respondió Mason.

# Capítulo 13

Bastante después de haber oscurecido, Perry Mason y Paul Drake aparcaron sus coches a un par de manzanas de distancia de la antigua casa de dos pisos, y luego echaron a andar tranquilamente.

—Ahora la cuestión es caminar hasta la puerta principal con la mayor naturalidad —aconsejó Mason sosteniendo en la mano un llavín—. Introduciremos la llave en la cerradura atravesaremos el vestíbulo hasta la escalera que está a mano derecha, subiremos hasta el primer piso, torceremos a la derecha… la habitación de Katherine Ellis es la que da a la calle. Tenemos que disponernos a permanecer allí aguardando un largo rato.

—Puede que no sea muy largo —repuso Drake—. Mi empleado me dijo que Bernice Atwood acudió corriendo al Club de Campo las Cuatro Palmas para recoger apresuradamente el saco de golf. Apuesto lo que quieras que en cuanto llegó a su casa registró los rincones del saco.

—No tardará mucho en decidirse a entrar en acción directa. Sospecho que en la casa de Palm Springs encontró un testamento en que lo dejaba todo a Sofía, y lo destruyó. Ahora tiene razones para creer que existe otro testamento hológrafo posterior, y que está escondido en esta casa.

—¿Y si la cogemos haciendo un registro, qué prueba eso? —preguntó Drake.

—No prueba nada —replicó Mason—. Pero es una evidencia que conducirá a la prueba. Al fin y al cabo, recuerda Paul, que mi trabajo no consiste en conseguir una parte de la herencia de Gerald Atwood para Sofía, sino en procurar que Katherine Ellis salga libre de la acusación de delito de asalto con intento de asesinato.

»Lo que quiero demostrar es que otras personas estaban

interesadas en registrar la casa, y que si durante el registro encontraron una sombrerera llena de dinero, tuvieron ocasión de apropiárselo.

—Eso tampoco prueba que Katherine Ellis no volviera más tarde y golpeara a tía Sofía —dijo Drake.

Mason rió:

—Te sorprenderás al ver la cantidad de evidencia que reuniremos antes de ir al juzgado… Bien, ya estamos ante la casa, Paul, enfilemos la avenida y subamos los escalones con toda la tranquilidad del mundo.

—Deberíamos encender las luces al entrar —observó Drake—. Si alguien nos viese entrar sin encender las luces…

—Nada de luces —le interrumpió Mason—. Si somos vistos por alguien que ande vigilando la casa, estamos perdidos en menos de cinco minutos.

Perry Mason introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—Entra, Paul.

La casa había estado cerrada y el ambiente se notaba un tanto enrarecido, distinto del aire puro del exterior.

—Me figuro que a tía Sofía no le agrada mucho la ventilación —dedujo Drake.

—Puedes hablar hasta que lleguemos a la habitación de Katherine, Paul. Luego permaneceremos absolutamente quietos y en silencio, a oscuras y sin fumar.

—¡Cielo santo! —exclamó Paul—. ¡No me digas eso!

—Debieras saberlo —replicó Mason—. No se puede alarmar a un intruso con mayor eficiencia que dejándole oler humo de tabaco recién quemado.

—Tendré que morderme las uñas —gimió Paul—. En realidad no me necesitas aquí, Perry.

—Vaya si no —replicó Mason—. Necesito un testigo y necesito refuerzos. Tú tienes licencia para usar armas. ¿La llevas encima?

—Desde luego —afirmó Drake—. ¿No podría ir a fumar al lavabo?

—Lo de fumar descártalo —fue la respuesta de Mason—. Quizá no tengamos que aguardar mucho.

—Tal vez ese vecino tan diligente que vio llegar a Katherine Ellis

en el taxi, también nos haya visto y avise a la policía —se lamentó Drake en tono lúgubre—. Entonces no tendremos que esperar nada, sino ir a contar nuestra historia ante la mesa del sargento.

—La policía no va a detenernos. Estamos aquí para recoger las pertenencias personales de mi cliente. Tenemos permiso de Sofía Atwood para entrar en la casa, y estamos debidamente autorizados por mi cliente para coger sus pertenencias.

—¿A oscuras? —preguntó Drake.

—A oscuras. Pero nadie puede afirmar que haya sido a oscuras, sin entrar primero. Ahora ten cuidado con la escalera, Paul.

El abogado abrió la marcha por la escalera que iba girando al ascender.

Los escalones crujían bajo el peso de los dos hombres.

Mason llegó a lo alto de la escalera, se dirigió a la puerta de la habitación y entró.

El reflejo de las luces de la calle les permitieron ver lo suficiente para abrirse paso. Mason se echó sobre la cama y Drake ocupó una butaca tapizada.

—Tendremos que estar alerta o vamos a quedarnos dormidos —comentó Drake.

—Cállate —le advirtió Mason.

—No hay necesidad de guardar silencio —insistió Drake—. Con lo que cruje esa escalera podemos oír llegar a cualquiera mucho antes de que nos oiga a nosotros.

—Hay una escalera posterior en algún lugar de la casa —repuso Mason—. Tal vez no cruja, o si cruje podemos no oírlo desde aquí. Ahora guardemos silencio.

—No puedo remediarlo —dijo Drake—. Claro, que si pudiera dormir, eso me aliviaría.

—Entonces duerme, y calla —le aconsejó Mason.

Los dos hombres permanecieron sentados en el cálido silencio del dormitorio durante varios minutos, luego los muelles de la cama crujieron ligeramente mientras Mason variaba de posición y colocaba un par de almohadas debajo de sus hombros.

Paul Drake se removió en su butaca sin hacer el menor ruido.

Aguardaron…

El ruido del tráfico les llegaba apagado. Cuando la temperatura

comenzó a variar en la casa, se oyeron ligeros crujidos.

Drake suspiró profundamente. Hubo un silencio de varios minutos y luego la respiración rítmica y profunda del detective indicó que estaba dormido.

Mason, tratando de conservar la misma posición, luchaba con la modorra.

La puerta del dormitorio de Katherine Ellis que daba al corredor estaba abierta de par en par para que los dos hombres pudieran ver el menor resplandor de luz, en caso de que el intruso llevara linterna. Transcurrió una hora.

La respiración de Drake se hizo más profunda, convirtiéndose en un ligero ronquido.

Mason se incorporó en la cama sin hacer ruido y dio unos golpecitos en la rodilla de Drake.

El detective se despertó con sobresalto.

—¿Eh?

—Chisssss —le previno Mason.

Guardaron silencio.

Desde algún lugar del segundo piso se oía un ruido peculiar, como si deslizaran algo… un ruido que era casi un ritmo de ruidos sucesivos.

Mason se levantó de la cama apoyándose en la rodilla de Drake.

Drake puso su mano en el hombro de Mason para hacerle saber que estaba despierto y había estado escuchando.

Los dos hombres escucharon atentamente.

De pronto hubo un estrépito ensordecedor… ruido de cristales al romperse. Una voz masculina soltó una maldición y al mismo tiempo un haz de luz iluminó el pasillo, y luego pasos que iban hacia la escalera principal.

—Vamos, Paul —dijo Mason saliendo al pequeño pasillo que iba a dar al rellano de la escalera.

El abogado llegó a tiempo de abalanzarse sobre la figura que corría hacia la escalera con una linterna en la mano derecha.

El hombre se revolvió bajo el cuerpo de Mason, agarró su linterna y quiso golpear la cabeza del abogado.

Perry Mason cogiendo la muñeca del hombre golpeó su brazo contra el suelo.

—Quieto —le ordenó— o le aplasto. Paul, mira si encuentras el interruptor de la luz.

—Lo estoy buscando —respondió Drake.

—Coge su linterna —apuntó Mason—. Y así lo encontrarás.

—Ya lo he encontrado —replicó Drake encendiendo la luz.

Mason aflojó su presión para mirar al hombre caído en el suelo.

—Vaya, que me aspen —exclamó—. Si es Stuart Baxley, el amigo de la familia.

Baxley con el rostro contorsionado por el odio, dijo:

—Intrusos, espías…

Mason plantó su codo sobre el diafragma del otro que calló en seco.

El abogado se incorporó apoyándose sólo en una rodilla para registrar la figura de Baxley. Palpó un bulto en el bolsillo posterior del otro y extrajo un revólver que arrojó por el suelo a Drake.

—Será mejor que lo guardes como recuerdo, Paul.

—Asegúrate de que no lleva otro —previno Drake—. Algunas veces llevan una pequeña «Derringer…».

—No hay más —replicó Mason—. Vamos, Baxley. Levántese.

Baxley gimió, y apoyándose en sus rodillas y manos se puso lentamente en pie, con aspecto de animal acorralado.

—No intente huir —le advirtió Mason—. No hay lugar a donde pueda ir donde no le aguarde una orden de detención por allanamiento y escalo.

—¿Y ustedes qué? —replicó Baxley furioso.

—Nosotros estamos aquí con un fin legítimo, y hemos entrado con una llave. ¿Y usted?

—No quiero responder —dijo Baxley.

—¿Qué era lo que arrastraba, o golpeaba? —preguntó Mason—. Usted… Oh, aquí hay agua. Echa un vistazo a ver que es, Paul.

Drake abrió una puerta del pasillo y dijo:

—Supongo que debe ser el dormitorio de Sofía Atwood. Había un purificador de agua. Lo han volcado y la gran botella de cristal se ha hecho añicos.

—Bien —dijo Mason—. Creo que hay que dar parte a la policía para que sepan…

—Aguarden un minuto —exclamó Baxley—. No es necesario

mezclar en esto a la policía.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, yo estaba tratando de conseguir alguna prueba.

—¿Pruebas para condenar a Katherine Ellis? —preguntó Mason.

—Tal vez sí —contestó Baxley—, o tal vez no.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —quiso saber Mason.

—No mucho.

—¿Cómo ha entrado?

Baxley comenzó a decir algo, pero luego cambiando de idea:

—Esperen un momento. ¿Tenemos un trato o no?

—Hasta ahora ninguno —repuso Mason—. Continúe hablando.

De pronto Baxley apretó los labios.

—No voy a hablar más. No hablaré hasta que hagamos un trato.

Mason dirigióse a Drake.

—Paul llama a la policía. Probablemente será mejor que vengan los del departamento de homicidios. Son los que han estado trabajando en el caso contra Katherine Ellis.

Drake avanzó por el pasillo mirando a su alrededor, luego, utilizando la linterna que le habían quitado a Stuart Baxley, bajó la escalera y encendió las luces de la planta baja.

Baxley miraba en derredor buscando un sitio por dónde escapar.

—No le va a hacer ningún bien tratar de huir —le aconsejó Mason—. Para su información, le diré que yo no le dispararía… por lo que tenemos contra usted hasta ahora… pero cuando llegue la policía y les diga que le hemos encontrado aquí, avisarán por todas partes y lo atraparán. Además, en este estado la huida es una prueba de culpabilidad, de manera que está usted atrapado y tiene que reconocerlo.

Baxley se dispuso a decir algo pero cambió de idea.

Desde el piso de abajo podía oírse a Drake hablando con la policía.

Luego el detective dejando el teléfono corrió hasta el pie de la escalera para gritar a Mason:

—¿Enciendo las luces del porche para que pueda entrar la policía?

—Desde luego —replicó Mason.

Se volvió a Baxley.

—Si nos dijera lo que andaba buscando, eso aclararía algo la atmósfera y quizá fuera la base para una pequeña cooperación.

—¿Y qué es lo que buscaban ustedes? —preguntó Baxley.

—A usted —replicó Mason.

—No, no es cierto —se exasperó Baxley—. Y andaban por aquí sin zapatos. ¿Qué buscaban…?

De pronto Baxley se interrumpió entrecerrando los ojos.

—¡Demonio! —exclamó—. Ustedes no estaban buscando nada. Ustedes…

—¿Sí? —le animó Mason—. ¿Qué estábamos haciendo?

—Sin comentarios —terminó Baxley.

Al cabo de unos breves, pero tensos minutos se oyó llamar a la puerta principal… luego, cuando Drake hubo abierto, rumor de voces y de pasos que subían la escalera.

Stuart Baxley dijo a Mason:

—Ahora ya está hecho. Han echado la manteca al fuego.

Mason guardaba silencio, pensando, con los ojos bajos para concentrarse.

Los pasos se aproximaron por el pasillo, y apareció Drake con dos policías.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el agente.

Mason respondió:

—Ha entrado un intruso.

—¿Es ésta la residencia Atwood? —preguntó el oficial.

—Sí —repuso Mason.

—Sofía Atwood fue asaltada por su sobrina y está inconsciente en estos momentos en el hospital —manifestó el policía.

—En general es correcto —replicó Mason—, excepto que no fue asaltada por su sobrina, sino por un intruso.

»Y… —prosiguió el abogado tras una pausa significativa— hemos capturado a un intruso.

Baxley se volvió hacia Mason.

—Oiga, condenado… ¡No puede achacarme eso!

—¿Achacarle el qué? —preguntó Mason.

—El asalto.

—Yo no he querido achacarle nada —afirmó Mason—. Me he limitado a declarar que usted es un intruso.

—¿Y qué me dice de usted? —preguntó Baxley.

—¿Quieren ustedes interrogarlo? —preguntó Mason a los agentes de policía—. ¿O prefieren que lo haga yo?

Uno de los oficiales sonrió.

—Ustedes lo están haciendo muy bien. Ahora vamos a ver… usted es Perry Mason, el abogado.

—Eso es.

—¿Y este hombre? —preguntó el policía señalando a Paul Drake con el pulgar.

Drake que estaba preparado para la pregunta, extrajo una cartera de cuero de su bolsillo, que abrió para mostrar sus credenciales.

—Es un detective privado —explicó Mason—. Está a mi servicio.

El oficial se volvió a Baxley.

—Mi nombre es Baxley. Soy amigo de la familia.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —preguntóle Mason.

—Eso a usted no le incumbe.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —le preguntó el oficial.

—Buscaba pruebas.

—¿De qué?

—De la presencia de un intruso.

—¿Cómo entró usted?

—Por la puerta de atrás. Tiene un cerrojo con muelle que puede ser abierto con un pequeño trozo de celuloide, si se sabe hacerlo.

—Nosotros lo sabemos —manifestó el oficial—, pero era de esperar que usted lo ignorase.

—Bueno, pues da la casualidad de que lo sé.

El oficial preguntó a Mason:

—¿Qué estaba haciendo aquí?

—Yo represento a Katherine Ellis.

—¿Que ha sido detenida por asalto e intento de asesinato?

—Correcto.

—De acuerdo, volveré a preguntarle: ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Estaba en la habitación ocupada por la señorita Ellis. Tenía motivos para suponer que algún intruso entraría en la casa.

—¿Qué fue lo que le sugirió esa idea?

—Pensé que un intruso podría tener un motivo.

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó el oficial.

Mason sostuvo la mirada del oficial.

—Existen pruebas circunstanciales en el caso contra Katherine Ellis, y hasta el momento eso es todo… es un caso bastante débil. Yo pensé que quizás alguien quisiera preparar alguna pequeña evidencia.

—¿Cómo qué? —quiso saber el agente.

Mason respondió:

—No lo sé. La señorita Ellis fue acusada de haber robado un billete de cien dólares y ha presentado la demanda por difamación contra ese hombre, Baxley. ¿Cómo voy a saber que no estaba preparado para colocar alguna prueba en la casa que acusara a la señorita Ellis?

—Eso —comenzó a decir Baxley— es lo más absurdo…

—Y —le interrumpió Mason— llevaba consigo un revólver. No sé si tendrá licencia para usarlo.

—¿Dónde está el revólver? —preguntó el oficial.

—Lo tiene Paul Drake.

—¿Tiene usted licencia para llevar esa arma? —preguntó el oficial a Baxley.

—No, no la tengo. No la llevaba en público. Sólo la traje aquí, a la casa de mi amiga. Tengo derecho a proteger la casa de una amiga.

—¿Cómo la trajo aquí?

—No pienso responder —dijo Baxley—. Si quiere probar que llevaba un arma cuando vine, adelante, pruébelo.

—Es usted algo beligerante, considerando la posición en que se encuentra —insinuó el oficial.

—No me encuentro en ninguna posición —respondió Baxley—. Y ande con cuidado o será usted el que se encuentre en una posición falsa. Este abogado es conocido por emplear tácticas poco convencionales. Usted acepta su palabra de que estaba sentado en la habitación donde había vivido Katherine Ellis. No tenía derecho a estar allí. Pero, ¿cómo sabe usted que no andaba por la casa tratando de preparar alguna evidencia que debilitase el caso contra su cliente? Ése es su estilo.

El oficial miró a Mason con aire pensativo.

Mason, sonriéndole se defendió:

—Sofía Atwood me dijo que Katherine Ellis podía llevarse el resto de sus cosas en cualquier momento. Era en la habitación de la señorita Ellis donde aguardábamos, y entramos en la casa con la llave que me entregara Katherine Ellis.

—¿Cuándo se la dio?

—Antes de ser arrestada.

—Está bien —decidió el oficial—. Iremos todos a Jefatura. Vamos a cerrar esta casa. Me parece que al teniente Tragg de Homicidios le gustará que deje a uno de mis hombres de guardia. Fred, llama y da el informe. Ve si puedes hablar personalmente con el teniente Tragg. Sé que le interesará saber que Mason estaba aquí.

Stuart Baxley sonrió.

El oficial encargado, tras vacilar unos momentos, ordenó:

—Llévense a estos tres hombres al coche. Yo voy a echar un vistazo por aquí para ver si hay alguna prueba o si han tocado algo.

—Hágalo —replicó Stuart Baxley—. Y descubrirá que el abogado estaba aquí por alguna razón. Mire en el armario donde robaron el dinero. Se llevaron un billete de cien dólares que estaba dentro de una sombrerera. Mire a ver si encuentra que ese abogado ha puesto un billete de cien dólares en algún lugar del fondo del armario, y él dirá que cayó de la caja cuando un ratón la volcó. Es su estilo.

Mason sonrió.

—Eso explica la historia, oficial. Registre a ese hombre, Baxley y vea si no lleva encima un billete de cien dólares que planeaba colocar en la habitación ocupada por Katherine Ellis.

Baxley dio un paso atrás.

—No puede registrarme —se defendió—. No tiene usted una orden.

—Fíjese en sus manos —insistió Mason—. Vigile que no se deshaga de un billete de cien dólares de aquí a jefatura. Enciérrelo por allanamiento y escalo de morada y tendrá derecho a registrarlo. Se puede decir por su modo de actuar ahora que he dado bastante cerca del blanco. Lleva encima un billete de cien dólares.

—¿Es eso un crimen? —preguntó Baxley.

—Puede ser evidencia de un intento para cometer un crimen —

replicó Mason.

—Siempre llevo encima un billete de cien dólares —indicó Baxley enrojeciendo—. Lo llevo como una reserva de emergencia en el caso de que quedara corto de dinero suelto o se me presentase un viaje inesperado.

—Todos irán conmigo a jefatura, y ninguno intentará arrojar nada durante el camino.

Los oficiales hicieron subir a Mason, Drake y Stuart Baxley a la parte posterior del automóvil.

Baxley utilizó todos los medios a su alcance para liberarse, ya amenazando, o suplicando, diciendo que aquello era un insulto y que su reputación sufriría daños irreparables si lo llevaban a jefatura.

El oficial conducía sin inmutarse, silencioso y al parecer sin prestar atención a las palabras de Baxley. En jefatura, el sargento escuchó la historia de los agentes.

—¿Quién telefoneó a la policía? —quiso saber.

—Yo —respondió Drake.

—¿Cómo entraron usted y Mason en la casa? —preguntó el oficial.

—Teníamos una llave… una llave que me entregó mi cliente, que vivía en el edificio —repuso Mason.

—¿La lleva consigo?

—Sí.

—Déjeme verla.

Mason le mostró la llave. El sargento la estudió pensativo, dio unos golpecitos con ella sobre el escritorio, y luego la puso en un cajón de la mesa.

—Lo siento —replicó Mason con firmeza—. Tendrá que devolverme esa llave.

—¿Por qué?

—Mi cliente tiene algunas cosas en esa habitación. Yo soy el encargado de sacarlas.

El sargento, tras vacilar unos instantes, devolvió la llave a Mason.

—¿Cómo entró usted en la casa? —preguntó a Stuart Baxley.

—Hace tiempo que sospechaba que había… —comenzó a decir

Baxley.

—¿Cómo entró usted? —le interrumpió el sargento.

—Por la puerta de atrás.

—¿Estaba abierta?

—Pues no, exactamente. Digamos que el pestillo era vulnerable.

—¿Qué quiere decir eso de «vulnerable»?

—Pues, se trata de un cierre de muelle. Puede introducirse un fragmento de celuloide fuerte, o de plástico, presionar con él, y salta el pestillo.

Mason intervino:

—Creo que el señor Baxley fue quien entró por la puerta de atrás y descubrió el cuerpo inconsciente de Sofía Atwood.

Baxley se volvió hacia él indignado.

—¡Usted no se meta en esto! No es asunto suyo.

Mason se encogió de hombros.

—¿Es eso cierto? —preguntó el sargento.

—Es cierto —replicó Baxley—. Da la casualidad de que tuve la fortuna de encontrarla. De no haber sido por eso, ahora estaría muerta, y la cliente del señor Mason tendría que enfrentarse con una acusación de asesinato.

—¿Cómo entró usted la vez que descubrió a Sofía Atwood?

—La puerta posterior estaba entreabierta.

—¿No estaba echado el pestillo?

—Hay pestillo, pero no había sido echado.

—¿De haberlo estado, hubiese podido abrirlo?

—Me figuro que sí. Entonces lo ignoraba. No fue hasta que estudié la puerta de atrás y su pestillo, cuando descubrí que era vulnerable.

—¿Cómo conoce usted este truco de utilizar una hoja de plástico duro para abrir un cierre de muelle?

—Lo leí en alguna novela policíaca.

Se abrió la puerta de la calle, y el teniente Tragg entró apresuradamente.

—Vaya, vaya, vaya —exclamó—. ¿Qué es esto? ¿Una especie de congreso?

Mason sonrió.

El sargento le expuso la situación del momento, con brevedad.

—Estos tres hombres estaban en casa de Sofía Atwood. Al parecer Mason y este detective privado, Drake, llegaron primero. Entraron con una llave por la puerta principal, y dicen que estuvieron en la habitación que ocupara Katherine Ellis, la cliente de Mason.

»Oyeron un ruido y salieron, descubriendo que el purificador del agua se había volcado, y a Stuart Baxley en la casa. Le sujetaron y telefonearon a la policía.

—¿Qué parte telefoneó a la policía? —quiso saber Tragg.

—Mason y Drake.

El teniente Tragg se volvió a Baxley.

—¿Qué estaba usted haciendo allí? —le preguntó.

—Yo tenía derecho a estar allí. Represento a la señora Atwood.

—¿Tiene algo que lo pruebe?

—Tengo su palabra.

—Por desgracia ahora ella no puede darnos su versión de este asunto —repuso el teniente Tragg—. Tendrá que tener algo escrito.

—Mason tampoco tiene ningún documento escrito —replicó Baxley.

—La situación es algo distinta para el señor Mason —aclaró el teniente Tragg—. Su amigo y detective, Levering Jordan, dice que Mason estaba autorizado para entrar en la casa; que la señora Atwood estuvo hablando con él mientras Mason estaba en la casa, y en tanto que la secretaria Della Street, reunía algunas cosas para llevarlas a la señorita Ellis.

»Jordan oyó decir a la señora Atwood que Katherine Ellis podía volver en cualquier momento para recoger el resto de sus pertenencias. Lo que Katherine Ellis puede hacer por sí misma, también puede hacerlo a través de un agente… es decir, si se trata de un agente tan honorable como lo es un abogado.

Baxley guardaba un silencio imponente y agresivo.

—Ahora dígame, ¿qué estaba usted haciendo allí? —le preguntó el teniente Tragg—. ¿Qué es lo que andaba buscando?

—Evidencia.

—La policía había registrado todo el lugar.

—Yo buscaba algo que pudiera haberles pasado por alto.

Mason intervino:

—Quizá deseaba dejar alguna evidencia que pareciese que había pasado por alto a la policía.

Tragg observaba a Mason con el ceño fruncido.

—¿Algo como un billete de cien dólares colocado en algún lugar del dormitorio ocupado por Katherine Ellis…?

—¡No, no, no! —protestó Baxley, impaciente e indignado—. Todo lo vuelven al revés.

—¿Qué quiere decir al revés? —preguntó el teniente Tragg.

—Yo no intentaba dejar ninguna prueba.

Tragg observó a Baxley con aire pensativo.

—¿Tiene usted un billete de cien dólares en su bolsillo? —le preguntó.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—No lo sé. Sólo le he hecho una pregunta, eso es todo.

—Eso a usted no le incumbe —replicó Baxley—. No tiene ninguna orden de detención contra mí.

—Fue usted sorprendido allanando una morada —replicó Tragg —. Podemos detenerle por eso, y cuando lo hagamos vaciará sus bolsillos encima del escritorio. Voy a preguntarle otra vez, ¿lleva usted un billete de cien dólares encima?

—Está bien —repuso Baxley—. Tengo un billete de cien dólares.

—Veámoslo.

Baxley sacó una carterita de su bolsillo y de ella un flamante billete de cien dólares.

—¿Dónde está el resto de su dinero? —le preguntó el teniente Tragg.

—En un billetero, en un bolsillo de mi chaqueta.

—Enséñemelo.

Baxley vacilaba, pero al fin abrió un billetero que llevaba en el bolsillo interior de su americana.

El teniente Tragg fue contando el dinero.

—Tiene usted aquí cuarenta y siete dólares en billetes ¿Y supongo que algún dinero suelto llevará en otro bolsillo?

Baxley introdujo su mano derecha en el bolsillo de su americana y sacó una pequeña cantidad de monedas.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene ese billete de cien dólares? —le preguntó Tragg.

—Habitualmente suelo llevar un billete de cien dólares como reserva para un caso de necesidad.

—¿Quiere usted asegurar que lo lleva consigo siempre?

—Sí.

—¿Tiene que emplearlo muy a menudo?

—Da la casualidad de que jamás he tenido que usarlo —repuso Baxley—. Lo llevo sencillamente como un fondo para una emergencia.

—¿Entonces hace algún tiempo que tiene este billete de cien dólares?

—Sí.

—¿Cuál es su Banco? —preguntó Tragg.

—La Banca del Litoral.

—Está bien —manifestó el teniente Tragg—. Si su versión es auténtica no habrá sacado cien dólares de su cuenta corriente. Pero por el aspecto de ese billete no lo ha llevado mucho tiempo en esa carterita. Supongamos que llamamos al Banco y…

—He sacado este billete del Banco esta mañana —se apresuró a decir Baxley—, si es eso a donde quiere ir a parar.

—Pensé que usted había dicho que lo llevaba siempre encima.

—Un billete de cien dólares… no éste precisamente.

—¿Qué hizo usted con los otros?

—Yo… he… los cambié.

—¿En su Banco?

—No, en mi Banco no, en algún otro. Quería algunos billetes de veinte dólares y cambié el de cien por billetes de veinte. Luego fui a mi Banco y extendí un cheque por cien dólares para tener este billete de cien para reemplazar mi reserva.

—Me hubiese gustado mucho más su historia si me la hubiese contado así la primera vez —dijo el teniente Tragg pensativo.

—No tiene usted derecho a adoptar esta actitud conmigo —protestó Baxley.

El teniente Tragg se volvió de improviso hacia Perry Mason.

—Está bien, Mason, usted estaba siguiendo alguna de sus corazonadas. ¿Cuál era?

—Lo siento, teniente —repuso Mason—, todo lo que puedo decirle es que estaba siguiendo una corazonada. Paul Drake y yo

estábamos vigilando la casa.

—En otras palabras —prosiguió Tragg—, ¿usted actuaba en la suposición de que alguien intentaría entrar en la habitación de Katherine Ellis para dejar un billete de cien dólares?

Drake dirigió a Mason una mirada apresurada y luego evitó sus ojos.

—En este caso me encuentro en una posición peculiar, teniente. Tiene usted que comprenderlo. Yo puedo decirle que estaba en la casa como resultado de la autorización dada por la señora Atwood, la propietaria de la casa, y de Katherine Ellis, que era la inquilina de la habitación donde Drake y yo aguardábamos. No puedo decirle exactamente lo que esperábamos, pero usted tiene una mentalidad entrenada como investigador, y si quiere atar cabos, no hay nada que podamos hacer para detenerlo.

Tragg, sonriendo, dijo:

—Ése es un bonito ejemplo de doble sentido, pero desde luego ha dicho una cosa que es clara como el agua, y es que si yo quiero atar cabos no va a impedírmelo.

Stuart Baxley exclamó indignado:

—Él puso el primer cabo en su mente, y luego el segundo cabo, y el resultado que consiga atarlos es precisamente el deseado por Perry Mason.

El teniente Tragg miró a Baxley pensativo.

—Baxley —le anunció—, está usted en una posición muy delicada en este caso. Le dejaré marchar. No voy a detenerlo, pero manténgase alejado de esa casa y no vaya por ahí forzando cerraduras.

—Yo no forcé ninguna cerradura.

—Bueno, eso depende de a lo que usted llame «forzar». Técnicamente, eso fue escalo y allanamiento de morada.

—Yo tenía tanto derecho como Mason o más.

—No, no lo tenía —replicó Tragg—. Ahora no se acerque a ese lugar. ¡Manténgase alejado! Si en lo futuro es usted detenido por esos alrededores, se va a ver en un serio apuro. Fíjese que no lo detengo de momento. Me limito a dejarle marchar. Es usted un hombre de negocios y podemos cogerle en cuanto queramos. No hay necesidad de meterlo en una celda para que al día siguiente

comparezca ante un juez por los cargos presentados y una fianza establecida. Es mejor dejarlo en libertad bajo su cuenta y riesgo.

Tragg volvió a Mason para decirle:

—Para su información, abogado, parece ser que Sofía Atwood vivirá. Realizaron una operación de urgencia y extrajeron por lo menos gran parte del coágulo, pero hay complicaciones. No ha recobrado el conocimiento y, cuando lo haga, es posible que sufra una amnesia traumática y no pueda recordar nada.

»Se lo digo por la razón de que de todas formas va a leerlo en los periódicos, y eso significa que vamos a proceder inmediatamente contra Katherine Ellis con una audiencia preliminar. Luego, si ocurriera algo y hubiese un cambio y falleciese, siempre podríamos retirar esta demanda y procesarla por asesinato en primer grado ante un gran jurado. Felices sueños, abogado.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Mason.

—Pueden irse ya, y creo que también debo aconsejarles que no sería muy inteligente por su parte el merodear por esa casa. Si desea recoger las pertenencias de su cliente, haremos que le acompañe un policía mañana a la luz del día. Puede ir usted allí en coche, con maletas… una conductora, o lo que desee… y sacar de esa habitación todo lo que pertenezca a su cliente. El policía hará un inventario de todo lo que usted se lleve. Entretanto, no se acerque por aquella casa. Las pruebas pueden ser dejadas por cualquiera y no necesito advertirle, abogado, que colocar evidencia es un delito muy serio. En su caso puede conducir a complicaciones que pudieran incluso llegar a expulsarle del foro.

—No se me ocurriría falsear evidencia —repuso Mason.

—No —dijo Tragg—. No creo que lo hiciera. Pero sí podía usted preparar alguna especie de evidencia, algo que quizá fuese el cebo de una trampa.

—¿Y qué diantres podría utilizar como cebo? —preguntó Mason.

—No lo sé —repuso Tragg pensativo—. Pero no hago más que pensar y pensar. Como usted me dijo, no se puede evitar que una persona vaya atando cabos.

# Capítulo 14

—Bueno —dijo Drake cuando tomaron un taxi hasta la casa de Atwood para recoger sus automóviles—, ¿hacemos caso omiso de la advertencia de la policía para mantener la trampa en condiciones esta noche?

—No —fue la respuesta de Mason—. La policía hablaba en serio. Sin embargo, por encima de eso, la trampa ha dejado de ser trampa. La policía montará guardia allí dentro de quince minutos… si es que no lo ha hecho ya.

—¿Y qué es lo que esperarán?

—Que regresemos alguno de nosotros. Nos han advertido a todos que no nos acerquemos por allí, pero el teniente Tragg no está satisfecho con nuestras explicaciones. Él cree que hay algo en ese edificio que forma parte de la escena, y no sabe exactamente lo que es. Se propone descubrirlo… Mira ese coche que va delante y que lleva una abolladura en la parte izquierda del parachoques posterior…

—Es un «Morris».

—Bueno, pues para que lo sepas —prosiguió Mason—, cuando el coche patrulla nos llevó a jefatura, ese coche estaba aparcado delante de la comisaría de policía.

—Ah, bien —exclamó Drake—, es un coche disfrazado… un automóvil cuya matrícula no significa nada porque no ha sido adjudicado a nadie. La policía los utiliza para sus trabajos solapados.

—Exacto —convino Mason—. Creo que es la forma en que reaccionaría el teniente Tragg después de la información que ha recibido. Nuestra trampa no cazará nada esta noche. Y es una lástima, porque nos hemos tomado demasiado trabajo para ponerle

el cebo.

—Pero puede que ella todavía acuda —alentó Drake.

—No con toda la publicidad de que goza ese lugar esta noche —replicó Mason—. Un coche patrulla acudiendo a toda velocidad, tres hombres son llevados a jefatura… y a medianoche la radio dará la noticia de que nos han sorprendido en la escena del crimen, al parecer tratando de encontrar pruebas, y que luego nos llevaron a jefatura. No obstante, si Bernice es lo bastante tonta como para intentar entrar allí esta noche la policía la detendría antes de que llevase más de diez minutos en el interior.

—¿Y así qué hacemos? —preguntó Drake.

—Así tenemos que forzar nuestra mano. Pediremos una audiencia preliminar inmediata para Katherine Ellis, o exigiremos que retiren los cargos. Trataremos de conseguir una entrevista con la ciega, y entretanto, yo iré a mi oficina, donde Della Street ha firmado un recibo por las dos cajas de cartón que le ha enviado Katherine Ellis por barco.

—Sería mejor que tú fueses a la oficina mientras abrimos las cajas, Paul. Puede que haya algo de valor en ellas.

—¿Qué dijo ella que contenían?

—Mi cliente tenía un costoso guardarropa. Cuando supo que no tenía ni un centavo vendió los abrigos de pieles y todo lo que pudo producirle algún dinero… quedándose con lo más esencial cuando se vino aquí a vivir con su tía Sofía. Presintió que iba a vivir en un dormitorio reducido, y redujo su guardarropa todo lo posible. Las prendas y enseres que conservó son los que no le pueden proporcionar ningún dinero.

»Dice que guardó también algunos documentos que su padre había dejado y que pensó que tal vez valieran la pena… algunas acciones de una vieja mina de oro que según le informaron carecían de valor en aquel entonces en que la hacienda fue valorada, y un par de viejos álbumes de retratos familiares y algunas cartas.

»Yo le informé que necesitaba poderes para sacar las cajas del almacén y echarlas un vistazo y ver si entre esos viejos papeles había alguno que pudiera ayudarnos.

—¿Crees que encontrarás algo? —preguntó Drake.

—Probablemente no. Las posibilidades son de una contra mil —

afirmó Mason—. Pero lo que me interesan son esas acciones que entonces fueron consideradas sin valor. Algunas veces estos valores altamente especulativos resultan ser un buen filón.

—Yo no puedo ayudarte en eso —afirmó Drake—. Iré a casa a dormir un poco. Toda la noche pasada estuve aguardando una llamada.

—Yo también he tenido un día… —admitió Mason—. Pero quiero hacer un inventario de esas acciones.

—Puedes llamarme por teléfono a cualquier hora de la noche —le anunció Drake—; no obstante, convéncete antes de que sea algo importante. Estoy exhausto.

Mason asintiendo con la cabeza, le dio las buenas noches, y fue a su oficina donde Della Street ya tenía en orden la serie de valores, cuyo inventario había pasado a máquina.

Mason mirando la mesa donde Della Street había ordenado los papeles, dijo:

—Parece que ya no queda mucho trabajo para mí. Creo que tú lo has hecho todo.

—He hecho el inventario completo.

—¿Qué tal el álbum de fotografías?

—Son retratos de familia. ¿Quieres ver a tu cliente cuando tenía tres años? ¿O en otra foto desnuda a los tres meses? ¿O te gustaría echar un vistazo a la casa familiar, que al parecer fue hipotecada hasta la veleta, pero desde luego era una mansión ostentosa?

Mason fue hojeando los álbumes, deteniéndose en las fotografías más recientes.

—En ésta verás a tu cliente en su lujoso automóvil deportivo, sentada tras el volante con aire indolente. Apuesto a que le hubiese producido un gran shock, si alguna adivinadora del porvenir le hubiese dado unos golpecitos en el hombro para decirle: «Querida, dentro de seis meses a partir de hoy, tendrás que ganarte la vida haciendo de camarera».

Mason contempló la foto pensativo.

—¿Alguna fotografía de tía Sofía? —quiso saber.

—¡Oh, sí! Aparece en varias instantáneas familiares, pero son bastante antiguas.

—Creía que ese álbum de fotos familiar había pasado de moda

—dijo Mason.

—Me da la impresión de que el padre era muy apasionado a la fotografía —opinó Della Street—. La mayoría de ellas, son claras y perfectas; no obstante hay otras tomadas con otra cámara distinta que aparecen confusas, con poca exposición, y desenfocadas. Me parece que debió hacerlas la madre de Katherine Ellis, porque son todos retratos de la familia… grupos en ocasiones festivas tales como la fiesta del decimoquinto cumpleaños de Katherine, en la que aparece ella con dos de sus compañeras de colegio.

—¿Y qué hay de las ropas? —preguntó Mason.

—Todas están cuidadosamente colocadas —afirmó Della Street —. Y no creo que podamos hacer otra cosa mejor que dejarlas dobladas como están en esas cajas. Tendríamos que tener un sitio adecuado donde ponerlas.

Mason asintió con la cabeza.

—Mañana por la mañana nos ocuparemos de eso, Della. Esta noche estoy cansadísimo. Y mañana llamaremos a esta ciega a su número particular. Llamaremos hasta que conteste, y voy a pedirle una entrevista.

—¿Y qué puede ella decirnos? —preguntó Della Street.

—Probablemente mucho si quiere hacerlo —replicó Mason—. Por ejemplo, ¿por qué mantener vigilancia en la Compañía de Manufacturas Gillco, y por qué utilizar a una mujer ciega como centinela?

Della Street respondió:

—Quizá la mujer ciega es sencillamente una tapadera que sirve de excusa para permitir que fuera allí Sofía Atwood parte del tiempo.

—Entonces la ciega sabrá por qué Sofía Atwood quería ir allí —contestó Mason—. Pero sospecho que hay algo más en el aire.

—¿Qué?

—Me hace el efecto que se trata de espionaje industrial —sentenció Mason—. Quizás alguien escamotea información de la Compañía de Manufacturas Gillco y mientras finge comprar lápices, deja caer una nota en la cesta de la ciega.

—Eso podría ser un motivo —convino Della—. ¿Supones que la ciega nos lo dirá?

—Eso depende de su carácter y de cómo podamos acercarnos a ella —replicó Mason—. Sofía Atwood no puede hablar, y alguien va a tener que hacerlo si hemos de dar con la verdad del asunto.

»Esta noche no molestaremos a Paul Drake, pero lo primero que haremos mañana por la mañana es ponerle a trabajar para que prepare a un doble…

—¿Una mujer ciega?

—Una mujer que finja ser ciega —explicó Mason—. Contrataremos a una de sus empleadas, la vestiremos de negro, le pondremos gafas oscuras, y le proporcionaremos un surtido de lápices y bolígrafos… su mercancía. La llevaremos a la Compañía Gillco, la haremos sentar en el lugar de la ciega y…

—¿Supongamos que la ciega auténtica llega y la sorprende? —preguntó Della Street.

Mason sonrió.

—Entonces eso será un atajo que puede tener resultados muy productivos.

Estuvo jugueteando unos instantes con las posibilidades de su idea y luego continuó:

—Ése podría ser un medio maravilloso para descubrir todo lo que ocurre. Dejemos que la empleada haga las veces de vendedora ciega, que esté allí cuando aparezca la ciega en su taxi, y si tenemos una grabadora escondida que recoja la conversación, apuesto a que será reveladora.

—Opino que has tenido una idea genial. Si lo preparamos bien podemos obtener resultados definitivos —fue el comentario de la secretaria.

—Paul Drake va a odiarme por esto, pero voy a llamarlo por teléfono. Sólo debe haber tenido tiempo de llegar, beber algo y empezar a desnudarse.

Della Street marcó el número de Drake, aguardó a que contestara, y luego hizo una seña a Perry Mason.

—Hola Paul.

Drake lanzó un gemido.

—Sabía que el teléfono iba a sonar antes de que llevase aquí cinco minutos. Supongo que habrás tenido otra tormenta cerebral y querrás que todo se haga enseguida. De acuerdo, ¿qué es ello?

—Quiero que consigas una mujer que se finja ciega, que se vista exactamente igual que la vendedora de lápices, que vaya al mismo sitio, que se coloque en la misma posición, y que ofrezca su mercancía.

—No veo que vas a sacar de todo esto —protestó Paul.

—Saldrá mucho y bueno —explicó Mason—. La dejaremos allí hasta que aparezca la auténtica ciega. Tu empleada llevará una grabadora oculta bajo su vestido. Cuando aparezca la ciega, ella la pondrá en marcha y tendremos grabada la conversación resultante. Una empleada experta sabrá inducir a la ciega a que haga declaraciones reveladoras.

Drake guardó silencio unos instantes.

—¿Me sigues? —preguntó Mason.

—Te sigo —replicó Drake—; pero tardaré veinticuatro o cuarenta y ocho horas por lo menos.

—¿Por qué?

—Usa tu cerebro, Perry. Tenemos que encontrar a una mujer que sepa engañar a los empleados que hablen con ella. Suponte que alguno de ellos en alguna ocasión haya entablado antes conversación con la ciega… Esa suplantadora no puede ser una persona cualquiera. Ha de tratarse de una excelente artista en el oficio. Tengo que localizar esa mujer y prepararla debidamente. Para ello tendré que recurrir a los hombres que han estado siguiendo a la ciega, y hacerle ensayar ante ellos. Trataré de hacerlo mañana para que puedas tener algún resultado al día siguiente.

—Pasado mañana Katherine Ellis tendrá que presentarse a su primera audiencia preliminar —dijo Mason.

—¿No puedes retrasarla?

—Podría retrasarla si quisiera, pero no quiero hacerlo. Creo que pedir un aplazamiento sería hacerle el juego a la parte fiscal. Ellos quieren un aplazamiento. Todavía están trabajando sobre el caso. Están todos confundidos por los acontecimientos acaecidos esta noche.

—Bueno —aceptó Drake—. Haré lo que pueda. Empezaré a prepararlo todo y luego me iré a dormir, si es que puedo. Trataré de poner a trabajar a una de mis empleadas a primera hora de la mañana, y trataremos de convertirla en una ciega contrahecha.

¡Sólo el cielo sabe lo que puede ocurrir! Ya lo sabes. Si la detienen, tú pagarás la fianza.

—Pagaré todas las fianzas —ratificó Mason—. Que duermas bien, Paul.

—¡No me digas! —exclamó Drake quejumbroso.

# Capítulo 15

El juez Churchill tomó asiento en el banco, recogiendo su toga, y mirando al grupo del estrado pronunció las palabras de ritual:

—Ésta es la vista del pueblo del Estado de California contra Katherine Ellis, acusada de asalto con arma mortal e intento de asesinato. ¿Están las partes preparadas?

Hamilton Burger, el fiscal de Distrito se puso en pie.

—Con la venia de la sala —empezó—. Estoy dispuesto para el Pueblo. Sin embargo, quiero hacer constar que como ya sabe este jurado, claro está, asesinato es la privación contra la ley de la vida de un ser humano, con premeditación o alevosía, o en relación con la ejecución de una felonía, y que la muerte puede tener lugar dentro de un año o un día a partir del momento del asalto. Simplemente expongo la ley, en general, para explicar nuestra posición, y que es la de proceder contra la acusada por medio de una demanda. Celebramos esta audiencia preliminar de la demanda. Pediremos que ella conteste a los cargos ante el Tribunal Supremo.

»No obstante, en el caso de que antes de que este caso quede completo, falleciera Sofía Atwood a consecuencia del golpe que le propinara la acusada, retiraríamos esta demanda y procederíamos ante el Tribunal Supremo pidiendo una sentencia de asesinato.

—¿Por qué no esperan a que haya un dictamen médico más conciso? —preguntó el juez Churchill.

—Existen razones —explicó Hamilton Burger—. Queremos perpetuar ciertas cuestiones de evidencia. Querernos que la acusada esté custodiada de forma que no pueda ser liberada de habeas corpus.

—Muy bien —aceptó el juez Churchill—. ¿Qué dice la defensa, está preparado el defensor?

—La defensa está dispuesta —afirmó Mason.

—Muy bien —autorizó el juez Churchill—. Procedan.

—Con la venia de la sala —empezó Hamilton Burger—. Como ya he expuesto al jurado, hay ciertos aspectos de evidencia en este caso que deseamos hacer constar. Por consiguiente vamos a llamar a ciertos testigos para examinar sus alegatos con cierto detalle. En cuanto a la acusación, simplemente nos apoyaremos en el artículo de la ley que estipula que sólo es necesario demostrar que se ha cometido un crimen y que hay una base razonable para creer que la acusada está relacionada con la perpetración de ese crimen.

—Muy bien —asintió el juez—. Esta Corte no ha nacido ayer, señor fiscal. Creo que entiendo su posición. Adelante y presente sus testigos.

—Llamaremos a Stuart Baxley al estrado —anunció Hamilton Burger.

Stuart Baxley se adelantó, y tras alzar su mano derecha, prestó juramento antes de ocupar el estrado de los testigos.

—¿Su nombre es Stuart Baxley? —preguntó Hamilton Burger.

—Sí.

—¿Conoce usted a Sofía Atwood y se ha relacionado con ella en tiempos pretéritos?

—Pues… sí.

—¿El día cuatro de este mes tuvo ocasión de verla?

—Sí, señor.

—¿Dónde la vio usted?

—La primera vez fue en su casa. Me había invitado a cenar.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Hubo cierto alboroto. La señora Atwood se dio cuenta de que le habían robado cien dólares. Estaba muy excitada y creía que la acusada era sospechosa.

—¿Y qué hizo usted?

—Tengo un amigo, un detective privado, Levering Jordan, de la firma Mofatt y Jordan. Sugerí a la señora Atwood que podía llamarle.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí, señor, con el permiso de ella, naturalmente.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—El señor Jordan pidió a la acusada tomar sus huellas dactilares con objeto de compararlas.

—¿Y ella consintió?

—No sólo se negó, sino que llamó a Perry Mason, quien acudió a la casa y aleccionó a la acusada…

—Protesto —intervino Mason.

—Ha lugar.

Hamilton Burger probó otro terreno.

—¿Tuvo usted ocasión de entrar en la casa después de que Sofía Atwood fuera llevada al hospital?

—Sí, señor, estaba seguro de que…

—Protesto —exclamó Mason—. El testigo no puede atestiguar lo que piensa.

—Ha lugar.

Hamilton Burger dijo:

—De acuerdo, usted tenía alguna oculta razón para entrar en la casa. ¿Qué ocurrió después de que usted penetró en la casa?

—Tuve buen cuidado de utilizar únicamente una linterna muy pequeña, y que la luz iluminase sólo el suelo. Subí la escalera hasta el segundo piso. Tenía el presentimiento de que había algo…

—No nos interesan los presentimientos del testigo, con la venia de la sala —insistió Mason.

—Limítese a los hechos —le advirtió el juez Churchill.

—Bien —prosiguió Baxley—. Subí hasta lo alto de la escalera con mucho sigilo. Pude oír movimientos suficientes para saber que allí había alguien más.

—¿Y qué hizo usted?

—Permanecí muy quieto y en silencio.

—Dice usted que oyó ruido. ¿Oyó usted algo más?

—Sólo un rumor peculiar.

—¿Cómo un rumor de voces hablando en susurros?

—No, no creo que fuesen susurros, pero sí era un ruido peculiar.

—¿Entonces usted no tenía motivos para saber que el abogado defensor, Perry Mason y un empleado suyo, Paul Drake, estaban en el edificio, ocupando el dormitorio en donde había vivido la acusada?

—No tenía ningún motivo para saberlo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Hubo un estrépito terrible y yo… Bueno, me cogió de sorpresa, yo estaba allí encerrado y me asusté. Eché a correr y entonces… Mason se abalanzó sobre mí asaltándome.

—¿Él solo?

—Paul Drake, el detective privado, lo ayudaba. Y después que me tuvieron completamente indefenso, Drake fue a telefonear a la policía.

—He terminado con este testigo —dijo Hamilton Burger.

—Puede interrogar la defensa —autorizó el juez.

—Cuando usted fue a esa casa —preguntó Mason levantándose y avanzando un par de pasos hacia el estrado de los testigos con el propósito de dar énfasis a sus preguntas en el interrogatorio—, ¿llevaba usted un arma?

—Llevaba un revólver calibre treinta y ocho.

—¿Tenía usted licencia para usar revólver?

—No.

—¿Entonces por qué lo llevaba? Usted sabía que era ilegal tenerlo en su poder.

—Lo llevaba porque sabía que iba a correr peligro.

—¿Peligro? ¿A quién temía?

—No lo sé.

—¿Y estaba usted dispuesto a disparar contra cualquiera que encontrara?

—Estaba dispuesto a defender mi vida.

—¿Usted pensaba que su vida corría peligro?

—Sí.

—¿Qué es lo que le hacía creer que allí su vida corría peligro?

—La vida de Sofía Atwood había estado en peligro.

—¿Sabe usted por qué fue asaltada?

—Tengo una idea, sí.

—¿Usted cree que el intento de asesinato fue motivado por un robo de un billete de cien dólares?

—Con franqueza, no.

—Con la venia… —intervino Hamilton Burger—. Esa pregunta no es aceptable. Yo no pongo objeciones, pero el defensor está pidiendo al testigo su opinión. Y como muy bien ha indicado el

mismo, no nos interesa lo que piense el testigo, sino únicamente los hechos. Que el testigo se limite a los hechos.

—Muy bien —replicó Mason—. Dígame, señor Baxley, ¿estuvo usted presente cuando Sofía Atwood declaró que alguien le había robado un billete de cien dólares de una sombrerera que estaba en su armario?

—Sí.

—¿Y no fue usted quien sugirió que la acusada podría ser la responsable del robo?

—No. Yo hice algunas preguntas indagatorias.

—¿Qué entiende usted por preguntas indagatorias?

—Pregunté cuántas personas habían estado en la casa, cuántas tuvieron acceso al dormitorio de la señora Atwood, cuántas sabían que guardaba sombrereras vacías en su dormitorio…

—¿Sombrereras vacías? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Cuántas?

—Cielos, qué sé yo. Ella dijo que había puesto el dinero en una sombrerera vacía.

—Pero usted no dijo «sombrerera vacía» —insistió Mason— sino «sombrereras vacías…» empleando el plural.

—Quizá sí.

—¿Entendió usted que había más de una sombrerera?

—No lo sé. No lo creo. Ella dijo «una sombrerera».

—Pero usted dijo «sombrereras» en plural.

—Está bien, es cierto que he hablado de «sombrereras» en plural.

—Cuando usted efectuó esas preguntas indagatorias que ha mencionado, ¿habló usted de «sombrereras» en plural?

—Sí, «sombrereras», en plural.

—¿Y ella no le corrigió haciéndole observar que sólo había una sombrerera?

—No. Las cosas estaban bastante tensas en aquel momento, y no había otra cuestión en su mente…

—Un momento… un momento —le interrumpió Mason, alzando la mano—. No nos interesan sus pensamientos, y desde luego no nos interesa tampoco que leyera en la mente de la señora Atwood y que

ahora declare lo que ella llevaba en su mente por aquel entonces; lo que estoy tratando de averiguar con estas preguntas es lo que usted puso en su cerebro deliberadamente… la idea que usted le inculcó de que la acusada era la culpable del robo.

—Jamás dije que yo implantase semejante idea.

—Puede que usted no lo haya dicho, pero sus acciones lo dicen —agregó Mason—. Usted hizo esas preguntas indagadoras respecto a la gente que había estado en la casa. Usted no hizo ninguna pregunta indagadora acerca de su propia oportunidad para haber robado el dinero.

—¡Desde luego que no! Porque como hombre de negocios bien conocido, y como amigo, yo estaba por encima de toda sospecha… o así lo consideré.

—¿Pero no consideró usted a la acusada, como pariente cercana, que estaba por encima de toda sospecha?

—Yo sólo hice preguntas.

—¿Indagadoras?

—Llámelas como quiera.

—Antes ha reconocido que la última vez que estuvo en la mansión de la señora Atwood iba armado y que carecía del correspondiente permiso. ¿Sabía usted que iba contra la ley llevando ese revólver?

—Está bien, sabía que iba contra la ley.

—Usted entró en la casa forzando la cerradura.

—Yo no forcé nada… sólo manipulé un cerrojo.

—Legalmente eso constituye un delito: escalo y allanamiento —dijo Mason.

—De acuerdo —exclamó Baxley—. Entiéndase usted con mi amigo, el fiscal. Ya me he sincerado con él y está todo arreglado.

—En otras palabras, le ha dado a usted inmunidad por cualquier crimen que pueda haber cometido a cambio de su testimonio.

—No fue ningún trato. El fiscal llegó a la conclusión de que mis intenciones eran honestas.

—¿Tenía usted en su poder un billete de cien dólares?

—¿Es eso un crimen?

—¿Cuánto tiempo hacía que tenía ese billete de cien dólares?

—No lo sé.

—Trate de pensar.

—No lo recuerdo, cuándo lo cogí…

—Entonces su memoria deja mucho que desear —replicó Mason —, porque yo estoy dispuesto a demostrar por testigos, que fue usted a su banco y pidió un billete de cien dólares y…

—Está bien, está bien. Yo tenía un billete de cien dólares. Tenía derecho a tenerlo. Y tenía derecho a ir al banco y sacarlo siempre que quisiera.

—Ahora bien —dijo Mason—. Voy a preguntarle si no es un hecho que usted fue a esa casa con ese billete de cien dólares y la intención de colocarlo en la habitación que había sido ocupada por la acusada, de modo que consecuentemente, cuando la policía realizase un detenido registro de la habitación a petición suya, el billete de cien dólares aparecería escondido debajo de un colchón o en algún otro lugar que indicase culpabilidad por parte de la acusada.

—Rotundamente, no.

—Observo —insistió Mason—, que sus acciones hablan más que su negativa. Usted iba de puntillas hacia el dormitorio con intención de dejar ese billete, cuando tropezó con el purificador de agua, lo volcó, con gran estrépito, y luego se dio cuenta de que no estaba solo en la casa; pero antes de que pudiera escapar, entró en contacto con Paul y conmigo.

—Eso no es cierto, yo no volqué el purificador de agua —afirmó Baxley—. Usted y Drake debieron tirarlo. Fue el estrépito lo que me asustó impulsándome a correr para alcanzar la escalera.

—¿Y sigue usted negando que su intención era colocar ese billete de cien dólares en la habitación de la acusada?

—Si.

—Eso es todo —dijo Mason volviendo la espalda al testigo.

Baxley se dispuso a bajar del estrado de los testigos.

El juez Churchill, mientras golpeaba con su lápiz la tarima dijo:

—Aguarde un momento, señor Baxley. Quiero hacerle unas cuantas preguntas. ¿Sabía usted que esta joven había sido acusada de haber robado cien dólares de una sombrerera?

—Sí.

—¿Y usted fue a su banco y sacó cien dólares en un solo billete,

y luego, en plena noche, fue a esa casa y forzó una cerradura para poder entrar?

—Si quiere usted exponerlo así, sí.

—¿Y ahora quiere que esta corte crea que sus intenciones fueron absolutamente inocentes?

—Sí, señor, sí, usía, sí, señor.

—Bien, yo no lo creo —opinó el juez Churchill—. No creo que diga la verdad. Creo que se hizo con esos cien dólares por un propósito siniestro.

El juez Churchill dirigióse al fiscal.

—Éste es su testigo, señor fiscal —le anunció—. Y la corte le advierte que no cree en su testimonio.

—Yo lo expongo por lo que vale —se excusó Hamilton Burger.

—Bien, en mi opinión no vale nada. La corte considera que ha habido un intento de cargar a esta joven con un robo. Este caso es meramente una artimaña preparada de antemano, por lo que a la corte se refiere.

—Pero, señoría, tenemos otras pruebas. Nos proponemos demostrar que la acusada hizo una visita subrepticia a la casa en plena noche y a la misma hora en que Sofía Atwood fue asaltada; tenemos pruebas que demostrarán que sus huellas dactilares fueron encontradas en la sombrerera de donde se llevaron el dinero; y podemos presentar una fuerte evidencia circunstancial de robo y asalto con intención de tapar ese robo.

—Si ella había robado el dinero por la tarde —preguntó el juez Churchill—, ¿por qué iba a volver a asaltar a Sofía Atwood?

—Admitimos que no tenemos esclarecidos todos los motivos —aceptó Hamilton Burger.

—Bien, no voy a prohibirle que presente otra evidencia, pero en cuanto a este testigo se refiere, la corte no cree en su testimonio.

El juez Churchill se recostó tranquilamente en su silla con aire resuelto.

Burger vaciló unos instantes, al parecer luchando consigo mismo por no saber si volver a rehabilitar al testigo, pero al fin decidió no hacerlo.

—Muy bien, señor Baxley —le dijo—. No tengo más preguntas que hacerle.

Baxley dijo de pronto:

—Está bien, está bien, y está bien. Voy a decir la auténtica verdad. Yo fui allí con intención de tratar de ayudar a la acusada… no de perjudicarla.

Mason volvióse hacia el testigo.

—¿Y cómo esperaba usted ayudarla?

—Mi intención era ir con el billete de cien dólares y colocarlo… no en el dormitorio de la acusada, sino en el armario de Sofía Atwood.

»La sombrerera había caído al suelo, y yo intentaba sugerir que se efectuara un registro más detallado del armario, basándome en la teoría de que algo pudo haber hecho caer la sombrerera del estante… quizás un ratón o una rata… y que la tapadera salió despedida y que el billete voló a cualquier lugar del armario tal vez ocultándose detrás de alguna prenda o dentro de un zapato.

»Yo sabía que la policía había registrado la habitación de la acusada, pero apenas registraron el armario.

»Entonces, cuando encontrasen el billete de cien dólares en el armario, supondrían que era el mismo billete que había volado de la caja, que no había habido robo alguno, y el buen nombre de la acusada hubiera quedado restablecido.

Mason contempló al testigo reflexionando.

—¿Y por qué estaba usted tan ansioso de dejar en buen lugar el nombre de la acusada hasta el punto de poner un billete de cien dólares de su propio bolsillo y deliberadamente falsear la evidencia?

—Mis razones son personales y privadas. Pero declararé que sabiendo que si la acusada llegaba a demostrar su inocencia y, el billete de cien dólares seguía faltando entonces las sospechas recaerían directamente sobre mí, y no podía permitirme el estar bajo sospechas. Ahora bien, ésta es la verdad.

Mason estuvo unos instantes contemplando al testigo y luego dijo tajante:

—Eso es todo.

El juez Churchill intervino:

—Un momento. Quiero preguntar al testigo por qué no ha dicho la verdad antes.

—Porque no quería admitir que yo intentaba dejar un billete de

cien dólares en el armario.

—¿Sabía usted que estaba bajo juramento cuando ha sido llamado a declarar?

—Ciertamente.

—Usted ha ocultado los hechos reales; ha tratado de mentir al no querer recordar cuándo consiguió el billete de cien dólares; trató de simular que era incidental el que ese billete estuviera en su poder; usted ocultó sus motivos para entrar en la casa.

—Está bien, he hecho un montón de cosas que no hubiera debido hacerlas —aceptó Baxley—. Pero no podrá acusarme de urdir ninguna evidencia contra la acusada. Yo estaba tratando de ayudarla a salir del aprieto en que estaba metida.

—Esto no se lo dijo al fiscal.

—Desde luego que no.

El juez Churchill afirmó:

—Éste es un caso muy peculiar. Hay ciertos aspectos que no me gustan. No me gustan nada.

»No quiero prejuzgar el caso, ni voy a sacar ninguna conclusión antes de oír a los testigos, pero aquí tenemos a una joven, al parecer de aspecto muy refinado, a la que se acusa de un delito bajo circunstancias que a la corte le resultan altamente sospechosas.

»Se excusa al testigo. Puede usted llamar al siguiente, señor fiscal. Pero yo sugeriría que su actuación en este caso tal vez sea prematura, por decir lo más justo.

—El señor Mason no ha explicado lo que hacía él en esa casa… por lo menos a mi entera satisfacción —argumentó Hamilton Burger —. Si la corte busca circunstancias sospechosas…

El juez Churchill le interrumpió.

—No me interesan los motivos que el señor Mason pudiera tener para estar en esa casa. Ahora tenemos el caso de un testigo de cargo que ha admitido la ocultación de hechos, dándonos una versión de su conducta considerablemente distinta de la auténtica verdad, y quien, sólo bajo la presión de un hábil interrogatorio, ha admitido haber entrado en la casa subrepticiamente, y por la noche, con el propósito de modificar la evidencia en este caso.

»Ahora bien, esto es una audiencia preliminar. La corte trata de hacer justicia lo mejor que puede. Entiendo que esto es un proceso

jurídico, pero, no obstante, esta corte no ha nacido ayer, señor fiscal, y es bastante evidente que hay ciertos aspectos de este caso que son altamente sospechosos.

Hamilton Burger dijo:

—Bajo estas circunstancias voy a pedir a la corte un aplazamiento hasta mañana por la mañana, cuando podré tener pruebas adicionales para decidir seguir adelante con el caso, o retirar la demanda y esperar el resultado de los daños sufridos por Sofía Atwood, y luego proceder contra la acusada ante el Tribunal Supremo.

—¿Hay alguna objeción por parte de la defensa? —preguntó el juez Churchill.

—En absoluto —replicó Mason.

—Muy bien. La corte continuará este asunto mañana a las diez. La corte se aviene al aplazamiento y yo creo que tendrán que efectuar un gran trabajo de investigación entre ahora y mañana por la mañana, si este caso ha de continuar.

El juez Churchill abandonó su puesto y entró en la cámara.

Hamilton Burger volvió la espalda a Mason sin pronunciar palabra antes de abandonar la sala.

# Capítulo 16

Una vez fuera de la audiencia, Mason se volvió a Paul Drake y sus modales expresaban una excitación contenida.

—Paul —le dijo—, ¿te has dado cuenta? ¿Lo has adivinado?

—¿Adivinado qué? —preguntó Drake.

—La trama completa —repuso Mason—. Stuart Baxley ha dicho la verdad. No toda la verdad, pero sí buena parte de ella. Ahora ya sabemos de qué va.

—¿Sabemos de qué va? —preguntó Drake.

—¿No lo entiendes? Paul, el purificador de agua había sido movido.

—¿Había sido movido?

—Eso es… había sido movido. La señora Atwood tenía ese purificador en su dormitorio. Probablemente era una de esas personas que hacen una dieta muy pobre en sodio, y bebía agua destilada. Había un purificador de agua en la planta baja, porque recuerdo haberlo visto allí, y tenía otro en su dormitorio. Y ése había sido movido de su sitio.

—¿Cómo sabes que lo movieron de sitio?

—Porque la ciega tropezó con él.

—¿La ciega? —exclamó Drake.

—Exacto —prosiguió Mason—. Hemos estado demasiado alerta, Paul. Y hemos pasado por alto lo más evidente.

—Stuart Baxley trataba de tomar el mando en esa casa. Mientras la policía pensase que se había cometido un robo de cien dólares, y en tanto Sofía Atwood continuase a las puertas de la muerte, iba a ser imposible para nadie el entrar en la casa y hacerse el amo. Pero si Stuart Baxley conseguía hacer que Katherine Ellis volviera a la casa… entonces hubiera sido el hada madrina de la casa. ¿No lo

entiendes, Paul?

—Veo tu entusiasmo y excitación —repuso Drake—. ¿Pero a qué viene eso de la mujer ciega?

—Somos nosotros los que hemos estado ciegos —afirmó el abogado—. Katherine Ellis me dijo que la casa estaba encantada, que oía pasos misteriosos por la noche, estando las luces apagadas. Y había alguien en la casa cuando tú y yo fuimos allí… alguien más aparte de Stuart Baxley. Recuerda aquel ruido deslizante, que pudo ser producido por alguien que anduviese con zapatillas de fieltro.

—¿A oscuras? —preguntó Drake.

—Los ciegos siempre están a oscuras —confirmó Mason—. Esa mujer ciega conocía el interior de esa casa tan bien como la palma de su mano.

El rostro de Drake acusó la repentina compresión del punto que Mason le estaba exponiendo.

—¡Vaya, que me aspen! —exclamó.

—Vamos, Paul. Hemos de ir a ver lo que ha ocurrido con tu empleada disfrazada de mujer ciega.

—¿En tu coche o en el mío? —preguntó Drake.

—En el tuyo —repuso Mason—. Entretanto quiero pensar.

—Bueno, has hecho un buen trabajo deductivo hasta ahora —le dijo Drake.

—Pero debiéramos haberlo descubierto antes. Cielos, si eso explica todo el caso. Sofía Atwood y esa mujer ciega tienen algo en común, una especie de juego en comandita, y esa ciega conoce la casa y todos los muebles que hay y…

—¿Entonces por qué alguien movió el purificador? —preguntó Drake.

—Ésa es precisamente la cuestión. El purificador fue movido de su sitio, pero la señora Atwood no tuvo tiempo de volverlo a su lugar. Y la persona que golpeó a la señora Atwood con la linterna ignoraba que el purificador había sido movido, o no sabía que había que volverlo a poner en el lugar que antes ocupaba. Y si lo movió fue porque ella precisaba tener libre toda la pared que ocupaba o la parte del suelo donde descansaba.

—Desde luego resuelves todas las incógnitas maravillosamente, Perry —lo aduló Drake suspirando—. Empezaste con una camarera

preocupada y estás descubriendo algo que está más allá de mis alcances.

—Por el momento también está más allá de los míos —admitió Mason—; pero creo que tiene que ver con la lucha por el poder en la Compañía de Manufacturas Gillco.

—Pronto lo averiguaremos —sentenció Drake—. Por lo menos veremos lo que sabe mi empleada.

El detective condujo el automóvil con pericia entre el tráfico en dirección al distrito industrial, y aparcó delante de la Compañía de Manufacturas Gillco.

—Mi empleada sigue todavía ahí —afirmó Drake—. Evidentemente no ha habido contacto con la mujer ciega.

Mason y Drake bajaron del coche para acercarse a la mujer que se hallaba sentada, con la cabeza gacha, y sosteniendo una cesta en su regazo.

—¿Cuánto valen los lápices? —preguntó Mason.

—La voluntad —repuso la mujer con voz inexpresiva— a partir de diez centavos, los bolígrafos a partir de un dólar.

Drake se inclinó para examinar un lápiz.

La mujer habló en voz tan baja que apenas era un susurro:

—Hará cosa de quince minutos vino un hombre y compró un bolígrafo. Y, al hacerlo, dejó un papel en el fondo de la cesta.

—¿Puede darme ese papel? —preguntó Mason.

—En este momento no puedo hacerlo sin despertar sospechas. Había números en esa hoja de papel, y nada más… sólo dos hileras de cifras.

Mason resolvió la situación.

—Vamos a enviarle un taxi. Coja su cesta de lápices, suba al taxi y vaya a la oficina de Drake. Deje allí el mensaje.

—¿No quieren que me quede más aquí?

—Ya ha terminado su trabajo —resolvió Mason—. Márchese ahora antes que llegue la ciega auténtica.

—Pensé que usted quería que me encontrase con ella y tomase en cinta magnetofónica lo…

—Ya no —replicó Mason—. Empezamos a desenredar la madeja…

El abogado hizo una seña a Paul Drake.

Paul, puso ostentosamente cuatro billetes de un dólar en la cesta y cogió dos bolígrafos, uno de los cuales entregó a Mason con aire ceremonioso.

—Mi buena acción de hoy —afirmó antes de agregar—: Por si acaso alguien nos vigila.

Mason y Drake regresaron al lugar donde Paul había aparcado su coche. Desde la cabina telefónica más próxima, Drake telefoneó para que un taxi fuese a recoger a su empleada que hacía las veces de vendedora ciega. Luego, Drake dijo:

—¿Qué hacemos ahora?

—Iremos a la casa y trataremos de averiguar cuál ha sido la verdadera razón para mover de sitio el purificador.

—¿Y si nos cogen allí? —preguntó Drake—. Ya sabes que nos han ordenado que no nos acerquemos por allí.

—Eso es lo que nos han ordenado —aceptó Mason—. Pero yo represento a mi cliente y mi cliente no me lo ha prohibido.

—Si la policía nos encuentra allí, nos va a costar caro.

—Pueden pescarnos —exclamó Mason—. Nuestra única oportunidad ahora, es trabajar con ligereza, antes de que comprendan lo que tramamos.

—Todo esto está más allá de mis alcances —comentó el detective—. Puedo seguirte en parte, pero… bueno, aceptemos que la mujer ciega estuviera ligada a Sofía Atwood, pero ¿cuál es la razón?

—Intuyo que todo está motivado para lograr el dominio de la Compañía de Manufacturas Gillco; tenemos a Hubert Deering compinche de Gillman, el presidente de la compañía; tenemos a la madre de Hubert Deering, Bernice Atwood, asentada firmemente sobre todas las propiedades que pertenecieron a Gerald Atwood en vida; y con todo eso podemos llegar a una bonita conclusión… particularmente en vista del hecho de que hay alguien en la planta que tiene acceso a las informaciones y que las pasa a esa ciega.

—¿Tú crees que es eso? —preguntó Drake.

—Estoy seguro; sólo me faltan dos piezas para completar el rompecabezas.

Parte de la excitación del abogado comenzó a manifestarse en la voz de Drake.

—Cielo santo, Perry, si es así, estás muy cerca de resolverlo.

—Esperemos llegar a tiempo a la residencia Atwood —observó Mason.

—¿A quién tratamos de ganar tiempo?

—En primer lugar a Stuart Baxley —aclaró el abogado—. Aunque no creo que se le ocurra que tenga significado el que el purificador estuviera fuera de su sitio… y que lo volcase quienquiera que estuviese en la casa…

—¿Trataremos de entrar sin ser vistos y…?

—Aparcaremos el coche delante de la casa —fue la respuesta de Mason—. Utilizaremos mi llave para entrar por la puerta principal y entraremos tranquilamente.

—¿Y suponte que hay un policía vigilando la casa?

—Entonces tendremos unos minutos antes de vernos metidos en un apuro serio —repuso Mason.

# Capítulo 17

Cuando Mason y Drake se apearon del automóvil, el primero dijo:

—No veo señales de que haya vigilancia por aquí, Paul.

—Eso no significa que no la haya —replicó Drake—. Es sólo que nosotros no vemos a ningún policía.

—Bien —aceptó Mason riendo por lo bajo—. Nosotros tenemos la culpa. Tendimos una trampa, pusimos el cebo y ahora somos nosotros los que vamos a caer en ella.

—No me gusta —opinó Drake—. Estamos violando las órdenes que nos dio la policía.

—La policía no puede decirme lo que he de hacer para proteger a un cliente —repuso Mason echando a andar hacia el porche de la casa. Puso la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró.

—¡Eh! —exclamó Drake—. ¿Es que no vas a llamar al timbre primero? Suponte que haya alguien en casa y…

No obstante, el abogado ya estaba subiendo la escalera.

La policía no había retirado el purificador de agua roto, y los cristales y loza rota estaban donde habían caído, y la alfombra empapada daba testimonio del líquido que se había derramado.

—Bueno, Paul —explicó Mason—. Ya ves lo que ocurrió. El purificador había sido cambiado de sitio. No lo levantaron. Puede que lo alzaran un poco, y lo arrastraran otro poco. Puedes ver las señales en la alfombra. Luego alguien se olvidó de volverlo a su lugar y el purificador quedó entre esas dos puertas, de modo que quien entrase en la habitación por esa puerta o saliera por esta otra encontraría el purificador de agua en medio del paso.

—Bien, aquí no hay nada —dijo Drake—. No hay razón para que quitasen el purificador de su sitio.

Pero Mason se había puesto de rodillas para estudiar el lugar donde estuviera antes el purificador. Luego extrajo un cortaplumas de su bolsillo, lo deslizó por el borde de la alfombra, utilizándolo como palanca para levantar la esquina de la alfombra.

—Aquí hay una trampa, Paul.

Drake se inclinó.

Mason insertó el borde del cuchillo en la rendija de la madera presionó levemente, y alzó una puerta cuyos goznes estaban sabiamente disimulados.

—¡Cielo santo! —exclamó Drake—. ¡Esto está lleno de dinero!

Mason contempló el receptáculo lleno de billetes colocados ordenadamente.

—¡Basura sagrada! —exclamó Drake—. ¡Míralos! Billetes de cien dólares… ¡Aquí debe haber una fortuna!

Mason se apresuró a cerrar de nuevo la puerta de la trampa y puesto en pie, colocó de nuevo la alfombra sobre ella.

—Está bien, Paul —le ordenó—: ¡Fuera!

—¿Qué significa… fuera?

—Significa, fuera.

—¿Qué vamos a hacer con este dinero? —quiso saber el detective.

—¿Qué podemos hacer con él?

—Tenemos que dar parte a la policía.

—Y luego —dijo Mason—, viene Bernice, reclama la propiedad de la hacienda perteneciente a su difunto marido, Gerald Atwood, toma posesión de ella, y la carne está en el asador.

—Pero no podemos dejarlo aquí —exclamó Drake—. ¿Suponte que es descubierto por otras personas y lo roban?

—Nosotros no lo pusimos ahí —fue la explicación de Mason—. Esperemos que Sofía Atwood recobre el conocimiento para que podamos hablar de corazón a corazón.

»Puedes ver lo que ocurrió. De algún modo consiguió salvar gran parte de la hacienda en metálico, o lo convirtió en efectivo. Bernice al venir aquí se llevó todo lo que había sido vendido, pero Sofía no tenía por qué preocuparse. Tenía una gran fortuna a buen recaudo.

»Sin embargo, Sofía no permitió que Bernice tuviera la más ligera sospecha de que ella había ocultado esa fortuna, de manera

que actuó como una mujer que casi lo ha perdido todo en el mundo.

»Ahora bien, estamos en un compromiso, Paul. Si ella muriese sin recobrar el conocimiento, nos veríamos en un aprieto.

—¿Y si lo recobra? —preguntó Drake.

—Si lo recobra y puede hablar, y yo mantengo una conversación confidencial con ella… bien —dijo Mason sonriendo—. De todas formas estaremos en un aprieto, Paul.

—Éste es el peor de tus casos. Siempre te metes en buenos líos a los que me arrastras contigo. Si este escondrijo es descubierto y saqueado… Cielo santo, has puesto semejante cebo en la trampa, que Bernice va a venir a esta casa para registrarla minuciosamente y…

—Y no olvides a nuestro amigo Stuart Baxley —agregó Mason.

—Bueno —expuso Drake—, si ellos descubren el dinero y se van al sur con él… ¿entonces qué?

Mason opinó:

—Tenemos que manejar el asunto de forma que la policía vigile esta casa hasta que haya un cambio, para mejor o para peor, en el estado de Sofía Atwood.

—¿Y entretanto? —preguntó Drake.

—Entretanto… —repuso Mason—. Hemos de salir de aquí… pitando.

El abogado avanzó cautelosamente para no pisar los cristales rotos y la mancha húmeda de la alfombra.

—Ten cuidado, Paul —le aconsejó—. Si pisamos algún cristal sobre la alfombra sabrán que han venido visitantes. Y por el momento, no queremos descubrir nada.

El abogado pasó por encima del último fragmento de cristal, salió por la puerta al rellano, y se detuvo bruscamente.

El teniente Tragg y un agente uniformado se hallaban inmóviles en el pasillo.

—¡Vaya, hola, teniente! —saludó Mason cuando recuperó el aliento—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Lo bastante para oír la mayor parte de la conversación —repuso el teniente Tragg—. Vamos a hacer un inventario.

—Tenga corazón —le rogó Mason.

—Tengo corazón —replicó Tragg—, y también tengo cabeza.

¿Cómo supo usted que estaba aquí ese dinero?

—No lo sabía —explicó Mason—. Lo deduje de…

—¿De qué? —preguntó Tragg cuando la voz de Mason se quebró en el silencio.

—Me parece —le dijo Mason—, que ya le hemos dado suficientes pistas sobre el caso.

El teniente Tragg y el agente penetraron en la habitación.

—Vengan acá —le ordenó Tragg a Mason—. Usted y Drake siéntense ahí y no se metan en esto. Veamos lo que han descubierto. Vamos a ver, era la puerta de una trampa, según creo… ¡Ah, aquí está!

El teniente Tragg exhaló un largo silbido al levantar la puerta de la trampilla y descubrir el escondite y el dinero.

—Está bien —ordenó el oficial—. Comience a amontonarlo sobre esa mesa. Haremos un inventario ahora mismo.

—¿No quiere usted que llame por teléfono pidiendo refuerzos? —le preguntó el oficial.

—Ahora no. Le necesito como testigo de mi integridad, y yo seré testigo de la suya. Vamos a sacar todo ese dinero de ahí y lo contaremos antes de que le ocurra nada y ambos estaremos en posición de jurar que el otro no se quedó a solas con el dinero ni cinco segundos.

Tragg comenzó a sacar los fajos de billetes, y el oficial los fue colocando sobre la mesa en forma de cubo rectangular.

—Bien, ya está todo —dijo Tragg al fin.

—Mire bien, teniente —recomendó el abogado.

—¿Para qué?

—Para ver si encuentra un sobre o un pedazo de papel en el fondo de ese escondrijo.

—No hay nada —repuso Tragg.

—¿Está usted seguro de que no hay ningún documento ahí?

—¿A qué se refiere usted?

—Estoy buscando un testamento —explicó Mason—. Podría ser tan sólo una hoja de papel doblado, enteramente escrito y fechado por la mano del finado, o podría ser un testamento más formal y estar dentro de un sobre.

—Bueno, pues aquí no hay nada más. Está bien limpio. Y ahora

tenemos que contar el dinero. Ustedes quédense ahí y sigan la cuenta.

—Son billetes de cien dólares —comentó Mason—. Y están en paquetes de… ¿cuántos?

—Cincuenta en cada paquete —dijo Tragg contando uno de los fajos.

—Claro que no podemos estar seguros de que no hayan más de cincuenta en algunos fajos, o menos en otros, pero los paquetes todos llevan la etiqueta de cincuenta. Es decir, cinco mil dólares en cada paquete. Veamos cuántos hay en total.

El teniente Tragg contó los fajos apresuradamente y anunció el total con asombro:

—Trescientos mil dólares en billetes.

De pronto se volvió hacia Mason.

—Y apostaría a que sabe usted mucho sobre esto —exclamó—. Esto es lo que usted y Drake andaban buscando. Es lo que…

Mason intervino:

—Sí quiere saber mi opinión, teniente, yo mantendría bien oculto este descubrimiento. Apostaría vigilancia en la casa y esperaría a ver quién viene por el dinero.

Tragg se echó a reír.

—Usted me propone cerrar la puerta del establo después de robado el caballo. Yo sé quién vino tras ese dinero. Su cliente, Katherine Ellis, vino por él… en primer lugar. Fue sorprendida y tuvo que golpear a su tía en la cabeza para poder escapar. Pero se las compuso para decirle a usted lo bastante, de manera que usted y Paul Drake hicieron dos intentos por llegar hasta este dinero. Hubiera podido cobrar una bonita factura como abogado por todo este dinero.

—¿Me acusa de intentar robarlo? —le preguntó Mason.

—¡Robarlo! —exclamó Tragg—. ¡No, diablos! Ustedes iban a descubrirlo. Y de este modo hacer que Stuart Baxley resultara sospechoso. Iban a hacer que apareciese como una parte de la herencia de Sofía Atwood. Iban a rehabilitar a Katherine Ellis, para luego hacerla la sola beneficiaría de todo este dinero. Iban a mullir bien de plumas su nido consiguiendo al mismo tiempo una buena minuta. ¡Maldita sea! Ni siquiera tengo evidencia bastante por el

momento para decir que está usted equivocado. Tal vez esté sobre la verdadera pista. No lo sé.

»Sin embargo, puedo decirle una cosa —agregó—. En estas circunstancias ha metido usted el cuello en un lazo corredizo. Hamilton Burger puede utilizar el descubrimiento de ustedes como una prueba contra Katherine Ellis, diciendo que ella conocía la existencia del dinero, y que trató de hacerse con él; que eso le proporciona un motivo para el crimen. Entonces la corte la obligará a someterse a juicio. Puede que usted consiga su libertad ante un jurado, no lo sé. Pero esto no va a hacerle ningún bien. Debiera haber acudido a la policía desde el principio y decirles lo que sabía.

—Pero yo no lo sabía —replicó Mason—. Sólo lo sospechaba.

—Mí oficina está abierta las veinticuatro horas del día —le echó en cara el teniente Tragg secamente—. Y ahora vamos a avisar a jefatura y a pedirles que manden refuerzos.

—¿Va a hacer público este descubrimiento?

—Cuando descubrimos una cantidad de esta importancia —dijo el teniente Tragg—, no corremos riesgos. Ponemos todas las cartas boca arriba. Hamilton Burger lo sabrá dentro de veinte minutos. Y entretanto, caballeros, no hay razón para que los detengamos por más tiempo. Sus servicios como sabuesos son muy apreciados. Probablemente tendrán noticias del Departamento del Fiscal antes de que finalice el día. Entretanto, y por lo menos temporalmente, quedan en libertad de marcharse, y eso es lo que quiero que hagan.

Mientras Mason y Paul Drake eran escoltados hasta el rellano de la escalera por los oficiales, y comenzaban a bajarla lentamente, Drake se volvió a Mason para decirle:

—Y bien, Perry. Ésta es tu fiesta. ¿Qué hacemos ahora?

—Ya te diré lo que vamos a hacer ahora —repuso Mason—; pero no te lo diré hasta que hayamos salido de la casa.

Cuando estuvieron fuera de la mansión y enfilaron la avenida en dirección al coche, Mason dijo:

—Tenemos una citación en blanco en favor de la defensa en el caso contra Katherine Ellis, y utilizaremos esa citación para la mujer ciega. Y ésa va a ser una tarea endiablada, Paul.

»Tendremos que poner vigilancia delante y detrás de la casa. Habrá que buscar a otro empleado que vigile la Compañía de

Manufacturas Gillco, y tú tendrás que presentar la citación de la señora Gooding.

—¿La encargada de los pisos? —preguntó Drake sorprendido.

—La encargada de los pisos —confirmó Mason.

—¿Por qué ella?

—Porque nos han engañado con un enredo monumental —replicó Mason—. Cuando nosotros llamamos al timbre de la señora Gillman tratando de ponernos en contacto con la señora ciega, ella estaba telefoneando a la señora Gooding, pidiéndole que descubriera de qué se trataba. Y cuando pareció que estábamos decididos a entrar en el apartamento de la ciega, o a armar jaleo, la señora Gooding hizo que la ciega saliera por la escalera de atrás y entrase en su apartamento mientras nosotros subíamos y registrábamos los aposentos del segundo y tercer piso.

»El piso o apartamento de la segunda planta es sólo una escena preparada. La mujer ciega vive realmente con la señora Gooding. Cuando hayamos terminado descubriremos que la señora Gooding es quien hace la comida, lava la ropa…

—¿Qué te hace pensar así? —preguntó Drake.

—El lugar no tenía aspecto de haber sido habitado —argumentó Mason—. La atmósfera estaba enrarecida y húmeda. Y lo que es más, no vi en ningún lugar del tercer piso instalación telefónica. No me sorprendería que la ciega fuese la propietaria de todo el edificio y la señora Gooding sólo una tapadera.

—Me has convencido. ¿No quieres hablar con ella antes de sentarla en el banquillo? —le preguntó Drake.

Mason sonrió meneando la cabeza.

—Vamos a hacer que todo salga a la luz en el juicio —dijo—. Cuando yo hable con esa mujer, estará bajo juramento, y sabrá que ya no ha de hacerle ningún bien el encubrir a nadie.

—¿Y entretanto? —preguntó Drake.

—Entretanto —repuso Mason de mal talante—. Hamilton Burger comunicará a los periódicos el secreto del hallazgo del dinero. La radio, la televisión y los periódicos pregonarán que se han encontrado trescientos mil dólares en billetes en la casa de la mujer que fue asaltada y que se halla a las puertas de la muerte; esa gran suma de dinero proporciona el motivo que la policía sólo

sospechaba, pero que era incapaz de probar hasta que la brillante actuación detectivesca por parte del teniente Tragg del Departamento de Homicidios ha sacado el secreto a la luz, ante la contrariedad de Perry Mason y un detective privado que tenían otros planes.

—¿Y piensas correr el riesgo de solucionar todo este caso sólo con lo que pueda ser el testimonio de esa mujer ciega?

—Voy a hacer exactamente eso. Sofía Atwood con una sombrerera en su armario llena de billetes de cien dólares, un escondite secreto en la casa con fajos de billetes de cien dólares; Stuart Baxley, un amigo de la familia; Bernice Atwood, la viuda legal de Gerald Atwood; el hecho de que la mujer ciega usa por lo menos el nombre de Gillman; el hecho de que hay lucha por el control de la Compañía de Manufacturas Gillco; el hecho de que cuando Sofía Atwood comprendió que Katherine Ellis había descubierto las sombrereras llenas de billetes de cien dólares en su armario se tomó esas complicadas molestias para perder un solo billete de cien dólares bajo tales circunstancias que pudiera pedir la ayuda de Stuart Baxley; el hecho de que Hubert Deering, el hijo de Bernice Atwood merodeaba alrededor de la Compañía de Manufacturas Gillco, y el hecho de que la mujer ciega tiene a alguien en esa compañía que le suministra información, y cuando la mujer ciega no puede ir allí para conseguir esa información, Sofía Atwood se turna con ella para vender lápices.

—¿Eso de vender lápices era una tapadera para conseguir información industrial? —preguntó Drake.

Mason asintió.

—¿Pero por qué quienquiera que sea el que proporciona información a la ciega no lo hace sencillamente escribiéndole una carta o llamándola por teléfono?

—Porque al mismo tiempo que entregaba la información recibía instrucciones —replicó Mason—. Y la ciega quería dar sus órdenes personalmente.

—¿Una ciega dando órdenes? —exclamó Drake.

—Exactamente —repuso Mason.

# Capítulo 18

El juez Churchill dijo:

—¿Debo entender, señor fiscal, que han ocurrido acontecimientos bastante importantes en relación con este caso durante las últimas veinticuatro horas?

—Correcto, señoría. Quisiera llamar al teniente Tragg al estrado.

—Muy bien.

Tragg ocupó el estrado de los testigos, declarando que él y un agente habían vivido una aventura en la casa de Sofía Atwood; que consideraban que el abogado de Katherine Ellis había recibido información de su cliente lo que le hizo regresar a la casa; que mientras ellos aguardaban, Mason y Paul Drake habían entrado en la casa, y subido la escalera para dirigirse a una habitación donde había sido volcado un purificador de agua, que habían encontrado un escondite secreto, y que cuando Mason y Drake se disponían a marcharse, los oficiales les salieron al paso, que hicieron un inventario del dinero encontrado en el escondite y que sumaba trescientos mil dólares en billetes de cien.

—Puede interrogar —dijo Hamilton Burger.

Mason, en tono indiferente y contrariado, dijo:

—No hay preguntas.

Hamilton Burger prosiguió demostrando que la linterna que evidentemente había sido utilizada como arma para golpear a Sofía Atwood, tenía las huellas dactilares de la acusada.

Cuando hubo terminado con el experto en huellas, nuevamente cedió el turno a la defensa.

—Puede preguntar.

Mason sólo hizo una pregunta:

—¿Usted puede precisar cuándo se hicieron esas huellas, antes o

después del asalto?

—No —admitió el experto—. Pudieron ser hechas en el momento del asalto, o anteriormente.

—No hay más preguntas —indicó Mason.

El vecino testificó la visita subrepticia de la acusada a medianoche. Tampoco esta vez hizo preguntas la defensa.

Hamilton Burger llamó al taxista, que testificó haber sido llamado para hacer el trayecto hasta la casa de Sofía Atwood, y que fue advertido para que no hiciese ruidos innecesarios.

El juez Churchill, de cuando en cuando, miraba a Mason pensativo, al parecer con el convencimiento de que la actitud de casi indiferencia del abogado era debida al hecho de que Mason se había rendido a lo inevitable y consideraba que los sorprendentes acontecimientos de las últimas veinticuatro horas tendrían como resultado la comparecencia de la acusada ante el jurado.

Cuando Hamilton Burger cesó su interrogatorio, el juez Churchill expuso la dirección de sus pensamientos.

—Ahora parece ser que hay suficiente evidencia prima facie para justificar una orden de comparecencia ante el juez para la acusada. Ayer no pensaba así, pero la evidencia presente es…

El juez se interrumpió cuando Mason se puso en pie al parecer aguardando una oportunidad para intervenir.

—Con la venia de la sala. Deseo presentar mi defensa. He citado a una testigo que es, según creo, totalmente ciega. Su nombre… o por lo menos el nombre que utiliza… es señora Gillman. La citación ha sido debidamente entregada, y en el caso de que la señora Gillman no se encuentre aquí en la sala, quisiera que se extendiera una orden de comparecencia para traerla aquí.

Una mujer de uno de los últimos bancos se puso en pie y dijo:

—La señora Gillman está aquí respondiendo a la citación. Yo la haré pasar.

Mason asintió con la cabeza y tomó asiento.

—Bien —dijo el juez Churchill en el silencio que siguió a continuación—. Desde luego tiene usted derecho a presentar este testigo. Claro que usted comprende, señor Mason, que éste no es un caso donde se acostumbre a probar la credulidad de varios testigos. La corte toma el testimonio de la parte fiscal en su valor nominal, y

si lo consigue a prima facie, el acusado deberá presentarse a juicio ante el Tribunal Supremo indiferentemente de cualquier duda surgida de los testimonios.

—Lo sé, señoría.

Se abrió la puerta del fondo de la sala y entró Minerva Gooding. De su brazo iba una mujer con gruesos lentes oscuros, singularmente erguida, sosteniendo un bastón negro y blanco con el que andaba con cierta seguridad, y vestida correctamente.

La mujer guiada hasta el estrado de los testigos, alzó su mano derecha para jurar, dando el nombre de Sofía Gillman.

Mason se aproximó al estrado de los testigos.

—Señora Gillman —inquirió el defensor—, ¿me ha visto usted alguna vez en su vida?

—No he visto a nadie desde hace diez años —respondió.

—¿He hablado alguna vez con usted?

—No, no obstante he oído su voz.

—¿Cuándo?

—Cuando hablaba usted con Minerva Gooding de mí para que le permitiera entrar en mi apartamento y respecto a mi relación con Sofía Atwood. Ignoro cómo averiguó usted todo lo que sabe, pero comprendí que la carne estaba en el asador.

Hamilton Burger intercambió una mirada de extrañeza con el teniente Tragg, luego se levantó y dijo:

—¿Es esto pertinente, señoría?

—Tiene su relación —manifestó Mason.

—Bien, creo que primero tendríamos que conocer esa relación —insistió Hamilton Burger.

—Muy bien —dijo Mason volviéndose hacia la testigo ciega—. ¿Cuál es su relación con la acusada, Katherine Ellis? —le preguntó.

—Yo soy su tía Sofía —repuso la mujer ciega, con dignidad.

—¿Qué? —exclamó Hamilton Burger con incredulidad y tras unos instantes se sentó sin ánimos para luchar.

—¿Y quién es la mujer que vive en la casa y a quien se conoce como Sofía Atwood? —le preguntó Mason.

—Ésa es la que en otro tiempo fue mi niñera, Mildred Addie.

—¿Y Mildred Addie ha tomado su personalidad con su consentimiento? —siguió preguntando Mason.

—Correcto.

—¿Quiere usted contarnos la historia?

La testigo dijo de mala gana:

—Me figuro que ahora ya es inútil tratar de seguir ocultándolo. Yo soy Sofía Ellis Gillman. No tenía más familia que mi hermano, que era una persona excelente, pero un derrochador. Adoraba el triunfo y no tenía tiempo para desperdiciarlo con los parientes pobres.

»El único ser viviente que se interesó por mí fue Katherine Ellis. Ella es, según creo, la acusada de este proceso. Lamento no poder verla.

»Mildred Addie tenía un extraordinario parecido conmigo en muchos aspectos. Trabajó para mí como ama de llaves, y luego, al quedarme ciega, hice que asumiera mi identidad. Sin embargo, al llegar a este punto seguiré adelante con mí historia.

—Continúe, por favor —le animó Mason.

En la sala reinaba el más absoluto silencio, y los espectadores se inclinaban hacia delante para oír mejor. El juez Churchill observaba a la testigo con los ojos muy abiertos.

—Durante algún tiempo perdí por completo el rastro de mi familia —prosiguió la testigo—. Entonces comprendí que me estaba quedando ciega. No obstante, entretanto, había amasado una fortuna considerable.

—No quería inspirar simpatía a causa de mi desgracia, ni por ninguna otra razón, y tampoco quise que mi hermano, quien se había declarado independiente por no tener que atender a una pariente pobre, viniera entonces con halagos para sacarme dinero para sus planes descabellados.

»Yo me había casado con Jerome Gillman, quien fundó la Compañía de Manufacturas Gillco. Al morir me dejó considerables bienes. Entre ellos el bloque mayoritario de las acciones de la Compañía de Manufacturas Gillco. También dejó un hijo de otro matrimonio, un petimetre inútil y estúpido… Spencer Gillman, ahora director de la compañía.

»Es un inconveniente para una mujer ciega el tener una cuenta bancaria, y por otra parte tampoco es nada aconsejable dejar aparentar que se tiene una gran fortuna. Por consiguiente dispuse

con Mildred Addie… que se hiciera pasar por mí… que se construyese un escondite en la casa. De cuando en cuando yo visitaría la casa para dejar dinero o valores… las más de las veces dinero. Porque yo había vivido muchos años en esa casa, la conocía palmo a palmo y podía andar por ella a cualquier hora del día o de la noche con absoluta seguridad.

»Luego Mildred… siempre haciéndose pasar por mí… se enamoró de Gerald Atwood, un hombre casado que estaba separado de su esposa pero que había descuidado el pasar por las formalidades de un divorcio legal.

»Aquello complicaba la situación terriblemente. Me vi obligada a escribir a mi hermano diciéndole que no me había casado con Gerald Atwood. A mí no me gustó tener que hacerlo, pero de otro modo hubiese puesto en peligro toda la trama.

»Luego cuando mi hermano y su esposa murieron en un accidente automovilístico, y poco después Gerald Atwood caía muerto en el campo de golf. La esposa de Atwood se apoderó de todo lo que pudo echar mano. Katherine, en este caso, la acusada, se quedó sin nada y sola.

»Yo le dije a Mildred Addie que escribiera a Katherine, como Sofía Atwood y que la invitase a venir. Deseaba tener una oportunidad para conocer a la joven y ver si era una manirrota como su padre o si tenía un buen fondo y una base sólida de sentido común.

»Di instrucciones a Mildred sobre cómo tenía que actuar, y todo iba sobre ruedas hasta que se corrió la voz de que en la casa había mucho dinero. Esto trajo problemas.

»Supongo que de todos modos las cosas hubieran salido a la luz porque había una verdadera batalla por conseguir el control de la Compañía de Manufacturas Gillco. L. Spencer, a quien detesto… el hijo de Jerome Gillman de su anterior matrimonio… sabía que su padre me había dejado este dinero, que había sido transferido a mi nombre; pero él ignoraba dónde estaba yo. Sin embargo, empezó a pensar que Mildred Addie, que vivía como Sofía Atwood, era en realidad la mujer que tenía el dinero.

»Haciéndome pasar por una vendedora ciega, me mantenía en contacto con la gente de la compañía que sabían cómo era Spencer

y querían sacarlo de allí. Pero Spencer es listo, e hizo que entrara en escena Stuart Baxley. Debía cultivar a Mildred y llevar el mando de la casa. Yo previne a Mildred contra él, pero no quiso escucharme.

»Bueno, ya ve lo que ha sacado de ello. Un buen golpe en la cabeza.

—¿Sabe usted —le preguntó Mason— quién la golpeó con la linterna?

—No. Todo lo que sé es que debe haber sido alguien que quitó de su sitio el purificador del agua para que yo tropezase con él. En mi vida he tenido un susto mayor. Yo me movía como siempre, y de pronto tropecé con el purificador, que se vino al suelo con estrépito. Luego oí correr a un hombre y voces masculinas. Tuve que bajar por la escalera de atrás y salir por la puerta posterior… y todo salió bien porque Minerva Gooding me esperaba en el pasaje con su coche.

»Pero la noche del asalto no me acerqué por allí. No sé nada.

—Gracias, señora Gillman —manifestó Mason—. Eso es todo.

La ciega se puso en pie y aguardó a que su acompañante la llevara a su sitio.

Al pasar ante la mesa donde Mason estaba sentado, Katherine Ellis exclamó con voz emocionada:

—¡Tía Sofía!

—Kit —dijo la mujer dirigiéndose hacia el lugar donde oyera la voz de Katherine Ellis.

Las dos mujeres se abrazaron.

El juez Churchill aguardó unos instantes antes de dar unos golpecitos con el lápiz sobre la mesa.

—Pronto terminará todo —dijo Mason en voz baja a la ciega, y luego se volvió a la sala—. Con la venia de la sala. Quisiera llamar de nuevo al teniente Tragg como testigo.

El juez, ahora francamente curioso, ordenó:

—Teniente Tragg al estrado.

—Teniente —le preguntó Mason—. ¿Se le ha ocurrido pensar que la persona que movió el purificador del agua debe haber dejado sus huellas en el cristal del depósito?

—Y admito que hice esa tarea con los cristales que estaban en el suelo.

—¿Y las encontraron?

—Sí; una buena serie de huellas dactilares, y además huellas de la palma de la mano… sin duda de la persona que medio alzó y medio arrastró el purificador para apartarlo del rincón donde estaba colocado.

—¿Y alguna de las huellas era igual a las encontradas en la linterna que al parecer fue utilizada como arma?

—Sí, dos o tres huellas eran las mismas… pero no sabemos de quién son esas huellas dactilares.

—Pero ¿sabe definitivamente que no son las de la acusada?

—Sí, señor.

Mason dijo:

—Eso es todo, teniente. Gracias.

Tragg intercambió una mirada intrigada con Hamilton Burger.

Burger estuvo a punto de hacer alguna observación a la corte, pero luego, después de que se había puesto en pie, lo pensó mejor y volvió a sentarse.

El defensor se puso de pie.

—Con la venia de la sala, mi próximo testigo va a ser hostil. Y pido el privilegio de hacer preguntas capciosas.

—¿Quién es ese testigo? —inquirió el juez.

—Huberto Deering.

—Muy bien —condescendió el juez Churchill—. Pero nos reservamos el considerar la hostilidad del testigo hasta que esa hostilidad se haga manifiesta.

—Observo que el señor Deering se encuentra en la sala —informó Mason—. Quisiera hacerle subir al estrado.

Huberto Deering, el mismo individuo de escasa talla que Mason había encontrado en la oficina de la Compañía de Manufacturas Gillco, se levantó para dirigirse al estrado, con aire agresivo y seguro de sí. Alzó la mano, y tras prestar juramento, se volvió hacia Mason con rostro desafiante.

—¿Es usted hijo de Bernice Atwood? —le preguntó Mason.

—Sí —replicó el testigo.

—¿Tiene usted relaciones comerciales con Spencer Gillman?

—Eso a usted no le importa.

—No le pregunto la naturaleza del negocio con detalle —dijo

Mason—. Le hago sencillamente una pregunta a la que puede responder «sí» o «no» respecto a si tiene negocios con Spencer Gillman o ha tenido tratos con él anteriormente.

—Eso no es asunto suyo.

Mason dirigióse a la mesa de la defensa, donde Della Street le entregó un clip de metal sujetando una hoja de papel.

El abogado, sosteniendo el clip por los bordes, se acercó al testigo para mostrárselo.

—Sujeta a este clip —dijo— hay una copia de una carta dirigida a Gerald Atwood respecto a un testamento. Voy a pedirle que estudie esta copia con detenimiento y me diga si ha visto usted la carta original de la que ésta es copia.

Mason puso el clip metálico entre las manos del testigo.

El testigo sujetó el clip y, tras contemplar la copia de la carta, se exasperó:

—¿Y qué relación, tiene con este caso?

—Le pregunto —insistió Mason— si ha visto alguna vez la carta original de la que ésta es una copia al carbón.

—Entiendo la pregunta, y yo le pregunto qué relación tiene con este caso.

—Voy a relacionarlo —replicó Mason—. ¿Ha visto usted esta carta?

El testigo, tras vacilar unos instantes, dijo desafiante:

—Está bien, he visto esa carta. Mi madre me la enseñó. Estaba muy excitada. Yo le dije que era una trampa… algo que usted había preparado como cebo; y sigo diciendo que es una trampa. No creo que conociera jamás a Gerald Atwood, ni que le diera su consejo. Yo opino que todo eso es falso.

El testigo arrojó literalmente el clip y la carta a Mason.

Mason dijo muy cortés:

—Gracias, señor Deering.

Se volvió y sosteniendo el clip por los bordes fue hasta la mesa de la parte fiscal, donde el teniente Tragg estaba sentado con Hamilton Burger.

—Ahora bien, teniente —le dijo Mason—, si usted comprueba las huellas dactilares que este testigo ha dejado sobre toda la superficie pulida de este clip de metal y las compara con las huellas

que usted descubrió en el cristal del depósito del agua y las de la linterna, creo que tendrá la solución del problema.

Mason fue de nuevo a su mesa, donde tomó asiento.

Hamilton Burger, veterano que era en su oficio de fiscal, necesitó echar sólo un vistazo a la expresión del rostro del testigo para comprender, y acató instantáneamente la nueva situación.

—Con la venia de la sala —dijo poniéndose en pie—. Esta comparación va a llevar cierto tiempo. ¿Puedo solicitar un aplazamiento de media hora?

—Muy bien —concedió el juez Churchill—. Esta corte concede un receso de treinta minutos.

Hubo gran revuelo entre los espectadores de la sala comentando los dramáticos acontecimientos.

Hamilton Burger alzó una ceja con gesto interrogante a Perry Mason.

Mason meneó la cabeza.

—En este Estado la huida es evidencia de culpabilidad —sentenció en voz baja—. La mentalidad de ese individuo es tal que huirá. Empezó a huir y continuará huyendo. Puede usted atraparlo en cualquier lugar de la frontera de Méjico y con un cargo incluso mayor que el que tenemos ahora.

La ciega y Katherine Ellis estaban juntas, hablando excitadas en voz baja.

Hamilton Burger, mirándolas, volvióse a Perry Mason y afirmó:

—Perry, si tiene usted razón en esto, no le negaré la victoria.

Mason sonrió.

—La tengo —exclamó.

# Capítulo 19

El juez Churchill regresó a la sala al cabo de media hora.

—¿Ha terminado usted con su testigo Deering? —preguntó a Perry Mason cuando fue reanudada la vista.

—No, no he terminado con él, pero no parece estar presente. No obstante, el teniente Tragg sí está presente y quisiera hacerle unas preguntas.

Tragg volvió al estrado.

—¿Ha comparado usted las huellas dactilares? —le preguntó Mason.

—Sí.

—¿Concuerdan?

—He encontrado una serie que encajan perfectamente. Hubert Deering dejó sus huellas en la linterna que utilizó como arma, y en el recipiente de cristal que contenía el agua para beber.

—¿Sabe usted dónde está ahora el señor Deering? —preguntó Mason.

El teniente Tragg sonrió:

—Sé exactamente dónde está.

—¿Dónde? —preguntó Mason.

—Ha salido de la sala, ha bajado en el ascensor, ha ido al aparcamiento, ha subido a su coche, y huye en dirección sur.

»He dado orden a un detective de paisano en un automóvil sin distintivos policiales, que lo siga. Ese automóvil tiene radio-teléfono y el agente nos va informando. Hubert Deering está, en estos momentos, en ruta hacia la frontera de Méjico.

Hamilton Burger se puso en pie.

—Con la venia de la sala, ¿puedo hacer una declaración? —preguntó.

—Desde luego —concedió el juez Churchill.

—Durante esta última media hora han surgido acontecimientos sorprendentes.

»La lisa superficie de ese clip de metal ha dado una serie perfecta de huellas dactilares que se han identificado positivamente como las de la misma persona que dejó sus huellas en la linterna y en el purificador de agua.

»Sin embargo, más importante es el hecho de que la mujer que está en el hospital como Sofía Atwood, pero cuyo verdadero nombre al parecer es Mildred Addie, ha recobrado el conocimiento lo suficiente para poder declarar que fue asaltada por un hombre. Le vio brevemente antes de caer inconsciente.

»Los médicos no han permitido que se la interrogue más detalladamente por el momento, pero ahora, al parecer, está en vías de recuperación. La operación para extirparle el coágulo del cerebro ha sido un éxito.

El juez Churchill frunció el ceño pensativo.

—¿Ha descubierto usted el móvil? —preguntó.

—Al parecer —repuso Hamilton Burger—. Deering, de alguna manera supo que había un escondite en la casa. Evidentemente tenía motivos para creer que las acciones de la Compañía de Manufacturas Gillco que deseaba localizar, estaban endosadas a Gerald Atwood, y pensó que las acciones estaban en poder de Sofía Atwood. Supuso que podría probar que Bernice tenía el título auténtico si lograba encontrar los certificados así endosados. Él creía que Sofía había cedido todas esas acciones así como todas sus otras propiedades a Gerald.

»También esperaba encontrar y destruir, a ser posible, cualquier testamento hecho por Gerald Atwood. Todavía no estamos seguros del todo del motivo, pero si Deering hubiese probado que esas acciones eran parte de la herencia de Gerald Atwood, y su madre las hubiese reclamado, la gente de Gillco le hubiesen pagado una estupenda bonificación.

—Dadas las circunstancias —dijo el juez Churchill—, supongo que el señor fiscal deberá hacer una rectificación…

—Y la haré de muy buen grado —afirmó Hamilton Burger—. Retiro la acusación contra Katherine Ellis.

—Así se ordena —sentenció el juez Churchill—. La corte va a hacer un receso, pero antes sugiero que la sala de los testigos quede desalojada por todo el mundo excepto la acusada, su abogado, la secretaria del señor Mason y la ciega que ha resultado ser un testimonio tan interesante. Creo que se impone una reunión familiar.

»La acusada queda libre. El caso ha terminado. Se cierra la sesión.

Katherine, lanzando un ligero grito de alegría puso su mano sobre el hombro de Mason para ayudarse a ponerse en pie y correr por toda la sala hasta echarse en brazos de la ciega.

Mason sonrió a Hamilton Burger y estrechó la mano que éste le tendía.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.